

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Los dueños del sol, vol. 1 y 2

Siempre hay quien lo quiere todo para él, incluso el Sol. Y no se trata de ningún disparate, pues los planes trazados a largo plazo hacen temer que, en efecto, ciertos personajes puedan llegar a disponer del sol a su capricho y conveniencia… A Brigitte esto no le sorprende demasiado, pues sabe muy bien que los seres humanos podemos conseguir todo aquello que nos propongamos, incluso ser dueños del sol.



Lou Carrigan

Los dueños del sol, vol. 1 y 2

Brigitte en acción - 349

Brigitte en acción - 350

ePub r1.1

Titivillus 12.11.2017

Lou Carrigan, 1983
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Una bala para «Baby»

La señorita Gertrude Mc Mahon subió calmosamente las escaleras que conducían al piso alto de la lujosa quinta en cuyo salón se había celebrado la importante reunión. Reunión que había finalizado hacía apenas un minuto, y, mientras el resto de los asistentes se alejaban ya en sus superconfortables y silenciosos automóviles, la señorita Mc Mahon había aceptado la invitación amable del anfitrión para pasar allí la noche. Era demasiado tarde para ir al aeropuerto y conseguir pasaje hasta Los Ángeles.

La señorita Mc Mahon, siempre calmosamente, incluso se diría que fatigada, llegó al piso destinado a dormitorios, y caminó con cierta pesadez hacia la puerta del que el muy amable Jefferson De Vries le había indicado. Se detuvo ante la puerta, y suspiró. Sí, parecía terriblemente cansada. Posiblemente, no estaba acostumbrada a acostarse a tan altas horas de la madrugada. O quizá fuese cosa de la edad.

Gertrude Mc Mahon aparentaba unos cincuenta y cinco años. Era alta, maciza, de senos voluminosos, y vestía con un gusto que casi podía calificarse de pésimo. Su rostro tenía quizá cierto encanto en las líneas de los pómulos y la barbilla, pero en verdad no se podía decir que la señorita Mc Mahon fuese ni hubiese sido atractiva. Llevaba lentes, no se maquillaba, sus labios eran delgados, su gesto duro y frío…

No. No era la mujer con la que un hombre soñaría pasar la noche, ni mucho menos, así que no cabía pensar en que los motivos del dueño de la casa al invitarla a pasar la noche allí contuviesen ni una pizca de malicia. Un hombre relativamente joven como el señor De Vries, rico y poderoso, podía agenciarse compañías mucho más atractivas que la de la señorita Mc Mahon.

Ésta empujó la puerta de la habitación con la mano derecha, siempre sosteniendo en la izquierda el maletín rojo con florecillas

azules estampadas que había estado utilizando durante la conferencia en el salón. De aquel maletín la señorita Mc Mahon había sacado cigarrillos, bolígrafos, documentos, encendedor…, en fin, todo cuanto había ido necesitando. Y apenas entrar en la habitación la señorita Mc Mahon se dispuso a recurrir de nuevo a su maletín, tras cerrar la puerta tras ella. Se sentó en una de las butacas, colocó el maletín sobre sus rodillas, se dispuso a abrirlo…, y entonces alzó vivamente la cabeza, dirigiendo su oscura mirada hacia la puerta del cuarto de baño del dormitorio.

Allí, inmóvil, empuñando una pistola provista de silenciador, había un hombre. Un hombre que produjo en Gertrude Mc Mahon un lento y profundo escalofrío que recorrió su columna vertebral en su totalidad.

—No lo abra —susurró el hombre.

Medía quizá más de metro noventa, sus hombros eran ciclópeos, su cuerpo parecía el tronco de un gigantesco árbol sorprendentemente vestido con un conjunto deportivo de buena calidad, pero en absoluto adecuado a la hora. Su rostro era feo y basto, y había en sus ojos, ahora, una expresión siniestramente inescrutable. Gertrude conocía al hombre: se llamaba Carpenter, y era el guardaespaldas de Jefferson De Vries, el dueño de la quinta.

Todavía, Gertrude intentó asumir una actitud lógica en su personalidad.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó con aspereza—. ¿Y qué significa esa pistola? Le advierto…

—Cállese. El señor De Vries subirá enseguida, y todo lo que tenga que decir dígaselo a él. Ahora, cállese.

Gertrude comprendió que era lo único que podía hacer, de momento, así que permaneció en silencio, mirando con fijeza al gigante que clavaba en ella su mirada como si quisiera atravesarla.

—¿Puedo fumar, al menos? —preguntó.

—No. No haga nada. Sólo cállese.

La señorita Mc Mahon colocó sus bien cuidadas manos sobre el maletín. Manos no sólo bien cuidadas, sino sorprendentemente bonitas, hermosas, incluso aristocráticas. Finas y delicadas, suaves. No eran las manos que encajaban en el cuerpo de Gertrude Mc Mahon.

Ésta seguía mirando a Carpenter, como calculando si existía

alguna posibilidad de que él se descuidase. No parecía que existiese esa posibilidad. La mirada de Carpenter era de una fijeza hipnótica. Y ni siquiera cabía esperar que se distrajera con algún pensamiento de tipo personal o ajeno a la situación; estaba vigilando a la señorita Mc Mahon, y eso era todo, ése era en aquel momento el único motivo y objetivo de su vida.

De modo que cuando, a los pocos minutos, el señor Jefferson De Vries entró en el dormitorio, la situación no había variado.

Carpenter no miró a su amo, pero sí lo hizo Gertrude, con expresión de lógica irritación.

—Señor De Vries, exijo… —empezó.

—Tómeselo con calma —cortó secamente De Vries—. Y por otra parte, señorita Mc Mahon, no está usted en situación de manifestar exigencia alguna.

—¿Eso cree usted? Muy bien, cuando el señor Dulles se entere de cómo me están tratando…

De nuevo la interrumpió De Vries, ahora con un gesto que se anticipó a su voz.

—Mi amigo Sylvester Dulles —dijo fríamente De Vries— no se molestará conmigo por nada de lo que yo haga con usted, señorita Mc Mahon, se lo aseguro. ¿Tiene la bondad de desnudarse?

—¿Qué? —Respingó Gertrude.

—Que se desnude usted, que se quite la ropa. Toda. Quiero verla en cueros, señorita Mc Mahon. Si usted no procede a desnudarse inmediatamente, Carpenter le meterá una bala en el vientre. ¿Cree que no hablo en serio?

Gertrude se pasó la lengua por los labios. Luego, lentamente, se puso en pie, se inclinó para dejar el maletín en el suelo, y comenzó a desnudarse. Fue digna de verse la expresión de pasmo en el rostro de Carpenter. De Vries, simplemente, estaba pálido. Más que pálido: lívido, demudado.

De las dos reacciones masculinas, la más lógica era la de Carpenter. Ante él, a medida que se iba desnudando completamente, la señorita Mc Mahon iba sufriendo una transformación increíble. Increíble de verdad. Sus sujetadores estaban trucados con espuma de modo que sus pechos habían parecido voluminosos, su vientre había estado deformado por una faja con relleno… Cuando quedó en cueros, la nueva señorita Mc

Mahon no se parecía en nada a la anterior.

Era ahora una joven de cuerpo espléndido, de piel dorada por el sol, de senos altos y turgentes, de vientre liso, caderas preciosas, muslos sólidos y bien torneados, cintura esbelta y flexible. Era un cuerpo tan bello, tan sugestivo, terso y elástico que los dos hombres parecían haberse quedado sin respiración.

Hasta que De Vries, tras tomar aire como si se ahogara, murmuró:

—La cabeza también.

—¿Quiere decir que me quite la cabeza? —sonrió Gertrude.

—Usted ya me ha entendido.

—Me temo que sí, en efecto.

La señorita Mc Mahon no se quitó la cabeza, por supuesto, pero sí la peluca que la cubría, dejando al descubierto un fino casquete de nylon muy apretado que recogía sus auténticos cabellos; cuando se quitó este casquete, una larga cabellera negra, suavemente ondulada, cayó sobre los seductores hombros femeninos, lanzando destellos de leve tonalidad azulada.

—Ya está —dijo.

—Quíteselo todo.

Gertrude suspiró resignada.

Se quitó los lentes, las lentillas de contacto, los finos aros de plástico que habían estado deformando su nariz, los rellenos también de plástico que habían estado deformando su rostro a la altura de los maxilares… Un rostro bellísimo, dotado de grandes ojos azules quedó al descubierto. Y todavía fue más bello cuando Gertrude, con la mano, retiró el invisible maquillaje de sus labios y de su barbilla. Los labios adquirieron otra forma, preciosa, dulce, mostrando un tamaño más pleno, ligeramente alzado el superior por el centro. En la barbilla apareció un gracioso hoyuelo vertical hendiéndola suavemente.

Carpenter se habría caído si le hubiesen soplado en el pecho. De Vries estaba ahora incrédulo y desconcertado al mismo tiempo.

—Pero —acertó a exclamar—… ¡usted es Brigitte Montfort!

—¿Esperaba a otra persona? —sonrió la nueva señorita Mc Mahon.

Jefferson De Vries se pasó las manos por la cara, que estaba fría, congelada.

—Yo también la conozco —casi tartamudeó Carpenter—… ¡Es la periodista que hace unos meses fue nominada para la presidencia de Estados Unidos por su partido…! Pero… ¡¿qué hace aquí?!

—Bueno —suspiró De Vries—, eso podrá decírnoslo ella misma, supongo.

Brigitte Montfort miró con socarrona amabilidad a De Vries.

—¿Usted no sabe qué hago yo aquí, señor De Vries? —Mostró sorpresa.

—Lo que sé es que usted ha usurpado la personalidad de Gertrude Mc Mahon, la secretaria de confianza de Sylvester Dulles. Me di cuenta de que no era ella cuando hice un comentario respecto a algo que sucedió hace unas semanas entre Dulles y yo y usted no reaccionó lógicamente.

—Nadie es perfecto… Ni nadie puede saberlo todo. Ya fue mucho por mi parte conseguir engañar a todos los demás, y a usted durante varias horas, ¿no le parece? Mire, señor De Vries, voy a ser sincera con usted: todo ha terminado. No es cierto que el señor Sylvester Dulles esté indispuesto en Los Ángeles y que haya enviado a su secretaria a esta reunión. La verdad es que el señor Dulles está detenido, y también la auténtica Gertrude Mc Mahon, cuya caracterización he utilizado sólo con el fin de enterarme de los últimos detalles de su plan para boicotear las elecciones presidenciales inminentes, y de los motivos que impulsaban a usted y a su grupo para llevar adelante ese proyecto. Y debo decirle, señor De Vries, que no me gustan nada los proyectos de usted y su grupo… ¿Se da usted cuenta de que el plan que han tramado utilizando personal cubano podría dar lugar a muy desagradables incidentes en todo el país, e incluso a un recrudecimiento de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos…, que hasta podrían degenerar en choques armados en varios lugares? ¿Se han dado cuenta usted y sus amigos de eso, señor De Vries?

—¿Quién es usted? —preguntó a su vez De Vries, aterrado.

—Y todo, por lo mismo de siempre: la ambición de poder, es decir, la ambición de dinero. Francamente, señor De Vries, usted y su grupo me producen náuseas.

—¿Quién es usted? —repitió De Vries la pregunta, ahora casi gritando.

—Usted ya me ha reconocido: Brigitte Montfort, periodista

empleada en el Morning News de Nueva York…

—¡Ya sé todo eso, y sé que pudo haber sido presidenta de los Estados Unidos si hubiera querido[1], y sé que hace años ganó el Premio Pulitzer de Periodismo…! ¡Sé todo sobre usted! Quiero decir, todo lo que sabe todo el mundo sobre la más famosa periodista norteamericana… ¡Incluso recuerdo que fue reina en cierta ocasión, de un pequeño país…![2] ¡Y nada de todo eso encaja con lo que usted está haciendo ahora!

—No se complique la vida, señor De Vries. Ni espere ayuda de ninguna clase: por la mañana, mis Simones habrán capturado a todos los miembros de su grupo, y todos sus planes serán ya irrealizables. Por lo tanto…

—¿Sus Simones? —jadeó De Vries—. ¿Ha dicho usted sus Simones? ¿A quiénes se refiere? ¡Porque por lo que yo sé, hay una persona que utiliza ese nombre para designar a todos los agentes de la CIA que…! ¿Se refiere usted a esos hombres? ¿Ha dicho usted mis Simones refiriéndose a agentes de la CIA?

—Así es. Veo que tiene usted buenos contactos en ciertas altas esferas del espionaje, señor De Vries.

Los ojos de De Vries estaban desorbitados.

—¿Usted… usted es la agente Baby de la CIA? —Casi gimió—. ¿Es usted Baby?

—Sería una estupidez por mi parte negarlo a estas alturas —sonrió gélidamente Brigitte Montfort—, porque espero que eso le haga comprender que todo está perdido para usted. De modo, señor De Vries, que dígale a su mastodonte que guarde la pistola, déjeme llamar por mi radio de bolsillo para que vengan mis Simones a por ustedes, y, al menos, salvarán la vida. No me obligue a complicar las cosas, por favor.

—¿Quiere decir… que mi casa está… vigilada?

—Está completamente rodeada por mis compañeros. Los amigos de usted que se han marchado hace poco están detenidos o a punto de ser detenidos. Sólo queda usted, y le aseguro que jamás conseguirá escapar del cerco que tienen montado mis Simones.

—De modo que todo está perdido para mí…

—Completamente perdido. No podrá escapar jamás. Y le aconsejo que desista de cualquier acción de represalia directa contra mí: si me hiciera el menor daño, mis Simones le harían

lamentar haber nacido. Vamos, sea razonable y… ¿Se está usted riendo, señor De Vries?

—Así es —rió de nuevo secamente De Vries—… ¡Me estoy riendo de usted! ¿Sabe, señorita Montfort, que cuando hice construir esta casa tuve… una inspiración?

—¿Qué inspiración?

—Desde la bodega hay un corredor que nadie conoce y que llega hasta la orilla del Potomac. Lo que significa que puedo marcharme pese a la estrecha vigilancia de sus amigos. ¿No me cree?

—¿Por qué no? Pero eso sólo retrasaría en unas horas o en unos pocos días su captura.

—¿Usted cree que un hombre que piensa en ese pasadizo no piensa en utilizarlo alguna vez, y prepara por tanto todo lo necesario para ello? ¿Usted cree que no tengo bien prevista una fuga precipitada por ese procedimiento? Pues se equivoca… Nunca creí realmente que llegaría el momento de utilizarlo, pero puesto que ha llegado, lo haré.

—No llegará muy lejos.

—Quizá. Pero menos lejos llegará usted, señorita Montfort. Si logro escapar, me habré vengado de usted, que habrá sido la causante directa de mi ruina total; tendré la satisfacción de haberla matado. Y si no logro escapar, todavía estaré más satisfecho por haberla matado… Tiéndase en la cama.

—No quisiera morir en la cama… ¿O pretende algo antes de matarme?

—Oh, ya salió eso, ¿eh? ¡Su belleza de mujer! ¿Cree que pretendo violarla antes de matarla?

—¿No?

Jefferson De Vries ladeó la cabeza, entornó los párpados. Durante unos segundos estuvo contemplando la exquisita belleza de Brigitte Montfort. De pronto, sonrió torcidamente.

—Comprendo su juego —susurró—… Con seguridad, le ha servido de mucho en otras ocasiones, ¿no es cierto? Sí, en efecto, tengo amigos que me han contado algunas cosas de usted…, de la agente Baby de la CIA, Todos la admiran. Es usted… el comodín que resuelve todas las jugadas del espionaje mundial. Y lo comprendo… Bajo su… angelical aspecto de Brigitte Montfort puede viajar por todo el mundo, introducirse en todas partes,

conseguir amigos, contactos, informes… Y si en algún momento se ve apurada, su belleza lo resuelve todo. Puede encandilar a cualquiera, puede engañar a quien sea, incluso con la oferta de su cuerpo. Y cuando sus enemigos están debilitados por el placer quedan a su merced, ¿verdad?

—Es usted muy fantasioso, señor De Vries. Le diré que yo nunca he utilizado deliberadamente mi belleza en mis trabajos de espionaje. Dispongo de otras armas, y la de mi belleza sólo la utilizo cuando son los otros quienes intentan gozar de ella.

—¿Otras armas? ¿Qué armas?

—Ante todo, mi inteligencia. Vamos, señor De Vries, no se equivoque conmigo… Soy hermosa, y comprenderá que no voy a echarme vitriolo a la cara para dejar de serlo, ni voy a cortarme un pecho, o cualquier cosa que destruyese mi belleza. Pero no parto de ella para conseguir nada. Todo cuanto he conseguido ha sido siempre utilizando la inteligencia. Si solamente fuese una espía hermosa, hace ya años que habría muerto, espero que entienda eso. No me confunda usted, por favor, con la linda espía que consigue secretos del viejo y gordo general acostándose con él y volviéndolo loco de placer. Se lo ruego: no me insulte con eso.

—De acuerdo. Pero dígame: ¿cómo puede resolver su inteligencia una situación como ésta? Sólo tengo que decirle a Carpenter que apriete el gatillo, y de nada le servirá su inteligencia…

—Tampoco la suya le sirve de gran cosa a usted, Mientras estamos hablando, mis Simones deben de estar tomando la casa silenciosamente.

—No —rió acremente De Vries—… ¡Claro que no! Sus amigos están afuera, quizás eso es cierto, pero no entrarán hasta que usted los autorice utilizando su radio de bolsillo. Eso era lo que iba a hacer aquí, ¿verdad? Pero no lo ha hecho. Ellos esperarán su llamada. Y cuando, impacientes, se decidan por fin a tomar la iniciativa y entren en la casa… ¿sabe lo que encontrarán?

—¿Qué encontrarán?

—El cadáver violado de su amada Baby. ¡Tiéndase en la cama!

—¿De modo que, después de todo, pretende violarme?

—Va a ser una violación muy, muy especial… Carpenter, dame esa pistola, y ata las manos de la señorita Montfort a la cama.

Utiliza los cordones de esas cortinas. Y usted, señorita Montfort, colóquese… en posición. Boca arriba, sonriente, y con sus hermosos muslos flexionados.

—¿Va a abusar de mí teniendo una pistola en la mano? —Parecía no poco sorprendida Brigitte.

—No voy a ser yo quien va a violarla.

Carpenter había entregado la pistola a De Vries, y había retirado ya unos cordones de las cortinas. Brigitte miró hacia el gigante, que a su vez la miró a ella, y enseguida, sorprendido, a su jefe. La cosa parecía bastante clara, y fue Brigitte quien la expuso:

—¿Quiere decir que va a ser él quien lo haga? —murmuró, señalando a Carpenter.

—Me admira esa cacareada inteligencia de usted —sonrió hoscamente Carpenter—. No volveré a repetirlo: ¡tiéndase en la cama y colóquese en posición!

Hubo un lento parpadeo en los grandes ojos de la espía internacional. Luego, sin más conversación, se tendió en la cama, boca arriba, y flexionó sus piernas. Carpenter se acercó a la cama con los cordones. Jefferson De Vries se colocó a los pies del lecho, y su mirada se clavó en el sexo de Brigitte, con una expresión siniestra, perversa. Por entre el rizado vello, ahora un poco separado, De Vries veía el sonrosado interior íntimo de la espía. ¿Y eso era lo que provocaba en él aquella expresión cuya perversidad estremeció a Brigitte? ¿Le complacía tan perversamente la perspectiva de que Carpenter la violara ante sus ojos?

Y de pronto, Brigitte Baby Montfort comprendió la verdad de las intenciones de Jefferson De Vries.

No.

No se trataba de que Carpenter fuese a violarla. Lo haría el propio De Vries, pero no del modo usual, sino… con la pistola. En los relucientes ojos de Jefferson De Vries la espía vio la verdad de los propósitos de éste: iba a introducirle en el sexo el silenciador, y acto seguido… apretaría el gatillo de la pistola.

Brigitte sintió cómo todo su vello se erizaba; fue como si en todo su cuerpo se clavasen millones de finísimos y agudísimos alfileres… Mas, de pronto, recordó que ella se estaba comportando dócilmente pensando tan sólo en la única oportunidad que iba a brindarle la proximidad de Carpenter. Toda su actitud estaba basada en este

logro: que Carpenter, ahora desarmado, estuviese cerca de ella.

Y allá estaba Carpenter, inclinado sobre su cuerpo, a punto de agarrar su muñeca izquierda para subirla hacia el cabezal de la cama y amarrarla allí…

Brigitte dejó que Carpenter tocara su muñeca, que comenzara a alzarla hacia el cabezal, de la cama.

Justo en ese momento, ella giró hacia Carpenter, y su rodilla derecha golpeó fuertemente en la mandíbula del gigante, en un tremendo *hiza-ate* de karate que partió el maxilar inferior de Carpenter y lo empujó de lado sobre la mesita de noche, en la que rebotó, derribándola, arrastrándolo todo al suelo con él cuando caía de espaldas.

Entre este pequeño estrépito sonó el apagado chasquido del disparo precipitado efectuado por Jefferson De Vries. La bala se hundió con blando impacto en un extremo de la almohada, mientras Brigitte giraba hacia el otro lado, es decir, hacia donde todavía estaba cayendo Carpenter semidesvanecido. En el momento en que el desnudo cuerpo de Brigitte pasaba por encima de Carpenter en ágil salto, De Vries volvió a disparar, siguiendo la trayectoria de la espía.

Plop, chascó el disparo.

Y la bala, llegando una milésima de segundo tarde para alcanzar a Brigitte, alcanzó la cabeza de Carpenter, reventándola espectacularmente, de un modo grotesco, escalofriante… Jefferson De Vries lanzó una exclamación de sorpresa, de rabia, mientras ante sus desorbitados ojos la cabeza de Carpenter se convertía en un rojo surtidor.

El centelleante movimiento dorado a su derecha le hizo reaccionar. De Vries gritó cuando, contra toda especulación, vio a Brigitte Montfort saltando hacia él en lugar de seguir buscando protección contra sus disparos… Vio los grandes ojos azules muy abiertos, la flotante cabellera negra, el cuerpo reluciente volando hacia él…

Plop, disparó de nuevo De Vries.

Y acertó en el blanco.

Capítulo primero

—¡Buenos días, precioso culito! —saludó muy alegremente Frank Minello, inclinado—. ¿Cómo estás hoy, cariño mío? ¡Dime algo, culito lindo!

Tendida boca abajo en el sofá del salón de su lujoso apartamento, Brigitte dirigió una torva mirada de reojo a su más querido amigo, y refunfuñó:

—Ya me tienes más que harta con tus tonterías, Frankie.

Minello se inclinó más, colocó una mano tras una oreja, y adelantó ésta, como queriendo recoger mejor los sonidos.

—¿Qué dices, culito amado? —preguntó.

Todavía en la puerta del salón, Peggy, la encantadora rubita pecosa que hacía años servía a Brigitte como ama de llaves, hacía lo posible por contener la risa, cosa nada fácil, ciertamente… ¡Aquel loco de Frankie! Como los días anteriores, había llegado al apartamento de Brigitte, se había dirigido directo al salón, y, ya en éste, hacia el sofá donde, completamente desnuda, yacía Brigitte, boca abajo, como se ha dicho. ¿Y qué hacía Frankie? Pues, en lugar de hablarle a Brigitte le hablaba… a su culito.

—Acabaré enfadándome contigo, Frankie —advirtió Brigitte.

Los ojos de Minello, fijos en el precioso trasero de la espía internacional, se abrieron muchísimo.

—¿Dices que me amas, culito delicioso? ¡Oh, qué feliz me haces, cariño de mi vida!

Y diciendo esto, Minello dio unas cariñosas palmaditas en las nalgas de Brigitte, que lanzó una exclamación.

—¡Vas a lastimarme, Frankie!

—No te preocupes, culito de mis amores —negó Minello—: tu Frankie nunca te hará el menor daño. Al contrario, te va a llenar de mimitos, de caricias… ¡de besos!

Se inclinó más, y estampó un sonoro beso en una nalga de

Brigitte, junto al lugar donde se veía el alargado apósito sujeto con finas tiras de esparadrapo color carne. En la puerta del salón, Peggy ya no pudo contenerse más, y lanzó una carcajada. Acto seguido, como era muy corriente en ella, se sofocó, y se llevó las manos a la boca.

—Lo… lo siento, señorita —se disculpó.

—¡No entiendo cómo pueden hacerte gracia las tonterías de este majadero! —amonestó Brigitte—. ¡Frankie, no me beses más el… esa zona! ¡Apártate ahora mismo de mí!

—¡Ay, triste de mí! —gimió Minello, irguiéndose—. ¡Mi culito adorado me rechaza!

—Haz el favor de sentarte en alguna parte donde no me molestes —exigió Brigitte.

Frank Minello asintió, acercó uno de los sillones, y se sentó frente a la espía, apenas a dos palmos. De este modo, tenía al alcance de su mano el espléndido cuerpo.

Era una delicia contemplar a Brigitte desnuda, por supuesto. La tersa espalda se arqueaba suavemente en la zona lumbar, y luego se elevaba en dos preciosos promontorios redondos, magníficos, preciosos. Las esbeltas piernas, magníficamente torneadas, eran un digno remate para aquella escultura viviente, en cuanto a la parte inferior. La superior, esto es, los hombros, el cuello, los brazos, y los senos dorados de sol, uno de los cuales veía Minello de perfil, podían enloquecer al hombre más impasible. Brigitte se había recogido su larga cabellera en lo alto de la cabeza, y todo su aspecto le sugirió a Frank Minello el de la más bella romana del mundo.

—¿Te molesto aquí? —preguntó dócilmente.

—¡Sí!

—¡Pero si no hago nada!

—¡Me estás mirando!

Minello puso cara de pasmo. Luego, volvió la cabeza hacia Peggy.

—Oye, pecosa Peggy —dijo—, ¿serías tan amable de traerme unas tijeras, por ejemplo?

Peggy se desconcertó. Brigitte miró con desconfianza a su más amado amigo. Lo conocía muy bien, sabía que algo estaba tramando.

—¿Para qué quieres unas tijeras? —preguntó.

—O un cuchillo, o un tenedor… ¡Me da lo mismo!

—De acuerdo, te da lo mismo, pero… ¿para qué quieres una de esas cosas?

—Mis ojos no pueden hacer otra cosa más que contemplar y admirar tu belleza —declamó teatralmente Minello—, ¡pero si mis ojos te molestan, me los arrancaré!

—Ah, ¿es por eso? —sonrió Brigitte—. Está bien, Peggy, tráele unas tijeras a Frankie. ¡Ya estoy harta que a cada momento aparezca aquí y se siente a mi lado a contemplarme!

—¡Yo no tengo la culpa de que estés desnuda! —se defendió Minello—. ¡Sabes muy bien que siempre te admiro, y no veo por qué he de dejar de hacerlo cuando estás desnuda! ¿Acaso tengo cara de idiota? ¡Si no quieres que te vea desnuda, ponte algo de ropa!

—Hace demasiado calor —protestó Brigitte.

—¡Zambomba, ya lo creo que hace demasiado calor! —bramó Minello, pasándose una mano por la frente—. ¿Qué pasa en esta casa? ¿Se ha estropeado la refrigeración?

—Algo así —dijo Brigitte.

Minello se quitó la chaqueta, y se subió las mangas de la camisa. Cierto, ahora se daba cuenta de que hacía allí un calor inusitado. Nada de morirse, desde luego, pero tampoco era la temperatura que podía conseguirse en un apartamento como el de Brigitte, dotado de todos los adelantos técnicos y humanos en materia de confort. Situado en el piso veintisiete del Crystal Building, en la Quinta Avenida y frente a Central Park, era inadmisible que algo funcionase mal allí.

—Pues si la refrigeración se ha estropeado deberías avisar al viejo Pete para que desde su señorial conserjería avise a la empresa que…

—No tengo que avisar a nadie. Esta temperatura ya está bien —cortó Brigitte.

—Pues yo diría que hace demasiado calor. Voy a echar un vistazo a tu sistema de refrig…

—Te estarás quietecito aquí —ordenó Brigitte.

—¿Mirándote?

—Ah, no, eso no… Peggy, ¿qué esperas para traerle las tijeras a Frankie?

—Sí, señorita —sonrió Peggy—… ¡Enseguida!

—Oye, guapa rubita —alzó un dedote Minello—, de paso trae una botella de champán helado, copas, guindas… ¡Ya sabes! Haremos un aperitivo con Dom Perignon. ¡Zambomba, qué bien!

—¿De modo que has venido a beberte mi champán? —amonestó Brigitte.

—Mujer, a ti te sobra… ¡Ese viejo siniestro del espionaje francés te envía cada seis meses un montón de cajas!

—*Monsieur* Nez no es siniestro —replicó Brigitte—. Sólo un poco… serio. Y de todos modos, no vas a esperar que uno de los más importantes jefes del SDECE francés se pase la vida haciendo y diciendo tonterías, como tú.

—¿Te parece una tontería desearle los buenos días a tu culito herido, mordido por una cruel bala? ¡Zambomba, vaya un sitio para meterte una bala!

—Hay sitios peores —se estremeció Brigitte.

—¡Ya lo creo! La cabeza, por ejemplo.

—Peor que la cabeza, Frankie.

—¿El corazón?

—¡No exactamente! —terminó por reír la divina espía.

—¿El estómago?

—Te vas acercando.

—¿El hígado?

—Pero bueno, ¿quieres dejar de hacer preguntas?

—¡Zambomba, es que me gustaría saber cómo pudo un tipo meterte una bala en la nalga!

—Yo saltaba hacia él, y estaba paralela al suelo en el momento en que disparó. La bala pasó por un lado de mi cabeza, por encima de mi espalda, y… abrió un surco en esa zona tan comprometida. ¡Cielos, fue como si me hiciesen un corte con un cuchillo al rojo vivo!

—Pobre culito mío —lo palmeó de nuevo cariñosamente Minello —… ¿Qué le pasó al hombre que te disparó?

—Caí sobre él. Ya no pudo volver a disparar.

Frank Minello sintió de súbito como un vacío en el estómago. En varias ocasiones había «disfrutado» de las aventuras de la espía, colaborando con ésta, y sabía muy bien cómo las gastaba. Todo su bellísimo y delicado aspecto se transformaba entonces; Brigitte se convertía en una tigresa de mucho cuidado.

Desde partirle la cabeza a un hombre con un solo golpe de karate, a estrangularlo a muerte, podía hacer cien cosas más con cualquier adversario.

Y ninguna buena.

Era un error en el que habían caído muchos enemigos de la espía: ni se les ocurría que aquella delicada y encantadora jovencita pudiera matarlos sólo con las manos.

—¿Lo mataste? —susurró por fin Minello.

—Tienes razón: hace calor aquí.

—De modo que lo mataste… ¿Cómo?

—Verdaderamente, una copa de Dom Perignon frío nos sentará de maravilla —dijo Brigitte—. Frío, no helado. El champán no se bebe helado, Frankie.

—Ya sé eso. Y también, gracias a ti, he aprendido a elegir mis corbatas.

—Pues la que llevas hoy no me gusta nada.

—¡Pero si no llevo!

—Ah… Entonces ¿qué es eso negro que veo en tu pecho?

—¡Es mi vello! —rió Minello.

—Pues tiene forma de corbata. Oye, Frankie, te has quitado la chaqueta, lo que me, parece bien; te has subido las mangas de la camisa: de acuerdo. Te has desabotonado la camisa: *okay*. ¡Espero que terminen aquí tus manifestaciones de calor!

—¡Es que hace calor! ¿Te has enterado de que toda Nueva York está sometida a una ola de calor que incluso ha costado la vida a varias personas?

—Sí… Me he enterado —susurró Brigitte.

—Pues deberías hacer reparar tu refrigeración, si no quieres que nosotros seamos los próximos en morir. ¡Zambomba, que venga alguien a arreglar esto, aunque sólo sea para poner los aparatos a media marcha!

—Ya están a media marcha, Frankie.

—Ah. ¿Están a media marcha? Bueno, realmente eso es lo que deberían hacer todos. De otro modo se corre el riesgo de que toda Nueva York sufra un colapso energético por exceso de consumo, y entonces nadie tenga refrigeración. ¡Ni siquiera los hospitales, y sitios así! Creo que pidieron por la radio y la televisión que procurásemos reducir el consumo de…

Frank Minello, que hablaba un tanto despreocupadamente, se quedó de pronto mirando con fijeza a Brigitte, que sonrió y desvió la mirada, como interesada de nuevo por el libro que había estado leyendo cuando llegó su amigo.

—De modo que es eso —susurró Minello.

—¿Qué dices, Frankie?

—Que es por eso. Escuchaste la petición de que todos redujéramos el consumo de energía, y lo has bajado a la mitad del consumo habitual de tu apartamento.

—Naturalmente. Es lo lógico: o estar un poquito acalorados o morirnos todos. Cualquiera puede comprender esto.

—Pues yo estoy seguro de que pocas personas habrán aceptado el consejo. ¿Por qué has tenido que aceptarlo tú, que estás herida, lo que te obliga a permanecer desnuda para no asfixiarte de calor? ¡Podrían hacer una excepción contigo!

—Sin duda. Pero no estoy tan mal que no pueda soportar este ligero calor.

—O sea —masculló Minello— que mientras miles de cabritos están en sus despachos consumiendo refrigeración a todo tren, tú, la espía más linda del mundo, que se ha jugado la vida miles de veces por gente como ésa, está pasando calor.

—Estoy bien desnuda. Y además, así ofrezco un bonito espectáculo a los amigos que me visitan.

—Eso es verdad —sonrió Minello—. ¡Pero yo voy a poner ahora a toda marcha la refrigeración de tu apartamento!

—No harás tal cosa.

—¡Lo mereces más que millones de cretinos egoístas que están ahora la mar de fresquitos! ¡Y no hacen caso de los consejos, sólo piensan en ellos!

—De acuerdo en eso. Pero en mi apartamento seguirá reinando esta temperatura. Mira, Frankie, yo no soy un corderito solidario con el resto del rebaño, sabes muy bien que más bien soy… egoísta e independiente. Siempre hago las cosas a mi manera. Pero no soy ninguna tonta, ¿verdad?

—Zambomba, de eso nada. ¡Pero en esta ocasión…!

—En esta ocasión estoy siendo tan inteligente como siempre. Te diré cómo veo yo las cosas. Si dicen que hay que reducir el consumo de energía a fin de que todos podamos disponer de ella en una

medida más o menos razonable, yo lo hago. ¿Que los demás no lo hacen? Muy bien, allá ellos. En primer lugar, demuestran ser mucho más insolidarios y mucho menos inteligentes que yo. Esa clase de personas son las que hacen difícil la vida y la convivencia. Peor para ellos…

—¡Pero tú pagas las consecuencias!

—No. Porque, en segundo lugar, si tanto llega a molestarme el calor, querido, todo lo que tengo que hacer es pedirle a tío Charlie uno de los helicópteros del Sector, y trasladarme con él a cualquier lugar donde se esté fresquito y bien. Y los demás seguirán en Nueva York, anclados en su calor y en su egoísmo.

—Entonces… ¡entonces deberían ser ellos quienes tuvieran buen cuidado de no provocar la hecatombe energética en la ciudad!

Brigitte le dirigió una amable sonrisa.

—Exactamente, Frankie, exactamente.

—¡Serán burros…!

Brigitte no dijo nada más. A los pocos segundos reapareció Peggy, empujando el carrito en el que transportaba el champán, dentro de un cubo de plata con agua en la que flotaban sólo algunos cubitos de hielo. Al ver esto, Minello comenzó a refunfuñar, mientras Peggy y Brigitte lo miraban divertidas. Pero Minello dejó de refunfuñar muy pronto. Era perder el tiempo. Si Brigitte había decidido una cosa, nadie la haría cambiar de postura. Y de todos modos, ¿por qué sorprenderse por la postura de la periodista-espía? Si en cientos de ocasiones se había jugado la vida por sus semejantes, no tenía mérito especial alguno cederles la mitad de su refrigeración.

¡Pero eran burros, lo eran!

¡Todos!

Probó el champaña, servido con una guinda en el fondo de la copa, y torció el gesto.

—¿Qué tal? —Le miró socarronamente Brigitte—. ¡Está estupendo, ¿no te parece?!

Frank Minello sonrió de oreja a oreja.

—Zambomba, ya lo creo —aseguró—… ¡Qué fresquito, qué rico champán francés!

Y se echaron a reír los tres…, en el momento en que sonaba el carillón de la puerta del apartamento.

—¡Cielos! —Respingó Brigitte—. ¡Ahí los tenemos!

—¿A quiénes? —Se sobresaltó Minello—. ¿A los rusos?

—¡Espero que haya quedado bien! —Pareció implorar Brigitte—. Peggy, querida, ve a abrir, por favor.

—Sí, señorita.

—Pero ¿quiénes son? —farfulló Minello—. ¿Quiénes vienen?

—¡Todo depende de ellos ahora, Frankie!

—¿Qué es lo que depende de ellos?

—¡Todo! ¡Sería horrible ir por ahí con una nalga fea!

—¿Con una…?

Minello aguzó el oído, y enseguida frunció el ceño. Acababa de identificar una de las voces: la de Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, a quien Brigitte llamaba cariñosamente tío Charlie. ¡El viejo buitre comedor de carroña…! ¡Seguro que venía a encomendar a Brigitte una nueva misión peligrosísima…!

Peggy entró en el salón precediendo a Pitzer, en efecto; y a otro hombre que Minello no conocía, un sujeto de mediana estatura, más bien rechoncho, de cara simpática que en aquel momento se veía reluciente de transpiración. Este sujeto llevaba un gran maletín y fue el que dijo, por todo saludo:

—¡Bueno, vamos a ver cómo ha quedado mi bordado!

—Hola, Minello —farfulló Pitzer.

Frankie ni siquiera le miró, como olvidado de él, pese a que siempre lo tomaba como blanco favorito de sus pullas. Toda su atención se centraba en el sujeto rechoncho, que se había colocado junto a Brigitte, y acercaba sus gordezuelas manos al hermoso trasero. ¡Como aquel tipo se atreviese a tocarle a Brigitte el…!

No la tocó. Simplemente, deslizó un dedo, suavemente, por encima del apósito adherido a una nalga de Brigitte. Asintió con un gesto, se volvió, colocó el maletín sobre las rodillas del pasmado Frankie, lo abrió, y sacó unas pinzas. Con ellas, cuidadosamente, fue retirando el apósito, desenganchándolo de la carne de la espía. Frank Minello estiró el cuello por un lado del hombre, y se quedó estupefacto cuando, al retirar éste el apósito, apareció la carne que hasta entonces había estado cubierta.

Y de pronto, lo comprendió todo.

—¡Soy un bobo! —exclamó.

—En eso estamos de acuerdo —saltó Pitzer.

—Ha quedado perfecto —dijo el rechoncho personaje—. ¿Ven ustedes alguna señal?

Peggy y Pitzer se acercaron a mirar la nalga de Brigitte, y Minello estiró todavía más el cuello. Sabía ya quién era el sujeto rechoncho: el cirujano plástico de la CIA, el hombre que había «remendado» la herida de Brigitte Baby Montfort…, lo cual no era la primera vez que sucedía, ni mucho menos.

—Yo no veo nada —dijo Peggy.

—Yo tampoco —dijo Pitzer.

—Pues los dos están cegatos —sonrió de pronto Minello, contentísimo—: ¡yo veo un culo precioso!

El cirujano de la CIA se volvió a mirar a Minello, y dijo:

—Es usted muy amable, señor. Realmente, parece que he hecho un buen trabajo. Vea, vea… ¡Como si nada le hubiera ocurrido al… a la zona afectada de la señorita Montfort!

—Oiga, usted es un genio —aseguró Minello—… ¡Le convido a champán! Pero que conste una cosa: el hecho de que Brigitte tenga el culo precioso no se debe a usted, ya que lo ha tenido siempre. Claro que un remiendo bien hecho…

—¿De verdad está bien? —exclamó Brigitte—. ¡Voy enseguida a ver cómo ha quedado!

Se puso en pie, se envolvió en una vaporosa bata, y salió corriendo del salón, seguida de Peggy. Frank Minello señaló las tres copas, guiñó un ojo, y dijo:

—¿Qué les parece si mientras las mujeres celebran la recuperación de la belleza posterior de Brigitte nosotros lo celebramos también?

—En ocasiones —masculló Pitzer—, tiene usted buenas ideas.

—Sí —lo miró perversamente Minello—…, en ocasiones. Por cierto, acabo de tener una: ¿por qué no se olvida de Brigitte y se busca otra espía estrella que se juegue la vida por ahí en sus malditas misiones? ¿Eh? ¿Por qué? ¿Puede contestar a esto?

—Desde luego —asintió Pitzer, tras paladear el champán—. Por dos motivos. Uno: no hay nadie como Baby en el mundo del espionaje. Dos: es ella la que no quiere retirarse. En lo que a mí respecta, Frankie, sabe muy bien que hace tiempo que ella se habría retirado…

—¡Miente como un bellaco! ¿Qué haría usted sin la ayuda de

Brigitte? ¡Morirse de asco, ser un fracasado…! Oigan: ¿verdad que han llamado?

—Yo diría que sí —dijo plácidamente el cirujano de la CIA.

—Vaya… Tendré que ir yo a ver quién es.

Minello dejó su copa, se puso en pie, y se encaminó hacia la amplia puerta del salón. Recorrió el pasillo, llegó ante la puerta, y apartó a un lado el medallón que ocultaba la mirilla gran angular.

Acercó un ojo.

Vio lo que había al otro lado de la puerta.

Y entonces, aulló:

—¡Zambomba! ¡El calor del desierto me hace ver espejismos!

Capítulo II

Todavía estaba Brigitte en su dormitorio, admirando con Peggy la buena labor realizada por el cirujano de la CIA, cuando Minello entró como una tromba, aullando:

—¡Tienes visita! ¡No son un espejismo!

—¡Me has asustado! —Respingó Brigitte—. ¡Te he dicho mil veces que no entres así en los sitios, Frankie! ¡Y además, estoy desnuda!

—Pe-pero si… si acabo de estar viéndote desnuda… todo el rato que he querido…

—¡Pero no en mi dormitorio! ¡Y además, estaba esperando al médico! ¡Y hacía mucho calor!

—¿Cuál es la diferencia?

—¡La diferencia está en que me has sobresaltado! Oh, vamos a dejarlo, contigo es imposible… ¿Visita? ¿De qué espejismos hablas?

—No, no, no son un espejismo. Me lo pareció al pronto, pero no. Verás, yo miré por…

—Frankie: ¿quieres hacer el favor de decirme qué clase de visita tengo que tanto te altera?

—¡Ven a verlos! ¡Corre, date prisa!

Brigitte movió la cabeza con gesto de resignación. Y no se dio la menor prisa. Tras una última mirada satisfecha a su impoluta nalga, procedió a vestirse: braguita, sujetador, blusa, falda…

Metió los pies en unos ligeros zapatos de tacón alto, y se volvió hacia Minello, que la contemplaba embobado.

—Ahora sí —dijo—. Vamos allá.

—Mejor que te hayas vestido —aseguró Minello—: tengo entendido que esas gentes son muy ardientes.

Brigitte no se molestó en preguntar nada más. Salió del dormitorio, y, seguida por Minello y Peggy, regresó al salón. Además del cirujano de la CIA y de Pitzer, había ahora tres hombres

más, que se volvieron a mirarla vivamente, relucientes sus oscuros ojos.

Eran árabes, y vestían a su usanza, se envolvían en largas chilabas de colores claros, de aspecto más bien ligero, pero que sólo de pensar en utilizar una de ellas producía calor. Dos de los árabes eran jóvenes, de unos veinticinco años. El tercero debía de tener alrededor de cuarenta, y lucía una negrísima y frondosa barba que enmarcaba su boca de labios algo gruesos, sensuales, rojos. Éste era el que sostenía un maletín negro en la mano izquierda.

Y éste fue el que preguntó, en buen inglés:

—¿Tenemos el gusto de admirar a la señorita Montfort?

—¡Exacto! —exclamó Frankie—. ¡Y en cuanto al gusto…!

—Frankie, por favor —pidió Brigitte; su azul mirada escrutaba serenamente a los tres árabes—… En efecto, soy Brigitte Montfort.

Los tres árabes se inclinaron, llevándose la diestra al estómago, al corazón y a la boca.

—Permítame presentarme —dijo el de la barba—: soy Saddam Ahmed, y he sido honrosamente designado para trasladarle a usted la invitación más sincera, señorita Montfort.

—¿Invitación? ¿Qué clase de invitación?

Saddam Ahmed sonrió levemente, y su mirada fue hacia Minello, y luego, de soslayo, hacia Pitzer y el cirujano de la CIA. Eso fue todo. No dijo ni palabra.

—Pues yo no pienso marcharme —dijo Minello.

Brigitte ni siquiera lo miró. Continuaba escrutando a los árabes, especialmente al llamado Ahmed. Su actitud parecía no sólo amistosa, sino servicial, incluso… rendida. Chocante actitud en unos árabes hacia una mujer. Y por supuesto, podía ser tan falsa como cualquiera de las muchas trampas que habían tendido a la espía internacional. ¿Sabían aquellos árabes que ella era no sólo la famosa periodista americana, sino la más audaz e implacable espía del mundo? ¿Sabían que la angelical señorita Montfort podía convertirse en la peligrosa Baby?

—A decir verdad —sonrió de pronto Brigitte—, no suelo despedir con tanta descortesía a mis amigos, señor Ahmed.

—Elogiable —aceptó el árabe—. Nosotros podemos marcharnos y volver cuando usted pueda recibirnos a solas, señorita Montfort. Lo único que le pido es que me escuche. Pido perdón por mi

descortés comportamiento. ¿Se molestaría usted si la llamase por teléfono mañana para solicitar una entrevista?

De nuevo sonrió Brigitte, y acto seguido, tal como era costumbre en ella, se sentó en el centro del sofá. Señaló unos sillones.

—Siéntense, por favor.

Saddam Ahmed se sentó, y después lo hicieron sus acompañantes. El cirujano de la CIA y Pitzer cambiaron una mirada. El primero dijo:

—Tengo que regresar a Washington —se acercó a Brigitte, tendiéndole la mano—. Me alegra haberla podido servir una vez más… Hasta la próxima, ¿no?

—Quizá —Brigitte estrechó cariñosamente su mano—… Ya sabe cuánto se lo agradezco, Harold.

—Claro. Bien… Adiós.

—Yo también tengo cosas que hacer —dijo Pitzer—. Ya nos veremos, Brigitte.

—Naturalmente —sonrió ésta—. Hasta mañana, Frankie.

—¿Qué? —Gruñó Minello.

—Hasta mañana.

Frank Minello abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir, pareció a punto de decir algo… Pitzer lo tomó de un brazo, y tiró de él hacia la puerta del salón.

—¿Le importaría llevarme en su coche, Frankie? —pidió—. Yo he llegado en helicóptero, pero ahora tengo que regresar a la floristería. ¿Será tan amable?

De evidente mala gana, Minello abandonó el salón. Peggy salió tras ellos. Regresó a los pocos segundos, miró a Brigitte, y con un gesto indicó que los anteriores visitantes se habían marchado.

—Supongo que no me aceptarán una copa de champán —dijo Brigitte, mirando a Ahmed—, pero quizá mi ama de llaves tenga algún refresco que ofrecerles. ¿Peggy?

—Ju… jugo de naranja y… y Coca-Cola, señorita.

—¡Qué horror! Me parece que adivinaré los gustos de nuestros invitados si sugiero que traigas jugo de naranja. ¿Le parece a usted bien, señor Ahmed?

—Por supuesto —sonrió el árabe—. Es usted muy amable.

—Espero que también lo sean ustedes no molestándose si yo sigo bebiendo champán.

Saddam Ahmed casi soltó una carcajada. Los otros dos miraban fascinados a la bellísima norteamericana de grandiosos ojos azules. Peggy sirvió el jugo de naranja poco después, y, sin necesidad de indicación alguna, regresó a la cocina, dejando sola a Brigitte frente a los tres árabes. Ahmed colocó el negro maletín sobre sus rodillas, y se dispuso a abrirlo. Enseguida, captó la mirada vivaz y alerta de la señorita Montfort, y sonrió.

—Nos hemos permitido llegar ante usted con un obsequio que deseamos de todo corazón sea de su agrado.

Brigitte no contestó. Su mirada estaba fija en las manos de Saddam Ahmed. Éste, tras un breve titubeo, alzó la tapa del maletín, metió las manos dentro, y sacó lentamente un objeto que Brigitte tardó unos segundos en identificar. Es decir, creía no equivocarse: un reloj de arena. Alzó la mirada, levemente sorprendida. Saddam sonrió amistosamente.

—La medida del tiempo —dijo—. En efecto, es una clepsidra. Mide toda una vuelta de la Tierra: digamos, un sol.

—Veinticuatro horas —murmuró Brigitte.

—Sí. De sol a sol. Sabemos que existen aparatos más modernos para medir el tiempo, naturalmente, pero seguimos creyendo que no hay nada como el sol, en nuestro universo. Nos gustaría muchísimo que fuese de su agrado.

Diciendo esto, Ahmed se acercó a Brigitte, tendiéndole el regalo. Brigitte lo tomó con ambas manos, y lo colocó de modo que la arena comenzó a deslizarse de una parte a otra… El reloj en cuestión estaba construido con vasija del más puro cristal, y la armazón que sujetaba ambas copas era de oro. En cuanto a la arena que medía el tiempo… no era tal arena.

—Es oro en polvo —murmuró Brigitte.

—Minuciosamente granulado para que el trasvase de una copa a otra dure exactamente un sol.

—Es un regalo muy costoso, señor Ahmed.

—Esperamos que no lo valore usted en ese aspecto, sino en el de nuestra mejor voluntad.

Brigitte estuvo durante casi un minuto observando cómo el polvo de oro caía. El tiempo medido en oro. Comprendió de pronto, y sonrió: sí, el tiempo es oro. Miró a Ahmed, sonriente.

—Es un regalo simpático e inteligente, señor Ahmed. Se lo

agradezco mucho.

—Estábamos seguros de que usted apreciaría la… originalidad del regalo.

—Sin duda. Por favor, vuelva a sentarse. Y si es posible, dígame el motivo de este obsequio. ¿Le envía a usted alguien que yo conozco, alguna persona que por algún motivo se considera obligado a mí?

—No, en absoluto. Sencillamente, usted ha sido elegida por *Chamseddin*.

—Elegida… ¿para qué? ¿Quién es Chamseddin?

—Chamseddin significa «Sol de la Religión». Es el nombre que hemos dado a nuestra organización.

—Ah. ¿Qué clase de organización? ¿A qué se dedica?

—Temo no ser el más indicado para contestar a las muchas preguntas que lógicamente formulará usted, señorita Montfort. Yo sólo soy el modesto enviado de Chamseddin que trae para usted una invitación. Nos agradaría sobremanera que viniera usted a España.

Brigitte alzó las cejas, con gesto divertido.

—¿A España? ¿Todavía están ustedes allí?

Saddam Ahmed lanzó por fin una franca carcajada.

—Digamos que hemos vuelto —expresó amablemente—. Pero esta vez como visitantes bien recibidos. Como invitados. Sin duda sabe usted que España, pese a nuestra… anterior visita de hace unos cuantos siglos, es una nación amiga del mundo árabe, dejando aparte pequeñas tonterías, claro está.

—¿Pequeñas tonterías? —se sorprendió Brigitte.

—Bueno, como dicen precisamente en España, lo cortés no quita lo valiente. El hecho cierto, que sin duda usted conoce, es que los árabes somos recibidos amistosamente, en líneas generales. Y nosotros agradecemos la amistad y simpatía española, claro está. Tenemos allí buenos amigos, y hasta algunos pequeños intereses.

—Ya. Veamos, señor Ahmed: ¿con qué objeto me invitan ustedes a ir a España? O más concretamente todavía: ¿qué espera de mí la organización Chamseddin?

—Alguien de la Chamseddin ha pensado que sería muy agradable contar con su amistad para determinados proyectos. Claro está —la mirada de Ahmed se agudizó, se tornó más penetrante—, nosotros comprenderíamos que no simpatizase con

nosotros pese a que sabemos que no es usted judía. Lo que quiero decir es que, si pese a no ser judía, sus simpatías estuviesen inclinadas hacia…

—Señor Ahmed, soy muy personal en eso de repartir mis simpatías. El hecho de que usted sea árabe no va a privarle de ellas. Pero quiero dejar bien claro que tampoco siento antipatía alguna hacia los judíos en líneas generales.

—¿Es usted imparcial?

—Absolutamente. Puedo ser amiga de usted, y puedo ser amiga de un judío. Y ni uno ni otro conseguirá… movilizarme de modo que mi actitud varíe.

—No pensamos pedirle a usted ninguna clase de colaboración en contra de los judíos, señorita Montfort.

—¿En contra de quién, entonces?

—De nadie —se sorprendió Ahmed—. En realidad, sólo se trata de negocios. Simples negocios.

—¿Y acuden a mí, una periodista americana que tiene una columna política en un periódico americano, para tratar de negocios? Sorprendente en verdad. ¿Qué clase de neg…? Oh, entiendo: no puede usted informarme de eso. Ni prácticamente, de nada.

—Lo lamento.

—Todo lo que puede usted hacer es invitarme a ir a España.

—Hemos llegado al aeropuerto Kennedy esta misma mañana, en el *Agib*. Nos gustaría mucho regresar con usted.

—¿Qué es el *Agib*?

—Es el *jet* número uno de nuestra flota de aviones privados. *Agib* significa Maravilloso, y me permito informarla de que es el que suele utilizar el Padre de la Belleza, por lo que el hecho de ponerlo a disposición de usted indica no poca deferencia y deseos de amistad.

—Señor Ahmed, estoy entendiendo que ustedes han venido a Nueva York desde España en un *jet* privado para llevarme como invitada a su regreso. ¿Estoy entendiendo bien?

—Desde luego.

—Menos mal. No quisiera que mis ideas se confundieran. Por favor, dígame otra cosa: ¿quién es el Padre de la Belleza?

—Nosotros lo llamamos Abul Hossn. Significa exactamente eso:

Padre de la Belleza.

—Pero es un… hombre, ¿no?

—¡Naturalmente!

Brigitte se quedó mirando de nuevo cómo el granulado de oro caía lanzando hermosos destellos. No estaba demasiado sorprendida. A fin de cuentas, a lo largo de su vida de espía le habían acontecido cosas no poco insólitas, y la actual era o podía ser una más.

Pero ¿por qué tenía ella que complacer a unos árabes, alterando sus planes que tan bien había pensado en los días pasados tumbada boca abajo en su apartamento?

—Señor Ahmed —lo miró de nuevo—, he estado unos días ligeramente indispuesta, pasando calor aquí. Me disponía a visitar a un amigo mío en un lugar muy agradable, descansar, tomar el sol, nadar…, una vida apacible muy estimada por mí. Si acepto su invitación tendré que privarme de todo eso, así que, por favor, dígame usted una sola razón por la que yo deba complacerles a ustedes y no a mí misma. Deme una sola pero buena razón, y me iré con usted a España en el Agib.

—No sé si esa razón será lo bastante buena para usted.

—Expóngala.

—La organización Chamseddin está planeando que dentro de medio siglo el planeta Tierra sea el lugar más puro, hermoso y habitable de todo el Universo.

Fija su luminosa mirada azul en los oscuros ojos del árabe, Brigitte Baby Montfort murmuró:

—Mi equipaje estará listo en veinte minutos, señor Ahmed.

El árabe sonrió, gratamente sorprendido.

—Parece que le ha gustado la idea, señorita Montfort.

—A decir verdad, sólo ha faltado que dijera usted que también los seres humanos seríamos mejores dentro de cincuenta años —rió Brigitte—… ¿Entra eso dentro de los proyectos de la organización?

—No hemos pensado en ello de un modo expreso —dijo cautamente Ahmed—, pero ya que usted lo menciona cabe esperar que en un mundo mejor las personas seamos también mejores.

—¿Eso cree usted?

—Parece lo razonable, ¿no?

—Sí, parece lo razonable, y eso es lo que más me atrae de la

idea. Sin embargo, espero que haya usted observado que a medida que la Humanidad avanza en tecnología y en sistemas de confort y salud, degenera en cuanto a calidades humanas.

—¿Ha perdido la fe en la Humanidad? —sonrió a medias el árabe.

—Digamos que mi fe en las personas está… bastante deteriorada. Pero no perdida completamente; si fuese así, no aceptaría su invitación, no me molestaría. De todos modos, debo advertirle que no tengo grandes esperanzas en los seres humanos. Es cierto que, por fortuna, todavía quedan personas dotadas de sentimientos hermosos, pero cada vez son menos. Mucho me temo que a esa clase de personas, al final, les ocurrirá lo mismo que al poeta.

—¿Qué poeta? —se interesó Ahmed.

—No recuerdo bien el cuento, pero creo que se trataba de un cuento de anticipación en el que la Humanidad había alcanzado tal grado de progreso material que finalmente sólo quedó un poeta, como representante de las Artes. Un poeta que, mientras todos los demás seres humanos se afanaban en las Ciencias y las Tecnologías, se dedicaba a escribir hermosos versos de amor y de belleza.

—Sólo un poeta —movió la cabeza Ahmed—… ¿Qué fue de él?

—Lo encerraron en una prisión especial para locos.

—¡Alá nos valga! —exclamó Ahmed, casi riendo—. ¡Espero que eso no vaya a suceder con nosotros!

—Una cosa sí le garantizo —deslizó suavemente Brigitte—: si usted va por ahí diciendo que está dedicando su tiempo y sus energías a conseguir un planeta mejor, aunque sea para el futuro, todos se preguntarán, con desconfianza: ¿a cambio de qué, qué pretende realmente Saddam Ahmed, o la Chamseddin?

—¿Es eso lo que se pregunta usted?

—Francamente, sí. Pero, como le he dicho, aunque deteriorada, todavía conservo mi fe en la Humanidad.

—Comprendo que tenga usted ciertas reservas al respecto. A fin de cuentas, dentro de cincuenta años yo ya no podré disfrutar del planeta Tierra, y menos que yo, personas de más importancia que están dedicadas a la misma tarea. Vistas así las cosas, y puesto que en la actualidad disponemos de los medios para gozar hasta el límite de las bellezas y placeres de la Tierra… ¿por qué habríamos

de molestarnos?

—Es una buena pregunta —sonrió Brigitte.

—Que le será contestada a usted en España. Y se me está ocurriendo, señorita Montfort, que a usted sí le interesa verdaderamente que los proyectos de la Chamseddin se realicen.

—¿A mí? ¿Por qué? Dentro de cincuenta años yo tampoco…

—Ahí quería ir yo a parar: tengo la certeza de que dentro de cincuenta años usted todavía estará en el planeta; convertida en una encantadora anciana, es de suponer, pero todavía capacitada para gozar de un mundo diferente y sobre el cual podrá tener usted la satisfacción de haber intervenido positivamente.

—Francamente —rió Brigitte—, no sé si me gustaría alcanzar esa edad, señor Ahmed. Pero voy a ser práctica: por si lo consigo, estudiaré la oferta que la Chamseddin ha pensado para mí. No, no tema, no le haré más preguntas. Simplemente, prepararé mi equipaje.

—No debe usted apresurarse. Había pensado que saliésemos de Nueva York a una hora que nos permitiera llegar a España en pleno día, así que dispone de tiempo.

—¿Realmente? —Brigitte alzó el reloj de oro—. Se diría que el tiempo es oro, señor Ahmed.

—¡Cierto! Pero… ¿qué puede importar un día en un proyecto con vistas a cincuenta años?

—Supongo que muy poco —tuvo que admitir Brigitte—. Bien, eso me permitirá prepararme mejor para el viaje. ¿Sabe, señor Ahmed?: ¡estoy deseando ver cómo es el *jet* privado del Padre de la Belleza!

Capítulo III

El *Agib* era un magnífico reactor del que se podía decir con toda justicia que estaba dotado de un lujo oriental, en el sentido que se da a esta frase de suntuoso y regio.

Tenía despacho, salón, cuatro dormitorios, dos cuartos de baño, televisión, cocina, cine, alfombras y tapices, aire acondicionado, radar… Lujoso, enorme y poderoso, disponía de los servicios de un piloto y dos ayudantes, un cocinero y dos camareros para aquel viaje. Brigitte ni siquiera se molestó en intentar calcular cuánto le estaba costando a la Chamseddin trasladarla a ella a España; era evidente que si lo hacían era porque podían. Y aunque ella, naturalmente, no se dejaba engañar por la creencia de que todos los árabes del mundo eran ricos en los tiempos dorados del petróleo, no cabía dudar ni un instante de que sí lo eran los de la Chamseddin. Bien estaba, pues.

—Naturalmente —dijo Ahmed, cuando ya la costa americana quedó a popa del aparato—, esto no la impresiona a usted demasiado.

—A decir verdad, ni poco ni mucho.

—¿Es usted una mujer rica?

—Más que la Chamseddin.

Saddam Ahmed respingó, y se quedó mirándola por primera vez con expresión estupefacta. Acto seguido, se echó a reír, y la espía-periodista hizo lo mismo, divertida por el hecho de que Ahmed hubiera tomado su respuesta como una broma. Pero no lo era, no era en absoluto una broma: en cualquier momento, la señorita Montfort podía reunir, en oro si era necesario, una cantidad tal de millones que convertirían en calderilla el patrimonio de la Chamseddin. Para ello, sólo tenía que recurrir a sus amigos poderosos, cualquiera de los cuales, y en agradecimiento a sus servicios prestados, le facilitaría todo cuanto ella pidiera. Desde el

Presidente norteamericano al Gobierno francés, desde el Rey de Ausvania al Presidente de Cayo Granada, desde la Reina de Atlantic Kingdom al Presidente Nataniel de la isleña República de San Nataniel, todos pondrían al servicio de Baby lo que ésta pidiera: oro, billetes, hombres, armas, servicios de todas clases, flotas, ejércitos…

—¡Bueno! —reía Saddam Ahmed—. Tengo la certeza de que viajar con una persona tan encantadora como usted ha de ser maravilloso, señorita Montfort.

—Es usted muy amable. Y muy elocuente y persuasivo.

—Por eso fui elegido para visitarla a usted. Será una gran satisfacción para mí presentarme con la misión cumplida. Por ello, le doy mis más sinceras gracias. ¿Desea usted algo? ¿Café? ¿Algo de comer? ¿Cine, televisión, música…?

—Me gustaría dormir un poco. Es lo que generalmente suelo hacer por las noches.

—¡Por supuesto! —rió de nuevo Ahmed—. Además, comprendo que todo este cambio de horarios la va a perturbar en…

—No se preocupe por eso: estoy acostumbrada. En cuanto a dormirme de madrugada en Estados Unidos y despertarme a pleno sol en España me parece formidable. ¿A qué hora está previsto el aterrizaje?

—Hacia las doce de la mañana, hora española. La avisaremos con tiempo.

—Me despertaré sola. ¿Sabe? —Brigitte se tocó la frente—: tengo un reloj aquí dentro.

—Eso es muy práctico. Permítame que la acompañe personalmente a uno de los dormitorios. Son pequeños, claro está, pero muy útiles, y están aceptablemente insonorizados, en lo posible. Espero que descanse usted bien.

Minutos más tarde, Brigitte Montfort se disponía a dormir. Junto a ella, su equipaje, y sobre todo, su maletín rojo con florecillas azules, cargado, como siempre, con la gran variedad de trucos que le proporcionaba Mc Gee, el jefe del Departamento de Armas Especiales de la CIA.

Y ello porque, en el fondo, la señorita Montfort tenía el presentimiento de que en España debería desenvolverse más como la espía Baby que como la periodista Brigitte Montfort. Claro que

era sólo un presentimiento, pero, precisamente, los presentimientos de Baby habían fallado muy pocas veces... por no decir ninguna.

* * *

A las doce y cinco minutos del mediodía, tras los oportunos permisos e indicaciones de la torre de control del aeropuerto internacional de Málaga, el Agib tomaba tierra en la pista asignada.

Poco después, las buenas relaciones de Saddam Ahmed se ponían de manifiesto en el momento de las formalidades oficiales. Dos hombres subieron al Agib, conversaron con Ahmed, examinaron el pasaporte de Brigitte Montfort, y se marcharon. Eso fue todo.

Brigitte no pudo contener su comentario:

—Evidentemente, los españoles les tratan muy bien a ustedes.

—Como ya le dije —sonrió el árabe—, tenemos muy buenos amigos en España.

—¿Quizá la Chamseddin cuenta también con personal español?

—No, eso no. La Chamseddin cuenta exclusivamente con personal árabe; de diversos países árabes, pero sólo árabes.

—Yo no soy árabe.

—Nadie es perfecto —rió Ahmed—. Y por otra parte, no se pretende alistarla a usted en la organización, sino tan sólo pedirle su colaboración en determinados negocios.

—¿En España?

—No, no. En España ya tenemos los colaboradores idóneos. A propósito: ¿habla usted español?

—Puedo hacerme entender —dijo Brigitte, que lo hablaba perfectamente.

—Magnífico. Nuestros empleados hablan casi todos el español, pero no todos el inglés. Bien, cuando usted guste podemos desembarcar. Un automóvil nos está esperando, para llevarnos directamente a Nagma.

—¿No vamos a Málaga? A la ciudad, quiero decir.

—No, a menos que usted lo desee expresamente. Iremos en dirección contraria, hacia Alhaurín de la Torre y Alhaurín el Grande.

—¿Alhaurín es un nombre español?

Los oscuros e inteligentes ojos de Saddam Ahmed relucieron intensamente.

—Es usted muy perspicaz, señorita Montfort. El nombre de Alhaurín, como muchos otros nombres españoles que empiezan por Al, son… recuerdos de otros tiempos. Pero eso ya no importa. Creo que en Estados Unidos tienen ustedes nombres que no son propiamente ingleses y sin embargo, persisten. Todo eso ya es Historia. Vivamos la realidad actual. Si desea visitar Málaga antes de ir a Nagma, no hay ningún inconveniente… Tenemos tiempo, recuerde.

—De todos modos, prefiero ir a Nagma…, que por cierto, tampoco me parece un nombre decididamente español.

—No, no lo es. Nagma significa Estrella de la Noche.

—Ah. ¿Y qué es Nagma?

—Una urbanización residencial de gran lujo.

—Entiendo. ¿La Chamseddin tiene alguna villa en esa urbanización?

—Toda la urbanización es de la Chamseddin —sonrió Ahmed.

—Claro —sonrió también Brigitte.

Su equipaje fue cargado en un automóvil, que, contra lo que Brigitte había temido, no era un Rolls & Royce ni nada parecido sino un modesto aunque amplio y confortable coche de fabricación española, blanco, pulcrísimo. Entre el chófer árabe y los dos acompañantes de Ahmed colocaron las dos maletas de Brigitte en el portaequipajes; no así el maletín, que estuvo siempre en manos de Brigitte. Los acompañantes de Ahmed regresaron al *jet*, y el chófer ocupó su sitio, ante el volante.

Brigitte miró sorprendida a Ahmed.

—¿Sus amigos no vienen con nosotros?

—Ellos sí tienen que hacer algunas cosas en Málaga. Ya vendrán.

Ambos iban sentados en la parte de atrás. El chófer volvió la cabeza para mirar a Ahmed, que asintió con un gesto. El Seat zumbó suavemente, y se desplazó hacia la salida. Lucía un sol sencillamente cegador. El calor era tremendo. El dispositivo de refrigeración del vehículo no era precisamente maravilloso, así que el chófer llevaba completamente bajado el cristal de su ventanilla.

—Tenemos coches mejores —dijo con cierta irritación Saddam Ahmed—, pero Abul Hossn decidió en un momento determinado

hacer la menor ostentación posible de ellos, en actividades privadas. Siento mucho que…

—No se preocupe. Me gusta el calor.

—¿De veras?

—De veras. Sobre todo, después de haber estado haciendo unos pequeños trabajos en Alaska y en el Polo Sur.[3]

—¿Ha estado usted en el Polo Sur?

—Hace tiempo. Lo odio —Brigitte sonrió—: me resfrié.

—¡Desagradable recuerdo! —exclamó Ahmed, riendo—. Esperemos que esto no llegue a sucederle aquí.

—No parece probable, ¿verdad?

Frente a ellos, el sol parecía arder en un resplandor dorado. Por detrás, hacia el mar, se podían ver en la nítida atmósfera algunos de los altos edificios de la localidad de Torremolinos.

Muy pronto cruzaron el pueblo llamado Alhaurín de la Torre. Luego, de nuevo la carretera, no demasiado buena. Llevaban ya varios minutos de silencio cuando Ahmed señaló hacia delante.

—Después de Alhaurín el Grande iremos por una carretera de menor importancia, hasta encontrar la entrada a Nagma. Son unas cuantas hectáreas de terreno situadas al sur de la Sierra de Mijas, entre Fuengirola y Marbella. Desde cualquier punto de la urbanización se ve el mar. ¿Le gusta a usted el mar, señorita Montfort?

—¿Gustarme? ¡Lo amo! Aunque sea el Mediterráneo, que dicen que es el más contaminado del mundo.

—Siempre se exagera —encogió los hombros Ahmed—. De todos modos, pronto dejará de estar considerado de ese modo… ¿Le ocurre a usted algo?

Brigitte, que se había vuelto a mirar hacia atrás por el cristal zaguero, clavó su azul mirada en Saddam Ahmed.

—No, a mí no —murmuró.

El chófer árabe dijo algo en su idioma, y entonces Ahmed también se volvió a mirar hacia atrás. Luego, preguntó algo en árabe, a lo que contestó el chófer señalando el espejo retrovisor, al que en los últimos minutos había estado mirando con frecuencia excesiva.

—Según Mulay —susurró Ahmed— parece que nos está siguiendo un automóvil desde que hemos dejado atrás Alhaurín de

la Torre.

—¿Eso es malo? —preguntó ingenuamente la espía.

Ahmed no contestó en español, sino que hizo una indicación de nuevo en un idioma árabe. El chófer aumentó la velocidad del vehículo. Brigitte se volvió a mirar de nuevo, y sus labios se apretaron un instante cuando comprobó que el otro coche aumentaba también la velocidad, manteniendo la distancia. Una distancia que no le permitió a Brigitte distinguir la matrícula.

Durante dos o tres minutos más la situación persistió. El coche supuestamente perseguidor mantenía la distancia, y eso era todo. Ahmed tenía el ceño fruncido. Quizás estaba pensando que todo aquello podía ser casualidad. Pero Brigitte había desechado ya esta posibilidad. El coche iba tras ellos, sencillamente. Si hubiera deseado su conductor ir más deprisa podría haberlo hecho antes, simplemente adelantando en la no muy frecuentada carretera el Seat de los árabes. Si no lo había hecho era porque quería seguirlo, y punto…

De pronto, hubo un intenso destello de luz en los faros del coche perseguidor. Mulay dijo algo de nuevo en árabe, y Ahmed lo tradujo enseguida, con tono de alivio.

—Parece que va a adelantarnos, por fin —dijo.

Brigitte no contestó. Continuaba mirando el otro coche, que, en efecto, había aumentado la velocidad todavía más, y parecía dispuesto a rebasarlos. El sol, llegando desde la izquierda de la marcha de ambos vehículos, parecía poner fuego en los cristales del coche de atrás. Brigitte pudo ver la matrícula pocos segundos más tarde: MA 3229 AB. No la olvidaría, pasara lo que pasara… Porque para ella, iba a pasar algo.

Dejó de mirar el otro coche, abrió su maletín, y se dispuso a sacar del doble fondo la pistolita de cachas de madreperla que constituía una de sus defensas. No le importaba en absoluto que Saddam Ahmed viese la pistola, ni que se enterase de que ella era capaz de manejarla con una eficacia realmente asombrosa…

Estaba a punto de alzar el doble fondo tras apartar el inocente contenido visible del maletín cuando presintió la presencia del otro coche a su izquierda. Volvió la cabeza hacia él. El otro coche circulaba ahora paralelo al Seat de los árabes. Vio un hombre al volante. Nadie a su derecha. Pero, de pronto, por la ventanilla

trasera derecha, cuyo cristal estaba bajado, apareció la cabeza de un hombre, que, evidentemente, había estado ocultando su presencia. Eso fue suficiente para Brigitte, que se deslizó hacia delante en el asiento, cambiando de postura y quedando encajonada, de cara al otro coche, que ahora no podía ver.

Oyó el grito en árabe, y la exclamación de Ahmed. También Mulay había gritado algo. Brigitte tuvo la sensación de que el Seat efectuaba un salto hacia delante, y comprendió: desde el otro coche le habían ordenado a Mulay que se detuviera, y la respuesta de éste fue elevar la velocidad del coche al límite.

Estaba ya sacando su pistolita cuando el cristal que tenía ante ella reventó, con seco crujido. Pareció, por un instante, que dentro del coche apareciera una cegadora lluvia dorada cuando el desmenuzado cristal reflejó la luz del sol en sus miles de fragmentos. Detrás de Brigitte debido a la posición de ésta, Saddam Ahmed lanzó un alarido, y enseguida Brigitte oyó el seco golpe. Volvió la cabeza a tiempo de ver a Ahmed cayendo hacia ella tras su rebote contra la ventanilla del otro lado. Vio, como en una fulgurante imagen velocísima, la mancha de sangre en el rostro de Ahmed, que cayó de bruces en el asiento, donde ella había estado un instante antes…, mientras la pistola que había aparecido en su mano caía entre Brigitte y la portezuela.

Brigitte decidió en el acto no utilizar la suya. Empuñó la de Ahmed, y miró de nuevo el rostro de éste. Ahmed había quedado por fin de lado en el asiento, tenía los ojos cerrados, y la sangre se deslizaba desde su frente, manchando el asiento ahora.

Todo estaba sucediendo tan rápidamente que los dos coches continuaban circulando todavía paralelo uno al otro. Brigitte se retorció como pudo, para mirar a Mulay, dispuesta a ordenarle que frenara bruscamente, dejando pasar al otro coche, pues mientras lo tuvieran al lado estaban en gravísimo peligro… Pero, en el mismo momento en que veía la nuca y parte de la mejilla izquierda de Mulay, en el lado izquierdo de la cabeza de éste pareció brotar un surtidor de tinta roja. La cabeza fue sacudida por la bala que penetró por la sien, y Mulay pareció saltar hacia su derecha, dejando en el aire como un polvo de sangre, como un resplandor rojo pulverizado. El coche dio un tremendo bandazo, rechinaron los neumáticos… El otro, todavía su motor a todo gas, pasó zumbando,

adelantándolo.

Brigitte se incorporó rápidamente, de cara a la marcha, y apoyándose de vientre en el respaldo del asiento de Mulay, alcanzó con la mano izquierda el volante, justo en el momento en que el coche iba a salirse de la carretera. Lo enderezó, le pareció por un momento estar en una lancha en el mar, y el coche regresó al centro de la carretera, perdiendo velocidad rápidamente. En pocos segundos y metros, el coche se detuvo bruscamente, al calarse el motor puesto en directa y no recibir ni gas ni velocidad suficiente.

Demudado el rostro, Brigitte alzó los ojos en busca del otro coche, que se había detenido también, unos cuarenta metros más adelante. El súbito silencio le pareció terrible.

Del otro coche se apearon rápidamente dos hombres, uno por cada portezuela de atrás, y regresaron corriendo hacia el Seat, empuñando cada uno una pistola. Brigitte se echó hacia atrás, abrió la portezuela de su lado, salió del coche, y se encogió tras la portezuela, que quedó como un escudo ante ella. Se asomó por el hueco del destrozado cristal, sacó la mano que empuñaba la pistola de Ahmed, miró a uno de los hombres que corría hacia ella, y disparó.

Plop, chascó el silencioso disparo.

El hombre contra el que había disparado sin apuntarle formalmente lanzó un alarido, se llevó la mano libre hacia la ingle izquierda mientras daba un grotesco salto, y cayó de cabeza, rodando por el asfalto. El otro había frenado su carrera, casi deteniéndose en seco. Alzó el brazo derecho, se sujetó la muñeca con la mano izquierda apuntando la pistola hacia el coche de los árabes…

Plop, disparó de nuevo Baby Montfort.

El hombre pareció convertirse en una estatua. Quedó inmóvil en su agresiva postura, muy abiertos los ojos. Estuvo así quizás un par de segundos, pero pareció una eternidad hasta que, de pronto, lentamente, comenzó a caer hacia atrás, tieso como un palo, todavía en aquella postura, sujetando fuertemente la pistola.

Brigitte comprendió que a este hombre sí le había hecho daño, y lanzó su mirada enseguida en busca del primero, que gateaba torpemente hacia la margen de la carretera, dejando un rastro de rojo y reluciente líquido en el piso caliente, humeante. La espía

podía haberle metido una bala en la sien derecha con toda facilidad, pero se desentendió de él, para mirar hacia el coche detenido delante. Tuvo tiempo de ver salir al conductor, que corrió por delante del coche, y saltó fuera de la carretera, desapareciendo enseguida entre unas matas.

Muy bien. Pensaban seguir atacándola desde fuera de la carretera. Posiblemente, esperaban que ella, si es que sabían que era una mujer quien les hacía frente, echase a correr hacia el otro lado.

De modo que hizo todo lo contrario. Entró rápidamente en el coche, cerrando la portezuela, y pasó a sentarse ante el volante desplazándose por encima del respaldo del asiento, empujando rudamente el cadáver de Mulay. Movió la llave del contacto, y el motor se puso en marcha. Miró la palanca de cambios, la movió de cuarta a primera, y apretó el pedal del gas. El coche saltó, rugiendo, revolucionadísimo el motor. Pasó a segunda, a tercera, conduciendo de un modo suicida, encogida en el asiento de modo que no podían verla desde fuera del coche…, pero tampoco ella podía ver ni siquiera hacia dónde se dirigía. Pese al rugido del motor, oyó el grito fuera del coche. Apretó más el pedal del gas, manteniendo el volante fijo, y mirando hacia su derecha. Por la ventanilla vio la parte superior del otro coche al pasar por su izquierda. Dio más gas, puso la cuarta velocidad, y se incorporó ahora lo suficiente para ver por dónde circulaba.

Apareció la carretera, libre ante ella. Aumentó la velocidad, dirigiendo una mirada hacia el espejo retrovisor. Vio sólo a un hombre apareciendo en la carretera, ya muy atrás, tanto que ni siquiera intentó dispararle. Y desde luego, no iba a perseguirla: ya tenía suficiente trabajo ocupándose de sus dos compañeros heridos, uno de ellos de gravedad, sin duda.

¿O muerto?

Brigitte dejó la pistola de Ahmed sobre el cadáver de Mulay, que yacía ahora en una postura extraña, sorprendente: sólo su torso permanecía en el asiento, de bruces, ladeada la cabeza de modo que se veía su reventada sien izquierda. El resto del cuerpo estaba en el hueco ante el asiento, como arrodillado…, como en su última oración a Alá.

Durante unos cinco minutos, Brigitte estuvo conduciendo; se cruzó con algunos coches, con toda normalidad.

Cuando se pasó una mano por la frente percibió la copiosa transpiración fruto del calor y la tensión. Por fin, vio un camino de tierra a su derecha, y salió por él de la carretera.

Cuando paró el motor, lanzó un profundo suspiro. Luego, en el silencio del mediodía, comenzó a oír el chirriante canto de las cigarras, que parecía hinchar aquella soledad ardiente.

Se volvió a mirar a Saddam Ahmed, que continuaba igual. Salió del coche para entrar de nuevo al asiento de atrás. Lo primero que hizo fue asegurarse de que Ahmed estaba vivo. Se quedó mirándolo pensativamente. La herida de Ahmed, en un lado de la frente, había vertido mucha sangre, pero no revestía gravedad alguna…, aunque si la bala hubiese llegado tan sólo un centímetro más a la derecha le habría reventado la frente; como no había sido así, se había deslizado por encima de la sien, abriendo un tremendo surco, pero en absoluto mortal.

Brigitte recogió la pistola de Ahmed de sobre el cadáver de Mulay, y la limpió cuidadosamente, asegurándose en lo posible de que borraba sus huellas dactilares. Luego, la puso en la mano de Ahmed, apretando sobre la culata los dedos del árabe, y haciéndole dejar impresiones varias. Finalmente, dejó caer la pistola entre los dos asientos, y sólo entonces recurrió a su maletín para hacerle una cura de emergencia a Saddam Ahmed. Le limpió la sangre del rostro lo mejor que pudo, utilizando un par de compresas y lavanda, y luego colocó parte de otra compresa sobre la herida, sujetándola con un par de tiras de esparadrapo color carne, siempre presente en su maletín.

Cuando la señorita Montfort encendió un cigarrillo dispuesta a esperar, el aspecto de Saddam Ahmed era mucho mejor.

Pero en el asiento delantero, sobre Mulay, comenzaba a oírse el denso zumbar de las moscas. Era como un continuo bordoneo de guitarra en un silencio ardiente roto sólo por aquellos zumbidos Y por el chirriar de las cigarras borrachas del calor que auspiciaba su incesante canto.

Capítulo IV

Cuando Saddam Ahmed abrió los ojos, turbia la mirada, vio a Brigitte Montfort frente a él. Se quedó mirándola mortecinamente, pero de pronto respingó, dio un salto, e inmediatamente se llevó las manos a la cabeza, cerrando de nuevo los ojos.

—Le he curado lo mejor que he podido —dijo Brigitte—, pero necesita una cura formal, señor Ahmed. Ahora está usted sentado, y creo que debe seguir en esa posición. Haga lo posible por relajarse.

Saddam Ahmed oía su voz como lejana, como amortiguada, maravillosamente tranquila, sedante. Se relajó, dejando caer las manos sobre sus muslos. El recuerdo del impacto en su frente le hizo estremecerse. Luego… Luego ya no recordaba nada más. Oía el canto de las cigarras. El zumbido de las moscas.

Abrió los ojos, suavemente. Brigitte, sentada ante el volante y vuelta hacia él, le miraba con expresión inescrutable.

—¿Y Mulay? —susurró Ahmed.

—Está muerto. Lo he metido en el maletero, porque se lo iban a comer las moscas.

Los ojos de Ahmed se abrieron, se desorbitaron. ¿Ella sola había manejado a Mulay hasta meterlo en el maletero? Miró a derecha e izquierda. Había una atmósfera pura, diáfana, dorada.

—¿Dónde estamos?

—No tengo la menor idea.

—Pero… ¿qué pasó? ¿Qué ha pasado?

—Los hombres que iban en el otro coche nos dispararon, le hirieron a usted, y mataron a Mulay. Yo salté para hacerme cargo del volante, y usted hirió a un par de ellos.

—¿Yo?

—Claro. Primero cayó como muerto en el asiento, pero se incorporó enseguida diciendo cosas que supongo eran maldiciones en su idioma. —Brigitte sonrió prietamente—… Me gritó enseguida

que detuviera el coche, y así lo hice. Me encogí en el asiento, y usted disparó algunas veces por la ventanilla. Después me gritó que siguiera adelante, y lo hice. Pasamos junto al otro coche, en el que no había nadie entonces… Cuando le pregunté hacia dónde teníamos que ir, no me contestó usted: había perdido el conocimiento. Así que me metí por el primer camino que vi, le curé como pude…, y eso es todo.

Saddam Ahmed la escuchaba estupefacto.

Por fin, masculló:

—¿Yo hice todo eso?

—Bueno, puesto que Mulay estaba muerto, tuvo que hacerlo usted. O yo. ¿Cuál de los dos cree que hizo frente a aquellos hombres armados?

—¿Cuántos eran?

—No sé. Creo que tres, pero no estoy segura.

Ahmed se tocó cuidadosamente la frente. Sí, le dolía la cabeza, ahora se daba cuenta. No recordaba nada de cuanto había dicho la señorita Montfort.

Se sobresaltó de pronto.

—¿Está usted bien? —exclamó.

—Físicamente, sí. Emocionalmente, temo que el trauma va a durarme una buena temporada. No es que pretenda culparle de ello, pero pude haber muerto, señor Ahmed. Sin tan siquiera saber por qué ni quiénes me mataban.

—Lo siento… Lo siento de veras. La cosa no iba contra usted, se lo aseguro. ¡Siento muchísimo que haya pasado tan mal rato!

—Supongo —murmuró Brigitte— que si le pregunto qué significa todo esto me dirá usted que no lo sabe, ¿verdad?

—Todo lo contrario. Lo sé perfectamente: hemos sido agredidos por los israelitas.

—Ah… ¿Sí?

—Sólo han podido ser ellos.

Brigitte no contestó. Miraba fijamente a Ahmed, como si pretendiera absorber los pensamientos del árabe.

—¿Seguro que Mulay está muerto? —murmuró Ahmed.

—¿Quiere echarle un vistazo?

Ahmed asintió. Brigitte retiró las llaves del contacto, y salió del coche. Ahmed hizo lo mismo. Cuando Brigitte alzó la tapa del

maletero, se oyó un zumbido de moscas. Los ojos de Mulay estaban abiertos. Su destrozada sien izquierda estaba ahora amoratada y muy hinchada; parecía talmente como si se hubiera convertido en un pequeño volcán, en aquella parte. En la parte por donde la bala había salido los destrozos eran escalofriantes. Ahmed cerró el maletero, se hizo cargo de las llaves, y murmuró:

—Yo conduciré hasta Nagma.

—¿No vamos a avisar a la Policía?

—¿Qué ganaríamos con ello?

—Bueno, señor Ahmed, han matado a un hombre, y es posible que usted matara a uno o dos más.

—Me gustaría que antes de tomar una decisión al respecto llegáramos a Nagma. Luego, si usted cree que debe hacerlo, podrá avisar a la Guardia Civil. Pero debo decirle que lo mejor que podemos hacer para evitar toda clase de problemas es lo que usted ya ha hecho: mostrarnos discretísimos. Nuestra denuncia sobre lo ocurrido no arreglaría absolutamente nada, y en cambio nos crearía muchas, muchísimas complicaciones.

—Creí que en España estaban ustedes como en su casa.

—¡No hasta ese punto! —exclamó Ahmed.

—Entiendo. Bueno, no sé qué hacer… En realidad, me estoy preguntando si el hecho de guardar silencio sobre lo ocurrido no va a crearme problemas a mí.

—Si usted no dice nada, nadie lo dirá. Será… como si nada hubiese ocurrido. Esto no le importa a las autoridades españolas. Es cosa nuestra y de los israelitas.

—¿Mía no?

—La mantendremos al margen.

—No sé…

—Por favor, vayamos primero a Nagma. Luego, tome usted la decisión que considere más conveniente.

—Está bien. ¿Hablaré con el Padre de la Belleza, en la urbanización?

—Todavía no. Abul Hossn no está en Nagma. Pero podrá usted hablar con su más querido y allegado colaborador, Manssur Al Basri.

—De acuerdo —se resignó definitivamente Brigitte—. ¡Vamos a Nagma! Suponiendo que no nos detengan por el camino, claro…

* * *

No tuvieron ninguna dificultad.

Y ciertamente, una vez en Nagma no parecía que pudieran temer nada.

La lujosa urbanización evidenciaba ya su privacidad por la cantidad de vigilantes que paseaban discretísimamente por entre los pinos y jardines, todos ellos vestidos con pantalón y camisa blancos.

No parecía que llevasen encima arma alguna, pero, aparte de que había muchos trucos para ocultar las armas, Brigitte pensó que éstas bien pudieran estar escondidas en lugares determinados, siempre al alcance de los vigilantes… aunque oficialmente tales vigilantes pulularan por la urbanización como empleados en los jardines y paseos, al cuidado de tanta belleza acumulada.

—Tenía que haber visto usted este lugar antes de que lo convirtiéramos en la Nagma —explicó Saddam Ahmed—… Si tal hubiera hecho, ahora no lo reconocería. Naturalmente, lo primero que hicimos fue traer agua en abundancia. Luego, iniciamos la repoblación vegetal: pinos, palmeras, flores de toda clase, granados… Vea: en todo momento podemos ver el mar. Es fácil comprender que invertimos aquí una buena cantidad de dinero, no sólo en la compra de los terrenos, sino en su acondicionamiento general. Tenemos actualmente de todo, desde agua a télex. En cuanto a la residencia principal, que suele ocupar nuestro amado Abul Hossn, sin duda la sorprenderá.

—¿Más que todo esto? —murmuró Brigitte, haciendo un amplio ademán con una mano.

—Muchísimo más. Pronto llegaremos.

Brigitte contemplaba poco menos que extasiada el lugar. Fuese como hubiera sido antes, ahora parecía un paraíso lleno de verdor y coloridos mil de flores. Había incluso pequeñas fuentes lanzando su cristalino chorro a la atmósfera vibrátil de calor. Muy separadas unas de otras se veían las casas, todas ellas muy amplias, rodeadas de césped, flores, pinos, granados, palmeras… El colorido era vivo, alegre, fresco. Las calles que se extendían por entre aquella urbanización, que era realmente un enorme jardín, eran amplias y parecían pavimentadas con puro cristal, tan fino era el piso. Por entre flores, palmeras y pinos Brigitte pudo entrever de cuando en

cuando un Rolls & Royce, o un Mercedes, o un BMW…

—Supongo —murmuró— que vivir aquí no está al alcance de cualquiera.

—Ni muchísimo menos, claro está. En Nagma sólo se admiten árabes. Y por supuesto —rió disculpándose—, árabes adinerados. Lo contrario complicaría un poco las cosas.

—¿En qué sentido?

—Bueno, dentro de cincuenta años podemos esperar que las cosas sean de otro modo, pero ahora son… como son. Quiero decir que, nos guste o no, hay pobres y ricos. Y los pobres y los ricos no tienen nada en común.

—¿Ni siquiera el mismo derecho a la Vida?

—Oh, vamos, señorita Montfort, nadie niega el derecho a la vida a los pobres. Pero convendrá conmigo en que usted vive en un lugar y un edificio de Nueva York donde difícilmente las cosas funcionarían del mismo modo si tuviese vecinos… diferentes a los que tiene. ¿O quizás en el Crystal Building vive gente pobre también?

—No —murmuró Brigitte—. Me lo he merecido.

—Lamentablemente, hay niveles humanos. Artificiales, lo sé, puesto que en un principio Alá no dispuso que fuese así, sino del modo que usted parece desear…, y también nosotros. Pero ahora sería imposible. Y una gran necedad incluir en Nagma la presencia de personas… inadecuadas. Todo llegará, es de esperar.

—¿Dentro de cincuenta años?

—¿Por qué no?

Brigitte no contestó.

De pronto, viendo aquello, observando tanta belleza y esplendor, tuvo la certidumbre de que jamás los pobres podrían vivir en lugares así en el planeta Tierra. Jamás. Los que ahora tenían todo aquello jamás querrían compartirlo, porque compartirlo con la gran masa humana sería ceder mucho de lo que tenían.

—Como usted sabrá, sin duda —siguió hablando Ahmed—, estamos en plena Costa del Sol. ¿La conoce?

—Un poco.

—Hace unos pocos años, esto no era así. El dinero lo ha cambiado. Con dinero se consigue todo…, absolutamente todo. ¿No está de acuerdo?

—No.

Ahmed le dirigió una breve mirada de sorpresa.

—Dígame algo que no se pueda conseguir con dinero —rió.

—Muchas cosas, aparte de la salud, por ejemplo. Le supongo enterado del fallecimiento del *Sha* Mohamed Reza Pahlevi… ¿Cree que él tenía dinero?

—Era un hombre moderadamente rico —asintió sonriente Ahmed—. De acuerdo, la salud. ¿Qué más?

—La lealtad.

—Todo se compra.

—Lo que se compra no es lealtad, sino servicios. Servicios que pueden perderse si alguien ofrece por ellos más dinero que nosotros.

—Sin embargo, ese alguien lo habrá conseguido con dinero. Y volvemos al punto de partida… ¿Qué mira con tanto interés?

—Los tejados de algunas de esas casas. No son normales. Yo diría que son… o que parecen… ¿placas solares?

—En efecto —asintió entusiasmado Saddam Ahmed—: son placas solares. Estamos obteniendo energía solar, simplemente.

Brigitte miraba las placas solares que cubrían los tejados de algunas de las casas, relucientes al sol, formando amplios paneles. Por lo menos había contado ya seis casas con placas solares en el tejado. Y debía de haber bastantes más.

—¿Por algún motivo especial? —preguntó de pronto.

—¿La obtención de energía solar? Oh, bueno, simple actualización de ideas, previsión del futuro, si usted quiere.

—¿Un futuro que indica que dentro de cincuenta años el petróleo se habrá agotado en el planeta Tierra?

—Alá no permita semejante cosa —imploró Ahmed—. En realidad, estas instalaciones de placas solares, con las que no voy a negar que estamos realizando algunos estudios, son como una muestra de simpatía hacia Su Majestad Juan Carlos I.

—¿El Rey de España? No comprendo.

—Nos consta que S. M. Juan Carlos I es un admirador de la energía solar, hasta el punto de que han instalado allí una planta para su obtención, en los tejados del aparcamiento del Palacio de La Zarzuela. La inversión ha sido considerable, pero pronto quedará amortizada con el ahorro de combustible… convencional. De momento parece ser que dicha energía será destinada solamente a

la obtención de agua caliente para las necesidades de palacio, pero quizá sea una prueba con vistas a una instalación definitiva para todos los servicios. Como usted sabe, la obtención de energía solar es susceptible todavía de muchos perfeccionamientos.

—¿Y eso es lo que ustedes están haciendo aquí, investigaciones al respecto?

—No sería inteligente por mi parte negárselo a usted, que me está demostrando en todo momento una gran perspicacia… Estamos llegando al Generalife.

—¿Adónde? —Se pasmó Brigitte.

—Al Generalife —rió Ahmed—… ¡Celebro haberla sorprendido tanto! Y está claro que usted sabe qué es El Generalife.

—Creía saberlo, pero si ahora me dice usted que El Generalife está aquí, cerca de Málaga, ya no sé nada de nada… Según mi creencia, El Generalife era el palacete de verano de reyes árabes con residencia en Granada… ¡No me diga que han comprado El Generalife a los españoles, para traerlo aquí!

—No, no —rió de nuevo Ahmed—… Aparte de que no parece factible que ellos vendan eso, habría sido más costoso que construir una réplica en Nagma. De modo que el auténtico Generalife sigue en Granada, cerca de La Alhambra… Pero ahí tenemos nosotros el nuestro, señorita Montfort.

Saddam Ahmed detuvo el coche en una pequeña elevación de la carretera. A unos quinientos metros, en el centro del más florido llano de la urbanización, destacaba la enorme y blanca construcción, con sus grandes arcadas, sus acequias con miles de surtidores que se cruzaban en el aire azul y tórrido. Cuando Ahmed detuvo el motor del coche, el rumor de las fuentes llegó hasta allí, como envuelto en el perfume de millones de flores. El verde de los granados resaltaba con sus rojas flores. Sobre las acequias parecían flotar simulacros de arcoiris.

—Por Dios —pudo Brigitte murmurar, tras unos segundos de éxtasis—… ¡Es el lugar más hermoso que he visto en mi vida!

—Me alegra mucho que piense así, señorita Montfort, porque en ese lugar va a ser usted nuestra más estimada invitada. ¿Le parece que sigamos? Estoy seguro de que le gustará a usted conocer a Manssur Al Basri…, que nos está esperando.

* * *

Manssur Al Basri los estaba esperando, efectivamente, en una de las amplias salas sumidas en penumbra y como envueltas en un frescor ideal. El sol no podía nada contra los gruesos muros del palacete, ni contra la sabiduría de la construcción. Por los grandes arcos se veían las fuentes y las flores. El rumor del agua, llegando de todas partes, contribuía a aumentar la sensación de frescor y de sosiego, de una paz inaudita.

En cuanto ellos entraron en la sala, Manssur Al Basri se alzó del montón de almohadones en el que yacían también hermosas mujeres semidesnudas, y acudió a su encuentro, haciendo flotar su holgada y ligera chilaba. En su boca grande y como violácea, rodeada de una densa barba grisácea, flotaba una sonrisa que parecía pastosa, como hecha de reluciente miel. Contemplando sus enérgicas facciones definidas por una gran nariz aguileña, Brigitte le calculó unos cuarenta años, mientras se sentía impresionada por la energía que había en los negrísimos ojos de auténtico halcón.

Se detuvieron los tres, quedando Brigitte y Manssur frente a frente, y Ahmed a un lado de Brigitte.

—Señorita Montfort, le presento a Manssur Al Basri, mano derecha de Abul Hossn y secretario principal de la Chamseddin.

Manssur Al Basri se inclinó, tocando con los dedos de su mano derecha el estómago, el corazón y la boca. Cuando alzó la mirada, los azules ojos de la periodista-espía chispeaban con socarronería.

—¿Cómo está usted, señor Al Basri?

—Encantado de conocerla. Lo considero un privilegio.

Hablaba el inglés perfectamente. Brigitte había alzado las cejas.

—¿Un privilegio? —preguntó—. ¿Por qué motivo?

—Considero que es usted una de las personas más importantes del mundo en la actualidad.

—¿Realmente lo cree así? —Se pasmó Brigitte—. Temo que no esté bien informado sobre mí, señor Al Basri.

—Lo sabemos todo sobre usted —sonrió Manssur.

Brigitte frunció simpáticamente el ceño. ¿Todo? Eso era mucho saber. ¿Sabía la Chamseddin que ella dirigía una organización recientemente puesta en marcha y que llevaba el nombre de Love Organization Unite, la

L. O. U.,
que funcionaba con hombres de todo el mundo elegidos por su calidad humana, su valor y su inteligencia? ¿Sabía que era la agente Baby? ¿Sabía que su madre, Giselle Montfort, había muerto fusilada por los alemanes en un patio de una prisión francesa? ¿Sabía que amaba a Número Uno, el solitario espía que vivía en una villa en la isla de Malta, cerca de La Valetta? ¿Sabía que tenía amigos en todos los servicios de espionaje del mundo…, y enemigos también en todas partes? ¿Sabía que ella era capaz de matar fríamente a un hombre? ¿Sabía que ella era Quinto Dan de Judo, Primer Dan de Karate, que podía pilotar cualquier aparato, disparar cualquier arma, hacer frente airosamente a cualquier situación…? ¿Todo esto sabía la Chamseddin de Brigitte Montfort? A Brigitte le pareció que era saber demasiado, así que se limitó a sonreír, preguntando:

—Eso parece indicar que se han tomado mucho interés por mi persona. ¿Me equivoco?

—En absoluto. Especialmente, a partir del momento en que hace unos meses su nombre sonó como posible candidata a la presidencia de los Estados Unidos.

—Ya. Bueno, casi se podría decir que fue… una broma de un partido femenino que…

—¿Una broma? —Alzo las cejas Al Basri—. ¡Desde luego que no! Ese partido, el Women Totaldemocracy Party tenía… y sigue teniendo los mismos derechos legales que los demás partidos americanos, así que podían presentar su candidato: usted. Y sabemos que los sondeos norteamericanos arrojaron un resultado indiscutible: tenía usted el voto de todas las mujeres de su país, señorita Montfort. Lo que, bien se entiende, implicaba una gran cantidad de votos masculinos que le habrían conseguido las mujeres de sus maridos, hijos, hermanos, y, en fin, de cualquier hombre que estuviese bajo su influencia por cualquier motivo. Sin embargo, usted renunció a ocupar el puesto por el que van a emprender una dura lucha los señores Carter y Reagan. ¿Puedo saber por qué renunció?

—Ya lo dije en mi aparición en televisión, señor Al Basri. Todo eso ya es agua pasada.

—Sí… Claro. Oh, por favor, perdone mi descortesía: ¿ha tenido usted buen viaje?

—No.

Manssur Al Basri se sobresaltó, y su mirada de halcón saltó vivamente, interrogante y casi colérica, hacia Saddam Ahmed, que se apresuró a explicar:

—Supongo que la señorita Montfort se refiere a la última parte del viaje. ¿No es así, señorita Montfort?

—En efecto.

Manssur, que había mirado a Brigitte, miró de nuevo a Saddam Ahmed.

—¿Qué ha ocurrido? —susurró.

—Han matado a Mulay. Casi me matan también a mí —señaló su frente—… Esto no es ningún tonto accidente, Manssur, como quizás hayas creído: es un balazo.

—¿Los israelitas?

—¿Quién si no?

La boca de Manssur Al Basri se plegó en un gesto hosco.

—Dadas las circunstancias —murmuró—, presumo que la señorita Montfort debe de estar fatigada y alterada. Le suplico mil disculpas por los contratiempos, señorita Montfort. La estaba esperando para almorzar juntos, pero quizá preferirá usted descansar antes.

Brigitte comprendió que los dos árabes estaban deseando hablar a solas, y decidió facilitarles la ocasión.

Sí, esto era lo que también le convenía a ella. Cuanto más hablasen entre ellos, más explicaciones podrían encontrar a lo ocurrido, y ella se las arreglaría para conseguirlas más adelante.

—A decir verdad —sonrió—, agradecería mucho un baño y un poco de descanso. No es que esté propiamente cansada, pero sí un poco alterada… No estoy acostumbrada a que me tiroteen.

—Lo comprendo, y no sabe usted cuantísimo lamento esa desdichada circunstancia, ajena por completo a nosotros.

—No tan ajena, señor Al Basri.

—¿Eso cree usted? —se sorprendió Manssur.

—Dudo mucho que aquellos hombres pretendieran algo contra mí, de modo que, según todas las apariencias, debían de querer matar al señor Ahmed. Así pues, aquel ataque no era en absoluto ajeno a ustedes, sino relacionado con ustedes.

—Sus razonamientos no carecen de lógica —casi sonrió Al Basri

—. Bien, espero que usted no sufra más molestias en el futuro. Mientras tanto, haré que la acompañen a su aposento y le preparen un baño a su gusto…

—¿Hay cuartos de baño en El Generalife?

Manssur acabó por soltar una carcajada.

—Como usted comprenderá —explicó—, hemos hecho algunas adaptaciones del palacete conforme a los tiempos actuales. Encontrará usted aquí todas las comodidades modernas, sabiamente armonizadas con las bellezas arquitectónicas del pasado. Estoy seguro de que le encantará su aposento, provisto de puerta y baño. Quiero que entienda definitivamente, señorita Montfort, que para nosotros es usted un personaje digno de las máximas atenciones y simpatías.

—Así he creído entenderlo. Y sigo haciéndome la misma pregunta: ¿por qué?

—Me gustaría saber si estaría usted dispuesta a hablar con Abul Hossn mañana mismo.

—Desde luego. Cuanto antes, mejor.

—Lo arreglaré todo para mañana. Supongo que Saddam ya ha ordenado que lleven su equipaje a su aposento, de modo que sólo resta que la acompañen a él. Cualquier cosa que desee, por favor, pídala. Sea lo que sea.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

Manssur se volvió hacia el grupo de muchachas que languidecían sobre los almohadones, y dijo algo en su idioma. Dos de las muchachas se pusieron en pie inmediatamente, y se acercaron a Brigitte. Una de ellas hizo el gesto para llevar el maletín rojo con florecillas azules, pero la espía lo retuvo, aunque agradeciendo con una sonrisa la innecesaria ayuda.

—¿Cómo podré entenderme con ellas? —preguntó.

—Hablan algunas palabras de francés, entienden algo el inglés, y casi se hacen entender en español. De todos modos, son muy serviciales, por lo que usted tendrá poco que indicarles: saben lo que tienen que hacer.

—De acuerdo. Hasta luego.

Capítulo V

Hacia las cinco de la tarde, Brigitte despertó de la siesta. Se quedó mirando el techo, blanquísimo. Oía el rumor del agua en los jardines, y eso era todo. Una cosa buena tenía aquel viaje: estaba durmiendo tanto que sus «baterías» de reserva se hallaban cargadas a tope.

Cubierta sólo con una camisita de dormir, la más fresca de su equipaje, se acercó a uno de los arcos, amplias ventanas abiertas a los jardines. Ante ella, la belleza de la acequia central, con sus chorros de cristalina agua a ambos lados, sus paseos de setos y sus flores. El sol era deslumbrante, ardiente, pero allí, en la penumbra del gran aposento que se le había destinado, se estaba fresco sin necesidad de refrigeración técnica.

—Tengo hambre —dijo en voz alta.

Batió palmas, y casi en el acto entraron las dos muchachas que la habían acompañado allí horas antes. Eran muy jóvenes, quizá ni siquiera tenían dieciocho años; y muy bonitas, con grandes ojos rasgados y una boca carnosa, de dulce sonrisa. Su indumentaria, de gasa en su mayor parte, permitía ver sus pechos y vientres, así como sus esbeltas piernas.

—¿Podría comer algo? —preguntó Brigitte—. No he almorzado hoy. ¿Me comprendéis?

La miraban sonrientes, pero no parecían muy seguras de lo que ella acababa de decir en inglés. Lo repitió rápidamente en francés y en español, y fue comprendida totalmente en este último idioma.

Poco después le traían una gran bandeja llena de fruta, que complació especialmente a la periodista-espía. Mientras comía, las dos muchachas la miraban, siempre sonrientes, atentas.

—Me pregunto —dijo Brigitte, recurriendo ya directamente al español— si sois esposas de Manssur Al Basri…, o algo así.

—Esposas, no —dijo una de ellas.

—Entiendo. ¿Cómo os llamáis? Vuestros nombres.

—Zaida.

—Fidda.

Brigitte asintió, y continuó comiendo fruta. Se estaba muy bien allí. La habitación era enorme, y se cerraba con una sólida puerta de madera claveteada. El cuarto de baño, naturalmente dentro del dormitorio, era enorme y precioso. La distribución interior del Generalife genuino no se había respetado allí, y así, el cuarto de baño privado tenía casi veinticinco metros cuadrados, y estaba decorado con bellos azulejos y mármoles. En el dormitorio había un gran lecho, un armario disimulado en la pared, algunos almohadones, un diván, un par de sillones y un escritorio de madera repujada.

Terminó su apetito, y señaló la bandeja.

—Podéis llevárosla. Y por favor, decidle a Manssur que estoy dispuesta a conversar con él cuando guste.

—Manssur no está. Está en Málaga con Saddam.

—¿Se han ido los dos a Málaga? Vaya… ¿Han dejado algún recado para mí?

—Volverán pronto —dijo Zaida.

—Todavía sol —añadió Fidda.

Brigitte frunció el ceño un instante, pero aceptó la situación, que le pareció un tanto descortés. Se puso un ligero vestido de tarde, y abandonó su aposento.

Durante más de una hora estuvo recorriendo el palacete, y los jardines. Desde las galerías, y desde las arcadas, estuvo observando, en la distancia, algunas de las casas tipo chalé corriente en cuyos tejados destacaban las placas solares.

—Chocante —pensó más de una vez—… Aunque inteligente. Me pregunto si también se están interesando por la energía nuclear. Al decir de los entendidos, las plantas atómicas son el futuro energético de la Tierra, pero… ¿qué puede durar más que el sol? ¡Y sobre todo, este sol…!

Era cegador. Sin duda alguna, aquella zona del planeta era una de las privilegiadas en cuanto a luz solar, no sólo en intensidad, sino en cantidad de días de sol al año…

Seguramente, fue la primera en oír el zumbido del helicóptero, gracias a su finísimo oído. El aparato apareció a los pocos segundos,

convertido en una estrella refulgente bajo el sol. Brigitte entornó los párpados, y se quedó mirándolo desde una de las galerías, frente a la alberca, es decir, la piscina. Un movimiento abajo, en el jardín, atrajo su atención. Dos hombres, vestidos con pantalón y camisa blanca, habían aparecido de pronto, y corrían. Desaparecieron pronto del alcance visual de Brigitte, que volvió a mirar hacia el helicóptero. Volaba muy alto, por lo que dedujo que no iba a tomar tierra en la urbanización.

Brigitte abandonó esta galería, corriendo hacia otra, que permitía ver hacia el exterior del palacete. Vio de nuevo el helicóptero. Y ahora, en las habitualmente solitarias y silenciosas avenidas de Nagma, divisó tres negros automóviles desplazándose lentamente. Algunos de los empleados de la urbanización permanecían inmóviles junto a pinos y palmeras.

¿Esperaban un ataque, quizá?

¿Un ataque judío?

«—Me parece —reflexionó— que como es habitual en mí me he metido en un lío».

Del helicóptero brotaron unos destellos de sol. Parecían unos destellos más de los muchos que el astro rey había arrancado de la metálica superficie hasta entonces, pero la espía internacional alzó una ceja, sorprendida. Esos últimos destellos habían tenido… ritmo y medida. ¿Alguien del helicóptero estaba utilizando un espejo para enviar un mensaje?

El helicóptero, que había llegado procedente del sur, del mar, desapareció pronto hacia el norte. A los pocos minutos, los tres negros automóviles habían desaparecido de las avenidas, y los hombres que habían permanecido inmóviles junto a pinos, granados y palmeras desaparecieron también. Todo quedó de nuevo en silencio y quietud. En absoluta quietud. ¿No era extraño que no se viese persona alguna entrando o saliendo de los chalés que rodeaban el palacete? Ni una sola persona, ni un solo vehículo, salvo aquellos tres que habían desaparecido en cuanto el helicóptero se hubo perdido de vista… ¿No vivía nadie en los chalés, estaban desocupados completamente? ¿Sólo había personal en el palacete?

Minutos más tarde, Brigitte caminaba a pleno sol por una de las avenidas, acercándose al chalé más próximo de los que tenían

placas solares en el tejado. Aquí y allá, como blancos destellos entre el verdor de pinos y granados, distinguió reflejos en las blancas ropas de los empleados de Nagma, pero nadie se acercó a ella en ningún momento. Como si aquellos hombres no estuvieran allí, observándola. O como si ella no existiera, simplemente. El silencio era insólito en verdad, inaudito. Pese a que pronto serían las siete de la tarde, el sol todavía era terrible. Claro que la hora solar era otra: las cinco. España tenía su propio horario de verano. Claro, a las cinco de la tarde hora solar el sol todavía se hacía sentir…

¡Y de qué modo!

Finalmente, Brigitte se detuvo ante la puerta de uno de los chalés con placas solares. Suspiró aliviada al quedar a la sombra del porche. Todo estaba en orden, todo estaba limpio, perfecto. El porche estaba atestado de geranios. A un lado había una enorme chumbera.

La puerta del chalé estaba cerrada con llave. Las ventanas estaban protegidas desde el interior por espesos visillos blancos. Brigitte giró en el porche, extendiendo lentamente su mirada ante ella. Todo seguía igual, era como si ella no existiese.

Emprendió el regreso al palacete, que ocupaba el centro de la lujosa y enorme urbanización, de modo que no podía ser visto desde los límites exteriores de ésta. Como un mundo privado… ¿Qué habían ido a hacer a Málaga Manssur Al Basri y Saddam Ahmed?

Arabos regresaron una hora más tarde, en automóvil, por la parte sur de la urbanización.

* * *

Lo primero que captó Brigitte fue que la herida de Ahmed en la frente había sido atendida profesionalmente. Pero eso no significaba nada, pues sin duda disponían de médico en el palacete, y Ahmed había partido hacia Málaga ya atendido…

—Ah, señorita Montfort —acudió a su encuentro por delante Manssur Al Basri—, solicitamos su perdón por haberla dejado sola en casa. Surgió un imprevisto, y puesto que usted dormía, nos pareció que era más amable por nuestra parte no molestarla… ¿Podemos contar con su comprensión?

—Desde luego. Y espero que ese imprevisto no sea nada preocupante, señor Al Basri.

—Una interesante cuestión de finanzas… Nada que valga la pena de ser comentado. Saddam me ha explicado lo ocurrido cuando venían hacia aquí desde el aeropuerto. No sabría expresarle, cuánto lo siento, aunque sí quisiera poder expresar mi admiración y mi agradecimiento por el comportamiento de usted.

—Todo lo que hice fue conducir un coche.

—Ah, sí… ¡pero en circunstancias peligrosas, sin duda! Nunca nos habríamos perdonado que le hubiera ocurrido algo a usted, habría sido terrible. ¿Ha descansado bien, se siente a gusto en el palacete?

—Sí, gracias. Es un lugar muy… sedante.

—Hace siglos se vivía de otro modo —sonrió Manssur—. Es cierto que la arquitectura actual contiene más elementos de confort, pero no así de placidez y serenidad. Hoy día debe de haber muy pocas personas en el mundo capaces de gozar del canto del agua, y de su belleza bajo el sol. ¿Sabe usted quién disfruta enormemente de esto?

—¿Usted? —rió Brigitte.

—Sí, pero no demasiado. Soy más inquieto. En cambio, nuestro Padre de la Belleza es capaz de pasarse horas enteras sentado observando las fuentes y las flores, apreciando la música de una, la belleza de las otras… A propósito: está decidido que, si a usted le parece bien, mañana vea a Abul Hossn. ¿Está de acuerdo?

—Sí —Brigitte se quedó mirando fijamente a Manssur—… ¿Qué ha sido de Mulay?

—Nos hemos ocupado de ese desdichado asunto como convenía, no se preocupe usted. Dígame: ¿le molestaría a usted viajar en helicóptero?

—No, en absoluto. Por cierto, esta tarde pasó un helicóptero sobrevolando el palacete… Creí que eran ustedes.

—No. Veníamos hablando Saddam y yo de que quizás a usted le gustaría presenciar una danza marroquí esta noche… ¿Le gustaría?

—Supongo que sí —sonrió Brigitte—… ¿Son ustedes marroquíes?

Manssur Al Basri, que tras indicar a Brigitte que se sentara sobre unos bellísimos almohadones, había hecho lo mimo ante ella, sonrió

amistosamente.

—¿Ha leído usted *Las Mil y una noches*? —preguntó.

—Por supuesto. ¿Quién no?

—¿Quién no? —se sorprendió Manssur—. ¡Pues muchísima gente, se lo aseguro! Bueno, si lo leyó usted, quizás haya recordado algunos de los nombres de personajes… Estoy tratando de decirle que nosotros estamos utilizando nombres árabes de diversas procedencias, pero especialmente del libro de *Las mil y una noches*.

—¿Quiere decir que los nombres de ustedes son falsos?

—Es un modo de decirlo muy directo, muy… americano —rió Manssur—. Sí, en efecto. La Chamseddin está compuesta por personas árabes de distintas procedencias, así que, en general, digamos para nuestras relaciones con personas ajenas a la organización, estamos utilizando nombres que nada significan.

—Me parece que no me gusta eso, señor Al Basri.

—Lo comprendo. Pero se hará usted cargo de nuestra cautela cuando mañana hable con Abul Hossn. Si usted acepta sus proposiciones, será considerada como uno de los nuestros, y si entonces lo desea sabrá nuestros verdaderos nombres y lugares de procedencia dentro del mundo árabe. Mmm… Se me ha informado que estuvo usted en uno de los chalés solares, y que parecía tener deseos de entrar, pero que no lo consiguió.

—Así es.

—Si realmente lo desea no tengo ningún inconveniente en acompañarla al interior del chalé, aunque debo decirle que no hay nada allí que merezca su atención.

—Lo supongo —murmuró Brigitte—. Me dio la sensación de que estaba deshabitado. ¿Todos están igual, desocupados?

—¡Por supuesto que no! Sólo algunos. En otros, tenemos invitados. Y en los que tienen placas solares hay personal que está trabajando en el perfeccionamiento de la obtención de energía solar.

—¿Quiere decir… que toda Nagma es como una… factoría o una instalación… industrial?

—Algo parecido. Tenemos personal muy cualificado para llevar a cabo esas investigaciones de perfeccionamiento. ¿Desea usted ver uno de los chalés donde se está trabajando de sol a sol?

—La verdad es que me gustaría mucho —murmuró Brigitte.

—Saddam se va a quedar al cargo de los preparativos para la pequeña fiesta de esta noche, y mientras tanto yo tendré muchísimo gusto en acompañarla. ¿Entiende usted algo de todo esto…, digamos en términos científicos?

—Me temo que no. Sólo sé que el sol es fuente de energía, y que se consigue ésta por medio de las placas solares.

—En realidad, es suficiente. —Manssur Al Basri movió la cabeza con un gesto de resignación—. A mí han intentado explicarme varias veces cómo funciona todo eso, pero me pareció demasiado complicado para que un hombre tan ocupado como yo le dedique su tiempo digamos en serio.

—Me parece que a mí me ocurriría lo mismo —rió Brigitte—, así que mi curiosidad quedará satisfecha tan sólo con echar un vistazo a uno de los chalés.

Manssur Al Basri asintió, y se puso en pie. Salieron del palacete, y poco después pasaban frente al chalé en el que Brigitte no había podido entrar.

—Podemos entrar ahí si lo desea —lo señaló el árabe—, pero no verá nada más que instalaciones preparadas para la llegada de más personal investigador. La llevaré a uno de los que están en pleno trabajo.

El siguiente chalé, distante casi trescientos metros, parecía tan abandonado como el anterior.

Pero la puerta estaba abierta, y Manssur Al Basri se apartó, cediendo el paso a la invitada. Había un pequeño vestíbulo con algunos asientos. Frente a la puerta de la casa, otra puerta, que Manssur empujó.

Todo el resto de la construcción estaba destinado a laboratorio. A un lado había una puerta que, abierta, permitía ver unos lavabos, pero no había nada más. Ni un solo dormitorio, ni salón, o cocina, o comedor… Sólo laboratorio. Media docena de hombres habían vuelto la cabeza hacia la puerta, y Brigitte se dio cuenta en el acto de que sólo uno de ellos era árabe. Los demás eran de raza blanca, uno de ellos indiscutiblemente alemán. Los demás podían ser europeos o americanos. Todos vestían una larga bata blanca y nada más, pese a que la temperatura allí dentro era fresca, muy agradable. De alguna parte llegaba el leve zumbido de la refrigeración.

De los seis hombres, cinco reanudaron su trabajo como si se hallaran solos, como si nada hubiera cambiado. El árabe se acercó inmediatamente a los visitantes, preguntando algo en su idioma a Manssur, que movió negativamente la cabeza, y miró a Brigitte.

—Le presento a Abdalá —sonrió—. Es uno de nuestros técnicos en estudios energéticos, y dirige este chalé. No hace falta que la presente a usted, pero sepa que en el futuro usted podrá entrar aquí siempre que lo desee. Abdalá me está entendiendo, naturalmente.

Dijo algo en árabe, y el llamado Abdalá saludó a Brigitte y volvió a su trabajo. Brigitte miró en torno. No entendía nada de todo aquello, pero tampoco era cosa que la preocupase. Una persona no puede saberlo todo, ya se había resignado a esto hacía mucho tiempo.

—Por el momento —dijo Manssur Al Basri, señalando unos tubos conductores— puedo decirle que hemos superado con mucho las limitaciones iniciales respecto a la obtención de energía solar. Calentar el agua y obtener otros focos de calor ha dejado de ser interesante para nosotros, así que buscamos lograr la concentración de energía solar en pilas o baterías de altísimo poder. Esto, realmente, ya lo están haciendo investigadores de países técnicamente muy avanzados, como el suyo, por ejemplo, pero no nos importa…

—¿Hay aquí algún técnico americano? —preguntó Brigitte.

—En este chalé, no. Pero tenemos algunos. Nosotros…

—Espere un momento, por favor. ¿Aquí sólo se trabaja con el sol? Quiero decir: ¿no piensan contar para nada con la energía nuclear?

—Si llegara el caso, quizás utilizáramos la energía nuclear como auxiliar, pero nada más. Nosotros pensamos que esa clase de energía, además de ser peligrosa, no tiene un verdadero futuro. En cambio, el sol… ¡Ah, el sol…! Como usted sabe, los árabes siempre hemos… amado el sol, y ahora el tiempo y la técnica nos dan la razón: no hay nada, absolutamente nada, en la parte del universo accesible para nosotros que pueda ser superior al sol, que es la fuente de toda vida y de toda energía…

—Algún día, el sol morirá —musitó Brigitte.

—Sí. Pero ese día no sólo está muy lejano, sino que cuando llegue, a la Humanidad ya nada podrá afectarle, ya que si el sol

muere, todos moriremos, irremisiblemente. Así pues, ¿no es razonable basar nuestra propia vida en la vida del sol y todos los beneficios que éste puede ofrecernos?

—Parece razonable.

—Lo es sin duda alguna. Por eso, estamos investigando el modo de obtener los máximos beneficios del sol, perfeccionando las técnicas conocidas hasta ahora. Nuestro objetivo es conseguir que en un país como España, por ejemplo, baste la instalación de una docena de plantas de energía solar para abastecer a todo el país. Ya sé, ya sé, eso parece muy lejano, pero, señorita Montfort…, ¿qué es el tiempo? Es algo que todavía durará más que el sol, así que disponemos de tiempo en cantidad ilimitada. Poco importa que usted y yo desaparezcamos, porque el tiempo seguirá existiendo. Y, en el tiempo, los hombres que seguirán buscando el modo de conseguir nuestros propósitos. El tiempo es ilimitado, y, en cuanto a las personas, somos… como hojas de un árbol. ¿Qué importa que unas hojas mueran y se desprendan del árbol? Hojas nuevas brotarán de ese mismo árbol, así que lo que tenernos que cuidar es el árbol. Es decir, la Humanidad. La Humanidad es el árbol, y nosotros somos sólo hojas que serán reemplazadas. Nosotros nos preguntamos: ¿vamos a dejar de regar y cuidar el árbol sólo porque algún día nosotros tendremos que desprendemos de él, es decir, morir? ¿Seremos tan brutalmente egoístas de no cuidar ese árbol para las siguientes hojas, dejaremos que el árbol muera sólo porque nosotros vamos a morir?

—Está usted diciendo algo hermoso, Manssur —musitó Brigitte.

—Me alegra muchísimo que piense así —dijo el árabe—, ya que indica que, como nosotros, usted también es de las personas que no descuidarán el árbol de la vida sólo porque algún día usted se vaya a desprender del árbol, de la vida misma. Y lo hace usted sin egoísmo alguno, ya que sabemos que no tiene familia de ninguna clase, así que no ha de pensar en descendientes o parientes. Su generosidad se verá siempre recompensada, señorita Montfort.

—No espero recompensa alguna.

—Ésa es su mejor recompensa —sonrió Al Basri—: no necesitar recompensa alguna. Ni siquiera esperarla. El amor por el amor en sí mismo. Pero, volvamos a las cuestiones técnicas. Como usted habrá comprendido, la Chamseddin dispone de unos recursos financieros

de tal envergadura que ni yo mismo, y hasta quizá ni siquiera el mismísimo Abul Hossn, podríamos hacerle comprender su magnitud. Eso quiere decir que durante años y años podremos estar financiando cualquier clase de estudios sobre la energía solar. Y volviendo a ésta, veamos: cuando el sol incide en los paneles especiales que…

—Señor Al Basri.

—¿Sí?

—No se moleste usted más: lo que quería saber ya lo sé. Y si deseara saber algo más sobre los procedimientos de trabajo, se lo preguntaría… o leería cualquier obra de divulgación en ese sentido. Ustedes quieren que dentro de cincuenta años, el mundo esté sano y produzca lo mejor que pueda esperarse del planeta. ¿Correcto?

—Dicho muy sencillamente, sí, ésa es la idea base.

—Entonces ¿qué le parece si se dedica ahora a explicarme un poco qué clase de fiesta vamos a tener esta noche? Estoy segura de que resultará mucho más entretenida que unas explicaciones sobre cómo conseguir que el sol haga lo que siempre ha hecho, a saber: dar vida a todo cuanto ilumina.

Capítulo VI

Realmente, Brigitte se sentía divertida en aquella velada cuyo exotismo estaba más planeado en honor de ella que de otra cosa.

En el centro del gran salón, hombres y mujeres árabes bailaban al son del bandir, en la danza llamada Ahidus.

—Esta danza —le explicaba Manssur Al Basri— procede del Atlas Medio, y como ve, se mezclan en ella hombres y mujeres. Son los hombres los que se acompañan con el instrumento musical, mientras las mujeres cantan…

—¿Qué es lo que cantan?

—Bueno, no suele ser nada demasiado trascendente, la verdad, y la mayoría de las veces son canciones improvisadas en el mismo momento de la danza. O al menos —sonrió indulgente—, eso dicen. Hay bastantes variedades de esta danza, pues cada tribu bereber tiene a gala ofrecer la… versión más sugestiva.

—Sí, comprendo, pero… ¿qué dicen las canciones?

—Cosas de amor, de tristezas y de alegrías. No se le suele dar demasiada importancia a la letra de estas canciones. Lo que sí tiene importancia es la danza que sirve de base… Observe cómo balancean y ondulan el cuerpo las mujeres.

—No me parecen demasiado provocativas, la verdad.

—Ah, no es ésa la idea, ciertamente. Los movimientos han de ser ágiles, agradables, pero discretos.

—¿De veras? ¡Yo creía que todos estos bailes estaban pensados para… excitar!

—La excitación es una cuestión personal. Aunque —se apresuró a añadir Manssur—, naturalmente también tenemos bailes de ésos.

—¿La Danza del Vientre, por ejemplo? —rió Brigitte.

—¿Por qué no? Aunque personalmente tengo otros gustos al respecto.

—¿Para excitarse o artísticamente hablando?

—Las dos cosas —rió Manssur—. Vea, ahora se toman de las manos… Bueno, quizá no sea ésta la danza más original que podía ofrecerle, pero no teníamos demasiado tiempo para elegir. Para la próxima ocasión espero poder conseguir algunas sijat de Tiznit, por ejemplo. Son bailarinas que bailan al son de música de rabel, y que visten de negro, pero con velo blanco. En realidad, hay tantas danzas y manifestaciones folklóricas en el mundo árabe que necesitaríamos toda una vida para conocerlas y comprenderlas. Y ya hemos convenido que nosotros tenemos otras cosas que hacer.

—Pero también es saludable divertirse de cuando en cuando. ¿O no?

—Sí, por supuesto —Manssur la miró fijamente—… ¿Por qué dice eso?

—Estaba pensando en Mulay, que está muerto, pero que esta mañana estaba vivo. Quizás a él también le gustaría ver esto.

—Comprendo. ¿Conoce usted la literatura árabe… aparte de *Las mil y una noches*?

—¡Me temo que no demasiado! —rió Brigitte.

—Bueno, estos días se ha recordado precisamente a uno de nuestros poetas, fallecido en el año 211… quiero decir en el 826 según las cuentas de ustedes. El poeta en cuestión es Abul-Atahiya, y le voy a recitar sólo dos de sus versos: La muerte es realidad, pero yo sigo alegre. Es como si sabiéndolo, la negara.

—¿Negar a la Muerte?

—Nosotros la llamamos también La madre de los buitres.

—La llamen como la llamen, la Muerte existe… ¡Cielos, qué tontería acabo de decir!: la Muerte existe… De un modo u otro, usted me ha entendido, sin embargo, ¿no es cierto?

—Sí. La madre de los buitres existe, pero ¿debe ser ello motivo de tristeza? Es cierto que nuestro buen Mulay fue asesinado, pero él descansa en paz, y los demás estamos vivos…, lo que no quiere decir que estemos más felices que Mulay.

—¡No me diga que cree que Mulay está en el Paraíso de Alá!

—¿Por qué no? Y siendo así, debe de estar disfrutando de los cantos y bailes de las más bellas huríes. ¡Afortunado Mulay!

Brigitte se quedó mirando con el ceño fruncido a Manssur Al Basri, y por fin medio esbozó una sonrisa, y regresó su atención a los bailarines, que ahora giraban, tomados de las manos. Extraño

mundo en el que de pronto se veía inmersa. Lo que para ella no tenía significado alguno parecía apasionar a los jóvenes bailarines, y tenía encantado a Saddam Ahmed y a otros árabes que formaban parte del núcleo de espectadores. Sólo árabes. Ni uno solo de los empleados de raza blanca estaba presente en la fiesta, durante la cual se cenaba, se bromeaba, se reía… Eran todos gente muy simpática y cortés, y se notaba que tenían como consigna principal agradar en todo momento y a todo trance a la invitada americana.

El indiscutible jefe allí era, por supuesto en ausencia de Abul Hossn, Manssur Al Basri, que lo dirigía todo con simples miradas, con gestos apenas perceptibles. Naturalmente que Brigitte sabía que alrededor de ella, empezando por el propio Manssur y terminando con el sonriente Ahmed, todos los árabes invitados eran gente de mundo, conocedores de todos los refinamientos, cultos e inteligentes. Pero ella era la invitada, y le ofrecían lo que creían que más le iba a gustar…

—Puedo recitarle otros versos de Abul-Atahiya —dijo de pronto Manssur, inclinándose hacia ella—… ¿Le gustaría oírlos?

—Desde luego.

—Escuche: caíste en este mundo desnudamente solo. / Y te marchas de él y solo sigues.

—Eso parece invitar a la reflexión.

—Todo lo relacionado con la muerte invita a la reflexión. Pero no en momentos como éste. ¿Desea más caviar?

Brigitte iba a contestar cuando captó la entrada de un hombre al gran salón, y su viva mirada hacia Manssur. Éste también se dio cuenta de la entrada brusca del hombre, y lo miró, alzando las cejas. El hombre se tocó los labios, y Manssur asintió… Brigitte miró al recién llegado, uno de los vigilantes nocturnos de Nagma, con pantalones y camisa negra. El hombre rodeó el grupo de danzarines, caminando apresurado. Algo malo sucedía, sólo había que ver el gesto del hombre. También Ahmed se había fijado en él, y lo miraba. Pero el hombre se fue directo a Manssur, se inclinó sobre él, y le musitó unas palabras al oído. Brigitte vio la súbita rigidez en las facciones de Manssur, que contestó en el acto, con tono seco, cortante. El vigilante nocturno se alejó, abandonando el salón rápidamente. Saddam Ahmed preguntó a Manssur, que contestó brevemente. Ahmed palideció ligeramente, se puso en pie,

y, rodeando también a los danzarines, abandonó el salón.

—De acuerdo —dijo Brigitte—, con un poquito de cebolla picada.

—¿Qué? —La miró sobresaltado Manssur.

—El caviar. Me ha ofrecido usted caviar, creo. Espero que su criado no haya traído la mala noticia de que se ha terminado, y que el buen Ahmed no haya salido disparado hacia Málaga para comprar más. Por cierto: caviar ruso. Desde hace un tiempo, no sé por qué, el caviar iraní ha perdido mis simpatías, lo siento.

Lentamente, una sonrisa fue apareciendo en los labios de Manssur Al Basri.

—No se pierde usted detalle de cuanto ocurre a su alrededor, ¿verdad?

—Un periodista debe ser persona observadora. ¿Está ocurriendo algo malo?

—Pequeños contratiempos que no la afectan a usted, no se preocupe… Y naturalmente, tenemos caviar ruso.

—¿No va a decirme qué está ocurriendo?

—Se ha observado la presencia de un intruso en Nagma.

—¿Un intruso? ¿Quiere decir una persona ajena a la urbanización?

—Obviamente. Se ha escondido en alguna parte, pero será hallado muy pronto.

—Claro. ¿Qué supone usted que puede hacer un intruso en Nagma?

—Seguramente ha venido a robar en algún chalé. ¡Bah, no hay que darle tanta importancia!

—Entonces, ¿va a pedir mi caviar?

Manssur se echó a reír. Brigitte sólo sonrió. ¿Quién le estaba dando importancia al intruso, sino el propio Manssur, y Ahmed, que había salido del salón a toda prisa? Y los dos se habían alterado. ¿Sólo porque un intruso hubiese entrado en la urbanización a robar en un chalé?

¿Y qué clase de intruso? Porque hasta el más tonto de los ladrones vulgares debía de tomar sus medidas antes de meterse en una urbanización que, como todas las de lujo, había de tener vigilancia…

Un hombre solo. No. Ni era un tonto, ni era un ladrón vulgar…

¿Un israelita?

El caviar ruso con cebolla trinchada estaba delicioso.

Pero la fiesta comenzaba a aburrir a la señorita Montfort.

* * *

Cerró la puerta de su habitación en cuanto hubieron salido Fidda y Zaida, y fue directa al armario, del cual sacó su maletín rojo con florecillas azules. No estaba dispuesta a esperar más: iba a intentar comunicarse con algún agente de la CIA utilizando su pequeña radio de bolsillo camuflada en un paquete de cigarrillos. La distancia en línea recta a Málaga no debía de superar los cuarenta kilómetros. Bien, quizá cincuenta. Pero su especialísima radio superaba incluso los cincuenta. Y por supuesto, en Málaga debía de haber como mínimo un agente de la CIA, o algún colaborador. Y ella estaba más que irritada de tanto ir de un lado a otro a ciegas, sin saber lo que ocurría.

Retiró la funda formada por el paquete de cigarrillos, dejando al descubierto la radio. Con el pequeño punzón, cambió la disposición de las placas, colocándolas de modo que sintonizaría la onda especial para España, que había utilizado otras veces. Hecho esto, metió de nuevo la radio en el paquete de cigarrillos, conectó el que abría el canal, y luego los otros medios cigarrillos que disimulaban todo el pequeño aparato. Por fin, tiró hacia fuera del cigarrillo especial con la conexión.

Escuchó unos leves silbidos, luego el crepitar algo. De pronto, sonó la voz, nítida, en español:

—¿Sí?

—Buenas noches, Simón. ¿Está usted en Málaga? —habló Brigitte en inglés.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, de nuevo la voz del hombre, ahora en inglés, cautelosa:

—¿Quién es usted y qué desea?

—Sabe perfectamente quién soy. ¿Qué deseo? Bien, para empezar, que me localicen ustedes un coche, de fabricación española, matrícula MA 32 29 AB. ¿Ha tomado nota?

—Mire, señora, yo soy un radioaficionado que…

—Esta onda es clandestina y especial, de modo que no perdamos

más tiempo, Simón. Quiero saber de quién es el coche cuya matrícula acabo de facilitarle. Y ahora: ¿qué está ocurriendo por aquí entre árabes e israelitas?

—No comprendo.

—Volveré a llamar dentro de veinticuatro horas como máximo. Para entonces, quiero respuestas a las dos preguntas que le he formulado: lo del coche y lo de árabes e israelitas. No me llamen ustedes a mí. Yo llamaré. Buenas noches, Simón.

Bajó el cigarrillo. La comunicación quedó cortada. Brigitte guardó la radio en el maletín, cerró éste, y comenzó a ponerse en pie, abandonando el sillón que había ocupado… Se quedó a mitad de movimiento.

Un lento y profundo escalofrío recorrió su columna vertebral. El árabe estaba arrodillado al lado izquierdo de la cama, apoyándose en ésta con los codos, y empuñando con ambas manos una pistola, que, naturalmente, apuntaba hacia ella. La mirada del árabe era fija, taladrante…, y un tanto desconcertada.

En cambio, Brigitte lo comprendió todo al instante: aquel era el hombre que estaban buscando, no un intruso. Debían de haber creído que se trataba de un intruso cuando debieron de sorprenderlo haciendo algo que no correspondía a uno de los miembros de la vigilancia nocturna, de la cual, a juzgar por su camisa negra, formaba parte; el hombre había escapado, así que todos creían que se trataba de alguien ajeno a Nagma. Pero no: era uno de ellos. Y la nueva idea también rápidamente aparecida en la mente de Brigitte, completó su teoría al respecto. Las señales desde el helicóptero… Sañales con un espejo, dando instrucciones determinadas a alguien que estaba en Nagma…

Allá lo tenía. Como tantas otras veces en su vida, tenía ante ella a un traidor a los suyos. Y este traidor la había visto y oído hablando en inglés utilizando la radio camuflada en el paquete de cigarrillos. Por eso estaba desconcertado. Sabía quién era ella, y no acababa de comprender lo que había hecho.

La pregunta final era: ¿la había entendido, hablaba inglés aquel árabe traidor a Nagma?

La situación podía haberse eternizado si Brigitte no hubiera decidido resolverla cuanto antes.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó en inglés.

—Usted no es judía —dijo el árabe, en inglés también.

—¿Acaso he dicho que lo fuese?

—¿Quién es Simón?

Era un juego dialéctico absurdo. Los dos preguntaban, y ninguno obtenía respuesta. Brigitte siguió la tónica de la conversación.

—¿Es usted el intruso que están buscando? ¿El hombre que recibió esta tarde instrucciones por señales del helicóptero?

El árabe respingó.

—¿Cómo sabe usted eso? —exclamó contenidamente.

Por fin una respuesta, aunque no fuese directa. De todos modos, Brigitte ya no podía tener dudas respecto a su teoría: allá tenía a un traidor a Nagma, a la Chamseddin, en suma. ¿Podría ella manejar a aquel hombre utilizando la astucia? No perdía nada intentándolo.

—Será mejor que deje de apuntarme con esa pistola —dijo calmosamente—. Yo puedo ayudarle a escapar. No, no soy israelita, pero tengo amigos en el Mossad, su servicio secreto. Soy de la CIA.

La mirada del árabe expresó una absoluta desconfianza. ¿La señorita Montfort, la invitada de la Chamseddin, era una agente de la CIA amiga de los israelitas?

—Le estoy diciendo la verdad —insistió Brigitte—. Su desconfianza sólo conseguirá que los dos nos compliquemos la vida más de lo que ya lo está. ¿Por qué lo están persiguiendo, qué ha hecho usted en la urbanización esta noche?

—¿Cómo podría usted ayudarme a escapar?

De nuevo la conversación absurda.

—Puedo pensar algo si usted me dice qué ha hecho y cuáles son los dispositivos de seguridad en la urbanización.

—Ellos saben ya lo que he hecho, así que no importa que se lo diga: entré en uno de los chalés a tomar fotografías. Pero desde fuera debieron de ver el fogonazo del *flash* especial, y tuve que salir corriendo por la puerta de atrás.

—Entiendo. ¿Qué fotografió usted?

—No tuve tiempo más que de tomar unas cuantas fotografías de unas notas que había sobre una de las mesas de trabajo del laboratorio. No habría tenido que hacerlo si ellos hubiesen capturado esta mañana a Saddam, pero al fallar eso, tuve que hacerlo.

—¿Por dinero?

—Por mucho dinero.

—De modo que querían capturar a Saddam Ahmed, se trataba de eso… ¿Por qué a él?

—Porque esperaban arrancarle la verdad de los trabajos del laboratorio. Yo les informé del viaje de Saddam, estuvieron esperando su regreso al aeropuerto de Málaga, luego los siguieron para atacar en el momento oportuno, pero fallaron. Así que tuve que ser yo quien intentara conseguir la información del laboratorio.

—¿De cuál de ellos? ¿De cuál laboratorio?

—¿De cuál? Sólo hay uno.

—No. Hay varios. Cada una de las casas que tienen placas solares en el techo es un laboratorio donde…

—Eso no son laboratorios como el que interesa a los judíos. De ésos, sólo hay uno.

—¿Quiere decir que dentro de uno de los chalés hay un laboratorio diferente a los demás, un laboratorio no dedicado a la investigación sobre la obtención de energía solar?

—Sí, eso es. Están trabajando en algo que llaman Noau.

—¿Y qué es eso?

—No lo sé. Ni los judíos tampoco. Pero yo tenía que tomar fotografías de notas y fórmulas, y entregárselas.

Brigitte se quedó mirando especulativamente al árabe. ¿Le estaba diciendo la verdad? Era un hombre que sabía que tenía la vida pendiente de un hilo, así que bien podía estar mintiéndole, interesándola con fantasías para que ella hiciese todo lo posible por sacarlo de Nagma, Sí, podía ser eso; y pretendía confiarla, contestaba ahora a sus preguntas para ganársela a su favor…

—Los que le sorprendieron en el laboratorio… ¿le identificaron? ¿Saben que era usted el que estaba allí dentro tomando fotografías o sólo vieron a un hombre al que podían considerar un intruso?

—Me vieron perfectamente —gruñó el árabe—. De otro modo, yo me habría mezclado con los demás, simulando estar buscando también al intruso, y estaría fuera de peligro.

Brigitte tuvo que admitir la lógica de esta respuesta. Entonces ¿era cierto lo del laboratorio también? ¿Estaban los árabes de la Chamseddin trabajando en algo que llamaban Noau? Noau… Parecía un nombre polinesio. Hawaiano. ¿Qué podían tener que ver los árabes con la Polinesia?

—Si usted no me ayuda —murmuró el árabe— yo diré lo que he visto y oído. O salimos de aquí los dos, o no salimos ninguno.

Brigitte lo miró hoscamente.

—Estoy pensando en el modo de salir —dijo.

—Pues piense rápido. Todos deben de estar buscándome…, y tarde o temprano vendrán incluso a este dormitorio. Y tenga cuidado con lo que hace, porque la mataré en cuanto haga algo que no me guste.

Brigitte miró de nuevo la pistola, por supuesto provista de silenciador. Así debían de ser todas las armas de los vigilantes de Nagma, Debían de tener una buena cantidad de pistolas escondidas, y el árabe traidor se había apoderado de una durante su huida… Ahora comprendía la alteración de Manssur Al Basri y de Saddam Ahmed. Le había mentido a ella, pero ambos sabían que no era un intruso lo que había turbado la paz de la urbanización, sino algo mucho peor: un traidor. Sí, lo buscarían por todas partes, y, tarde o temprano, incluso por su dormitorio.

En cuanto a salir de Nagma, y tan sólo del palacete ¿cómo lograrlo?

Era imposible. Quizá no para ella sola si tuviera necesidad de hacerlo, pues sabía que podía filtrarse como una gatita en la oscuridad, pero aquel hombre era un torpe. Ya había demostrado que era un torpe. Y un traidor. Esto aparte, si escapaba con él perdería la oportunidad de seguir en óptimas relaciones con la Chamseddin y saber qué estaban tramando realmente. ¿No era lo de la energía solar? ¿Qué era entonces? ¿Qué podía ser aquello que llamaban Noau?

—¿No se le ocurre nada?

De nuevo miró al árabe hoscamente.

—¿Cuál es su nombre? —farfulló.

—Zayed.

—Muy bien, Zayed, usted lo ha complicado todo para los dos, y ahora espera de mí un milagro. ¿No puede estar callado unos minutos?

—Cuanto más tiempo pase…

—¡Oh, cállese de una vez!

Brigitte, que se había sentado de nuevo, se puso en pie, y se acercó a mirar por una arcada hacia el patio de la alargada acequia

flanqueada por surtidores. Se oía el rumor del agua, pero también, en varios puntos, sonido de voces, palabras que no podía entender. No vio a nadie, pero allá estaban. Y no demasiado lejos, ciertamente.

Bien… Sólo tenía una solución.

Una sola.

Se volvió hacia Zayed, y señaló el maletín, que había dejado sobre el sillón.

—Quizá podamos salir de aquí los dos si me deja llamar de nuevo a mis compañeros de la CIA. Puedo hacer venir aquí a dos grupos de ellos. Un grupo irrumpirá en la urbanización por el sur, haciéndose oír, y atraerá hacia allí a los compañeros de usted. El otro grupo llegará por el norte en un helicóptero; nosotros correremos hacia el norte en el momento oportuno, y podremos escapar en el helicóptero. Si no le gusta esto, veamos si es usted más listo que yo.

Zayed la miraba fijamente, muy abiertos sus oscuros ojos. Se pasó la lengua por los labios, lentamente. Por fin, asintió con la cabeza.

—No se me ocurre nada mejor —susurró—. Vuelva a llamar.

—Muy bien.

Brigitte volvió a sentarse en el sillón, colocando de nuevo el maletín sobre sus muslos. Abrió el maletín. La radio estaba allí, al alcance de su mano, pero ella la introdujo más hacia el fondo. Hacia el doble fondo de material totalmente aislante para los sistemas de detección convencionales; otra de las maravillas del sin par Mc Gee, el jefe del Departamento de Armas Especiales de la CIA. Pero Mc Gee también había provisto a Baby de otros inventos de última realización, como eran las dos pequeñas pistolas que ahora se sumaban a la suya de siempre, la que disparaba silenciosamente balas normales. Ésta no servía. Las otras dos eran muy especiales realmente Una de ellas era eléctrica, con diferentes gradaciones de intensidad, y su descarga podía privar del conocimiento o matar. La otra, una auténtica maravilla del genio inventivo de Mc Gee, era la más mortífera: disparaba rayos láser.

Y allá estaban las tres armas, junto con dinero para emergencias, pasaportes falsos, cargadores de repuesto…

Brigitte Baby Montfort actuó con toda naturalidad, sin

nerviosismo alguno. Utilizó dos dedos para colocar la pistola eléctrica en posición de máxima descarga, la asió, la sacó del maletín, apuntó a Zayed al pecho, y apretó el disparador.

Algo parecido a un diminuto rayo partió de la pistola, culebreando, y pareció hundirse en el pecho de Zayed, cuatro dedos por debajo de la garganta. Zayed, que había respingado, pareció ahogarse en su propio respingo mientras daba un salto y sus ojos se desorbitaban.

Eso fue todo.

Cayó de espaldas, y quedó inmóvil.

Brigitte guardó calmosamente la pistola, colocó bien el doble fondo, cerró el maletín, y con él en una mano se acercó a Zayed, al que registró rápidamente. Encontró enseguida, en un bolsillo, la pequeña cámara fotográfica con *flash* incorporado, y movió la cabeza con un gesto de incredulidad. Existían muchas cámaras más sofisticadas que aquélla para la obtención de fotografías en las condiciones en que había tenido que hacerlo Zayed.

Pero eso no importaba. Las fotografías, sí. Pero si retiraba el rollo de película y dejaba la cámara, Manssur y los demás se sorprenderían. Lo lógico habría sido que Zayed lo escondiera todo, no sólo el rollo y quedándose en cambio con la cámara vacía.

¿Para qué podía quererla, sino para estorbo?

La cuestión era fácil: podía simplemente guardar la cámara con la película en el doble fondo de su maletín. Pero esto entrañaba indudables riesgos: si algo fallaba, y a ella le descubrían el doble fondo del maletín, tenía en éste cosas muy comprometedoras…, pero ninguna que la relacionase amistosamente con los israelitas. En cambio, si se hacía cargo del material de Zayed, tendría lógica que Manssur pensara que ambos estaban de parte de los israelitas, eso sería altamente peligroso.

Entonces… ¿qué hacer? ¿Dónde y cómo esconder la cámara y la película de modo que en determinado momento pudiera recuperar al menos la película sin grandes complicaciones?

Tras breve reflexión, Brigitte encontró de nuevo la solución a sus problemas.

Y cinco minutos más tarde, preparado todo el escenario, salió apresuradamente al pasillo interior, y batió palmas enérgicamente. Casi enseguida, aparecieron corriendo Zaida y Fidda, mirándola con

los ojos muy abiertos.

—¡Que venga Manssur! —gritó Brigitte, simulando una excitación que estaba muy lejos de sentir—. ¡Pronto, buscadlo donde sea, tiene que venir a mi dormitorio inmediatamente! ¡Daos prisa!

Manssur Al Basri, seguido de Saddam Ahmed y varios hombres con pantalón y camisa negra, llegaron apenas un minuto más tarde, apresuradamente, aunque sin armas visibles, lo que decía mucho en favor de su cautela y consideración hacia la invitada.

Brigitte no les dio tiempo a preguntar nada. Nerviosa, agitada, señaló hacia el interior de su dormitorio.

—¡Hay un hombre en mi cuarto de baño! —exclamó—. ¡Y creo que está muerto!

Manssur y Saddam se precipitaron hacia allí. Cuando entraron en el cuarto de baño vieron a Zayed, caído de lado detrás de la puerta. Tenía el rostro crispado, los ojos desorbitados. En su mano derecha sostenía todavía la pistola. La izquierda parecía agarrotarse sobre el corazón.

—Desde luego, está muerto —susurró Ahmed.

—Regístralo.

Manssur salió del cuarto de baño. Brigitte estaba ahora sentada en uno de los sillones. Su atuendo consistía en un gracioso pijama de color azul celeste, semitransparente. Desde la puerta, los vigilantes de la urbanización la miraban con mal contenido deseo. Fidda y Zaida estaban junto a ella, pero no parecían saber qué hacer.

—¿Qué ocurrió? —musitó Manssur.

—Yo… yo lo encontré ahí dentro, muerto… Está muerto, ¿verdad?

—Sin duda. Se diría que ha tenido un colapso cardíaco.

—¡Oh…! ¡Pobre hombre!

Manssur apretó los labios un instante. Se volvió al oír a Saddam saliendo del cuarto de baño. Saddam Ahmed movió negativamente la cabeza, y dijo, en su idioma:

—No lleva nada interesante encima.

—Reúne a todos los hombres disponibles y buscad por todas partes. Si los vigilantes vieron el destello de un *flash* dentro del laboratorio es que Zayed llevaba una cámara. Debe de haberla

escondido en alguna parte. Buscadla hasta que aparezca.

—Está bien. ¿Y ella? —Miró un instante a Brigitte, que les escuchaba boquiabierta.

—Yo me ocupo de ella. Saddam: ¡quiero esa cámara!

—La encontraremos.

En el dormitorio de Brigitte quedaron ésta, sus dos sirvientas personales, y Manssur Al Basri. Éste consiguió sonreír a la «asustada y atribulada» señorita Montfort.

—Debió de llevarse usted un buen susto —deslizó amablemente.

—Cielos… ¡Ya lo creo! Me… me cambié de ropa, arreglé un poco mis cosas en el armario… Antes de acostarme quise ir al… Bueno, al baño. Y al entrar lo vi allí, tendido, mirándome…

—No la miraba. Ya estaba muerto. Por asombroso que parezca, se diría que ha muerto de miedo, acorralado. Supongo que se escondió aquí pensando que no lo buscaríamos en su dormitorio.

—¿Quiere decir… que era a él a quien buscaban?

—Así es.

—Pero… ¡ese hombre no era un intruso, era árabe, como ustedes…! ¿O no?

—Desdichadamente, sí. Imagino que alguna vez habrá oído usted hablar de la existencia de traidores, señorita Montfort. Los hay en todas partes, en todas las razas, ejércitos, religiones y sociedades del mundo. Zayed era un traidor.

—Pero… ¿qué hizo?

—Todavía no lo sabemos. Naturalmente, vamos a retirar el cadáver enseguida de ahí, para que usted pueda descansar… ¿O quizá prefiere que la instalemos en otra habitación?

—Bueno… No sé. No, no hace falta si… si se llevan a ese hombre… ¡Señor Al Basri, espero que se dé cuenta de que todo esto me está ocasionando…!

—Por favor —suplico Manssur—, ya queda poco para que hable usted con Abul Hossn. ¿Puedo rogarle que espere esas pocas horas? Todo le será explicado.

—¡Pero ya han muerto dos hombres en mi presencia…!

—Comprendo su aturdimiento, y no sé cómo pedirle perdón por tan desagradables acontecimientos. Sin embargo, tengo la certeza de que todo le parecerá por bien sucedido cuando haya hablado usted con Abul Hossn. ¡Se lo ruego!

—Está bien… ¿Cómo no está aquí? ¿Dónde está?

—Está en Malasol.

—¿Qué es Malasol?

* * *

—Ahí tiene —señaló Manssur, desde el helicóptero—: vamos a volar enseguida sobre los terrenos de Malasol. Estoy seguro de que distingue usted esos terrenos de los circundantes.

Brigitte, sentada atrás junto a Manssur, asintió. El helicóptero volaba más bien bajo, con un árabe a los mandos y otro a su lado. Detrás de Brigitte y Manssur, todavía iban dos árabes más, por supuesto bien armados. Y, aunque Brigitte no la había visto, tenía la certeza de que en el helicóptero había una ametralladora, muy bien camuflada en alguna parte. O un arma de contundencia similar, incluso posiblemente más eficaz.

Pero, realmente, ahora estaba volando sobre los terrenos de Malasol, la clínica más famosa de España en su especialidad, según le explicara Manssur la noche anterior. ¿Estaba enfermo Abul Hossn, el Padre de la Belleza? Pues no, no exactamente enfermo: estaba, dicho delicadamente, por encima de su peso. Más claro; estaba gordo. Y Malasol estaba especializada en personas que tuvieran problemas de obesidad o deficiencias de nutrición. Un equipo magnífico de médicos, enfermeras, psicólogos, masajistas, profesores de educación física, expertos en dietética y metabolismo, y, en fin, toda clase de personal especializado en conseguir el perfecto funcionamiento del cuerpo humano y su máxima belleza, se hallaban a disposición de todos aquellos clientes que pudieran pagar su estancia en Malasol. Lo que no era fácil, pues según Manssur era carísima.

—Entonces, Abul Hossn está gastando una fortuna diariamente en el cuidado de su persona —dijo Brigitte.

—No crea: Malasol es de la Chamseddin. Encubiertamente, claro.

—Claro.

Brigitte miraba el enorme y precioso jardín que se extendía bajo ella. Había campos de golf, piscinas, pistas de tenis, vallados para equitación…, todo ello distribuido en la más grande extensión de

césped que pudiera imaginarse en aquella zona del sur de España. Era increíble…, pero cierto. Allá estaba Malasol, con sus prados bellísimos, sus arbolados diseminados, sus flores, los espejos de sus piscinas y lagos de los campos de golf… Una auténtica maravilla bajo el dominio del capital árabe. Precio diario de permanencia en Malasol: diez mil dólares.

Aquí y allá se veían personas dedicadas a una u otra actividad, o bien, tumbados apaciblemente en hermosas extensibles, unas a pleno sol y completamente desnudas, otras a la sombra de árboles o sombrillas listadas de colores. Por los senderos transitaban componentes del personal de la clínica, con sus uniformes blancos: iban a pie o en bicicleta, no se veía ni un solo vehículo a motor. Junto a la sombra de un pino, Brigitte vio, o creyó ver, a un hombre y a una mujer en pleno acto sexual. Miró a Manssur, y parpadeó. El árabe sonrió y desvió la mirada.

—Es como un pequeño paraíso —dijo.

—¿Una anticipación del de Alá?

Manssur Al Basri se echó a reír.

—Espero, señorita Montfort —dijo alegremente—, que no sea usted de las personas que creen que Alá tiene prohibidas las mujeres a sus fieles. Nos ha prohibido algunas cosas, pero no el sexo. ¿Le parece mal?

—¿Quién soy yo para juzgar los designios y disposiciones de Alá?

De nuevo la miró con admiración Manssur, sin dejar de reír.

—Es usted una persona encantadora. Le gustará Abul Hossn. Y por supuesto, usted le gustará a él. Vamos a aterrizar dentro de unos segundos. ¿Ve usted aquellos setos que rodean un chalé? Pues allí, a salvo de las indiscreciones de sus vecinos de Malasol se repone, retoza y piensa nuestro amado Padre de la Belleza.

Segundos más tarde, el helicóptero tomaba tierra suavemente a unos cien metros del chalé indicado. Se posó sobre el césped, las relucientes palas dejaron de girar, y el silencio se abatió, como subrayando la pesadez del sol matinal, sobre los recién llegados a la provisional morada del Padre de la Belleza.

Por indicación de Manssur, los cuatro empleados de la Chamseddin que les habían acompañado permanecieron en el aparato. Él saltó, y tendió los brazos a Brigitte, que aceptó risueña

la ayuda, pensando que seguramente era cinco veces más ágil que Manssur Al Basri. Éste señaló hacia el chalé, y echaron a andar, Brigitte con su maletín rojo con florecillas en la mano izquierda. El sol era como lanzazos de fuego, y parecía enloquecer en destellos en la piscina próxima a la casa. En la piscina, una docena de jovencitas, todas asombrosamente rubias, esbeltas, bellísimas y encantadoras, jugaban y reían gozando del frescor del agua. Sus carnes originariamente blancas tenían un precioso color dorado de sol, y todas las que pudo ver bien Brigitte tenían los ojos azules. Todas estaban completamente desnudas.

Junto a la piscina, a la sombra de un pino, tumbado sobre un montón de coloridos almohadones, la espía internacional pudo por fin ver al Padre de la Belleza.

Su corazón dio un salto, pareció desaparecer, y quedó en su estómago el más desolador vacío.

El Padre de la Belleza era el hombre más feo, más horrendo, que había visto en su vida.

Capítulo VII

En primer lugar era tan gordo que, realmente, se podía decir que era redondo. Una redondez color oliváceo oscuro llena de arrugas, no tersa, como podía esperarse en semejante hinchazón; parecía como si todavía le quedase pellejo suficiente para engordar otro tanto, para llenar todavía más aquella piel velluda y áspera, descubierta en el torso; de la hipotética cintura hasta los tobillos Abul Hossn se cubría con unos extraordinarios bombachos blancos que parecían sacos llenos de carne.

Pero si su cuerpo era sorprendente y repelente, su rostro era impresionante, aterrador. Estaba lleno de granos rojos pero con tonalidades de pus a punto de estallar; su boca era apenas una grieta oscura y torturada, y su nariz una prominencia espeluznante debido a los granos; asombrosamente, sus orejas se mantenían libres de granos; unas orejas enormes y rojizas, gordas y blandas. Todo él era como una eclosión de carne contaminada.

Finalmente, los ojos.

Los ojos de Abul Hossn:

El derecho era blanco, como el de un pescado hervido, y, por supuesto, ciego. El otro ocasionó el último y definitivo pasmo en Brigitte Montfort: era azul. De un azul refulgente, centelleante, tal como si se hubiera recortado un trozo de aquel cielo malagueño y se le hubiera incrustado en la cuenca. El conjunto, rodeado de una cabellera corta y lacia, negrísima, produjo en Brigitte tal impresión que no acertaba a reaccionar de ninguna manera, ni siquiera oyendo las palabras que Manssur Al Basri estaba murmurando como presentación de ambas partes.

Entonces, sonó la voz de Abul Hossn, en perfecto inglés. Una voz nítida, magnífica, amable, suave; una voz para recitar versos de amor a la luz de la luna:

—Lamento muchísimo causarle una impresión inicialmente tan

desagradable, señorita Montfort. Diríase que acaban de poner frente a frente a la Bella y la Bestia, ¿no le parece?

Brigitte miró a Manssur, cuya expresión era clarísima, de súplica; esperaba que ella encontrase las palabras adecuadas para que la mortificación del Padre de la Belleza disminuyese.

Pero la espía murmuró:

—Aparentemente, así es, Abul Hossn.

Manssur Al Basri palideció intensamente. Abul Hossn se limitó a parpadear.

—¿Aparentemente? —murmuró.

—Las chumberas son ásperas y llenas de púas, pero la flor del higo chumbo es preciosa. Así pues, a mí me gustan las chumberas.

—Lo que significa que yo podría gustarle si produjese bellas flores o hermosos frutos, prescindiendo de mi aspecto exterior.

—Sí.

—Su sinceridad es digna de elogios. Tengo muy buenas referencias de usted, señorita Montfort, no sólo antes de elegirla, sino después, cuando aceptó relacionarse con nosotros. Según entiendo, es usted persona dotada de gran serenidad y discreción. Y hasta ha llegado a mis oídos que es usted más rica que la Chamseddin.

Brigitte se permitió una sonrisa.

—En efecto —asintió.

—¿Tan importante es su fortuna personal?

—Podría serlo.

Abul Hossn dedicó unos segundos a meditar, antes de deslizar, suavemente:

—Se diría que usted está tratando de hacernos comprender desde el principio que sea lo que sea lo que esperemos de usted, no lo conseguiremos ofreciéndole sólo dinero. ¿Es eso?

—Exactamente eso.

—En cambio, no ha vacilado en molestarse y en aceptar algunos riesgos al saber que su colaboración con la Chamseddin podría servir de base a un planeta mejor que el actual.

—Esa es mi postura. Aunque, francamente, me pregunto qué puedo aportar yo en ese sentido.

—Hace muchísimo calor… ¿Le gustaría darse un baño en mi piscina?

—A decir verdad me causaría gran placer.

—En ese caso, permítame invitarla. Manssur le traerá de la casa un traje de baño para…

—Dice un refrán español: donde fueres, haz lo que vieres. Estoy viendo un grupo de preciosas muchachas bañándose desnudas. Me parece que no incomodaré a nadie si yo hago lo mismo.

—No a mí, ciertamente —asintió Abul Hossn—… ¿Manssur?

Tendió las enormes manos hacia Manssur Al Basri, que las agarró y tiró de ellas, ayudándolo a ponerse en pie. Era más alto que Manssur, enorme, gordísimo, increíble. Era un personaje de auténtico pasmo, alucinante. Cuando comenzó a caminar, Brigitte esperó que la tierra temblase bajo sus pies, pero nada de esto sucedió. Pareció que Abul Hossn rodase suavemente sobre el césped hacia la piscina. Las muchachas rubias corrieron hacia él, riendo, formando un extraordinario contraste alrededor del corpachón de color aceituna, pero Abul Hossn las alejó con amables gestos de sus manazas. Segundos después, se zambullía en la piscina, con bombachos incluidos.

Brigitte se desnudó rápida y fácilmente en el borde de la piscina, y se zambulló a su vez. Cuando emergió, Abul Hossn estaba a su lado, flotando como una boya, con gran facilidad. En el borde de la piscina las doce bellezas rubias reían y tiraban besos hacia el Padre de la Belleza.

Echándose los cabellos hacia atrás, Brigitte comentó:

—Parecen tenerle mucha simpatía.

—Las trato bien —dijo el árabe—. Incluso en el momento de la relación sexual soy considerado con ellas.

—¿Considerado? —sonrió Brigitte.

—Podría aplastarlas con mi peso si hiciéramos el acto sexual del modo más corriente, así que invertimos las posiciones, y dejo que sean ellas las que lleven la iniciativa sobre mí. Con sinceridad, no me he arrepentido en ningún momento. Son muy complacientes.

—Por dinero, claro.

—Claro. No soy ningún estúpido, señorita Montfort, así que no espero que nadie me ame espontáneamente. Quiero decir, físicamente.

—Eso significa, supongo, que sí se le puede amar emocionalmente.

—No me hago muchas ilusiones al respecto. Para conseguir esa clase de amor debería encontrar una mujer cuyas cualidades mentales, intelectuales y emocionales, por supuesto, estuviesen fuera, de lo corriente. Por desgracia para mí, los seres humanos acostumbran ver más cosas con los ojos que con la mente o el corazón.

—No todo el mundo es así.

—Quizá no —rió de pronto Abul Hossn—… Quizás encontrase una mujer que reuniese esas excelsas condiciones, pero mi problema seguiría existiendo. ¿Qué haría yo con una sola mujer? Un hombre de mis apetitos sexuales necesita muchas. Y muchas mujeres ideales sería demasiado. Así pues, unas cuantas muñecas que ven con los ojos van… arreglando la situación.

—Es un punto de vista admisible —sonrió Brigitte—. Pero ¿por qué todas rubias?

—Oh, eso es en esta ocasión. En realidad, me gustan todas. Pero voy alternando. Unas veces rubias, otras pelirrojas, otras morenas… Incluso me gustan esas chicas del norte de Europa con los cabellos color plata vieja, o ceniza, como dicen algunos. Sin embargo, las mujeres que más me gustan son las árabes.

—En ese caso, ¿por qué no tiene aquí mujeres árabes?

—Vienen de cuando en cuando. ¿No se siente violenta hablando de esto?

—En absoluto. El sexo existe, ¿no? Y del mismo modo que usted precisa de doce mujeres para ir cubriendo sus necesidades, yo podría necesitar treinta hombres. Son cosas que pueden suceder. Nada de eso me sorprende ni me escandaliza.

—Pero hay algo que sí la tiene sorprendida, ¿verdad?

—Sí.

—Se está usted preguntando por qué, siendo tan horrible, me llaman el Padre de la Belleza. ¿Es eso?

—Sí. Pero quizá ya tenga la respuesta.

—Sería interesante conocerla. ¿Qué piensa al respecto?

—Quizá le llaman el Padre de la Belleza porque, sin tenerla usted mismo, sabe apreciarla y amarla. Por eso, todo cuanto hay alrededor de usted es bello, en todo cuanto usted interviene predomina la belleza. Cabe en lo posible que se sienta menos horrible rodeado de cosas hermosas, así que, está dispuesto a que

todo cuanto haya a su alrededor sea hermoso. Como por ejemplo: el planeta Tierra.

Flotando con asombrosa facilidad en las azuladas aguas de la piscina, el no menos azulado ojo de Abul Hossn estaba fijo en los de Brigitte Montfort, que también se mantenía a flote moviendo apenas las piernas.

—¿Siempre es usted tan perspicaz? —murmuró Abul Hossn.

—No soy simplemente perspicaz —rió Brigitte—. Básicamente, soy inteligente. Y pienso.

—Sí —admitió el árabe—… Su artículos periodísticos me lo hicieron comprender. Tiene usted un gran poder de expresión, unas grandes facultades analíticas, Y es muy ponderada e imparcial. No he conseguido encontrar en ninguno de sus escritos ni un solo detalle americanista. No quiere a todo trance que Estados Unidos tengan siempre la razón de su parte. No disculpa ni enmascara: simplemente, escribe lo que son las cosas en realidad.

—Lo contrario sería una estupidez que sólo creerían los estúpidos. Y francamente, prefiero un público no estúpido.

—Es natural. ¿Está usted bien, fresca, se siente ahora más relajada?

—Estoy estupendamente, gracias. ¿Y usted?

—¿Yo? —se sorprendió Abul Hossn—. Bueno, digamos que, como los hipopótamos, estoy ahora en mi elemento. Todo lo torpe que soy en tierra firme lo soy de hábil en el agua.

—Pero usted no siempre fue así, ¿verdad? ¿Qué le ocurrió?

De nuevo el ojo de Abul Hossn quedó fijo en Brigitte. Por fin, el árabe movió la cabeza.

—Fui envenenado —murmuró—. Mis médicos me salvaron la vida, pero no un ojo, ni la salud general. Todavía no han podido saber qué veneno utilizaron contra mí, y, mientras investigan, procuro no dejarme vencer por la tristeza. Quizás algún día encuentren el modo de limpiar mi sangre, y entonces volvería a ser un hombre casi normal.

—¿Hay esperanzas?

—No —sonrió Abul Hossn—. Yo estoy convencido de que no, pero ¿por qué habría de desengañar a mis médicos? Algo tienen que hacer, ¿no le parece? Dígame una cosa, señorita Montfort: ¿realmente no desea usted ser Presidenta de Estados Unidos para el

año ochenta y cuatro?

—No es tan fácil llegar a la Casa Blanca —sonrió Brigitte.

—La Chamseddin puede… colaborar de un modo decisivo en ello. Si usted lo desea, nosotros nos encargaremos de que dentro de cuatro años sea usted la inquilina de la Casa Blanca.

—¿A cambio de qué?

—De que hasta entonces sea usted nuestra directora en los Estados Unidos.

—Directora ¿de qué?

—De compras. De instalaciones. De productividad.

—¿De compras, instalaciones y productividad de plantas productoras de energía solar?

—Es usted muy inteligente, en efecto. Sí, de eso se trata. La Chamseddin dispone de un enorme capital que quiere invertir en plantas de energía solar en Estados Unidos. En realidad, usted podría ser nuestra directora en todo el continente de América Norte. Méjico incluido, claro está, ya que habla usted español bastante bien, según me han informado. Está claro que no discutiremos sus honorarios por ese trabajo: fíjelos usted misma.

—¿Veinte millones de dólares anuales… libres de impuestos? —sonrió de nuevo Brigitte.

—De acuerdo. Cien millones de dólares, netos de impuestos, desde este mismo momento hasta aquel en el que usted sea elegida Presidenta de los Estados Unidos.

—¿Y después?

—No comprendo.

—¿Van a pagarme ustedes cien millones de dólares por ser su directora de energía solar en el continente norteamericano… van a colocarme en la Casa Blanca…, y yo debo creer que todo terminaría así, sin más?

—Bueno, naturalmente, la Chamseddin vería con buenos ojos que usted mostrase más adelante su… agradecimiento presidencial evitando cualquier pequeño problema que pudiera afectar a nuestras instalaciones de energía solar. Eso es todo. Ah, por favor, un momento, un momento… No se trataría, ni mucho menos, de que no tuviésemos que pagar impuestos, ni que se nos otorgase un trato de favor en cualquier sentido… No, no, nada de eso. Sólo querríamos estar seguros de que no seríamos molestados por el

simple hecho de ser árabes. Aunque esto tampoco tendría que saberse, ya que la dirección visible de nuestra industria estaría directamente al cargo de ciudadanos americanos. A este respecto, no tendríamos inconveniente alguno en que usted nos facilitara ese personal. Sin duda, tiene muchos amigos capacitados para ocupar altos cargos muy bien pagados. ¿No es así?

—Sí, es así. Dígame, Abul Hossn: ¿cuál es el verdadero alcance de los proyectos… solares de la Chamseddin en América?

—Estados Unidos es un país altamente competitivo, incluso, naturalmente, en el mercado interior. Lo que básicamente se propone la Chamseddin es provocar a la industria norteamericana.

—¿Provocarla? ¿En qué sentido?

—¡Vamos…! —rió Abul Hossn—. ¡Usted tiene que haberlo adivinado, señorita Montfort! O mejor dicho: deducido. No irá a defraudarme a estas alturas de nuestra conversación. ¡Por favor!

—Si mis… conclusiones son correctas —sonrió Brigitte—, lo que pretende la Chamseddin es, digamos inicialmente, proteger su capital para el futuro. Llegará un momento en que el petróleo, según se dice, se agotará. Las plantas nucleares de energía son bastante impopulares. Pero, en cambio, el sol le gusta a todo el mundo… Por lo tanto, unas plantas de energía solar nunca serán mal vistas. Así las cosas, la Chamseddin ha pensado invertir su capital a largo plazo en algo que producirá suculentos beneficios, como ahora el petróleo: la energía solar. Es decir, que ustedes están planeando seguir monopolizando en buena parte la energía dentro de cincuenta años. ¿Correcto?

—Está olvidando usted nuestra provocación a los americanos —sonrió el árabe—. ¿Eso no le dice nada?

—Veamos… Esa provocación a la industria norteamericana podría significar que ustedes esperan que los grandes dirigentes se diesen cuenta de que el futuro estaba en la energía solar, y, en cuanto la Chamseddin comenzase a instalar plantas en todo el continente norteamericano, se diesen cuenta de que o hacían lo mismo o dentro de unos cuantos años estarían arruinados. De modo que, para evitar la ruina, la industria norteamericana dedicaría considerables esfuerzos de capital y de investigación a la energía solar. Consecuencia de todo ello, de esa… competición económica, sería que, dentro de cincuenta años, el continente norteamericano

dispondría casi exclusivamente de energía solar, abandonando los otros procedimientos, incluso posiblemente la energía nuclear. ¿Es así?

—Sí. ¿Le parece mal esta clase de provocación a la industria norteamericana?

—¡No! —rió Brigitte—. ¡De ninguna manera! Por poco que se piense en el asunto, el gran beneficiado sería, en definitiva, el ser humano.

—Si reflexiona todavía más profundamente sobre el asunto, verá usted que lo que habría hecho la Chamseddin habría sido provocar una carrera industrial pacífica. Cabe incluso pensar que esa carrera podría… distraer la atención de los pueblos hacia otra clase de industrias.

—Por ejemplo, la del armamento.

—Por ejemplo —asintió plácidamente Abul Hossn—… Realmente, se está bien aquí, ¿verdad?

Brigitte asintió.

—Sí, se está muy bien. La Chamseddin puede de contar conmigo, Abul Hossn.

—Gracias. Quizás en cierto modo nuestras motivaciones le parezcan un tanto egoístas, ya que, sería tonto ocultarlo, pretendemos también proteger nuestro capital para el futuro. Pero observe que no vamos a hacer mal a nadie, ni pretendemos desbancar a nadie. Al contrario, vamos a contribuir al desarrollo de la industria norteamericana. En un mundo sano, hermoso y en paz, hay riqueza y belleza para todos, ¿no cree?

—Yo sí lo creo. ¿Quién o quiénes serán sus directores en Europa?

—¿Qué?

—Vamos, vamos, por favor… ¡Es lógico que también se hayan preocupado de conseguir personal parecido a mí en Europa! Y en África, Asia y Australia… ¿O no?

—Bueno… Digamos que estamos… negociando con varias personas que consideramos altamente capacitadas.

—¿Qué personas son ésas?

—Por el momento, nadie sabrá que usted está dispuesta a colaborar con la Chamseddin, señorita Montfort. ¿Le parecerá a usted mal que seamos igualmente discretos con respecto a nuestros

restantes colaboradores?

—No. Realmente, no. Sólo quería decirle que conozco personas de toda confianza en todo el mundo. Y especialmente en Europa puedo proporcionarle personal de una calidad como usted no se atrevería a soñar.

—Bien… Si eso es así, quizá deberíamos volver a reunirnos dentro de unas cuantas semanas para estudiar sus candidaturas. De momento no puedo hacerlo, mis hombres están ya en contacto con los candidatos que eligió la propia Chamseddin. No sería correcto desdeñarlos ahora, ¿verdad?

—Verdad, Ya me siento fresca y agradablemente relajada… ¿Puedo confiar en que me invitará a almorzar, Abul Hossn?

El Padre de la Belleza soltó una carcajada.

—¡Yo había confiado en que se quedaría incluso a cenar! —exclamó.

—Con mucho gusto. Y además, lógicamente, deberé recibir toda una serie de instrucciones respecto a mi cometido como directora de compras de la Chamseddin en Estados Unidos.

—Por supuesto. Pero no le he pedido que se quede por ese motivo, sino por puro placer personal. Como usted bien ha adivinado, me gusta estar rodeado de belleza.

—A mí también —le miró como divertida Brigitte—…, pero, por una vez, haré una excepción.

Abul Hossn quedó atónito. Luego, estalló en carcajadas.

Capítulo VIII

Hacer la siesta era inevitable en aquel lugar y ambiente, sobre todo después de un almuerzo en el que la espía norteamericana se excedió un poco, muy en contra de sus frugales costumbres. Pero no pudo rechazar la amabilidad de Abul Hossn, llevada a la cortesía de ofrecerle champán francés a la temperatura adecuada. No era Dom Perignon, pero, naturalmente, poco tenía que envidiarle. Si a esto se añadía una ensalada increíble a la que acompañó una fuente de pescado fresco hecho a la parrilla, desde boquerones a langostas y gambas, y una fruta magnífica, y un café excepcional, había que disculpar la inusual glotonería de Brigitte.

Ahora, en el aposento que se le destinó, umbrío y fresco, Brigitte yacía en el lecho, completamente desnuda de nuevo, pensando. Pensamientos difusos, pues el sueño la iba venciendo dulcemente. Uno de sus pensamientos era que, además de haber comido demasiado, estaba durmiendo demasiado. Terrible: al parecer, dormir mucho engorda…

Una leve sonrisa pasó por sus sonrosados labios. Bueno, en otras ocasiones había llegado a pasar incluso dos días sin dormir, y siempre era bueno aprovecharse cuando la ocasión lo permitía. En cuanto a engordar, era poco probable en ella: su vida era demasiado intensa, demasiado activa.

No así la de Abul Hossn. ¿Qué hacía éste? ¿Sólo pensar en un futuro que mejorara el planeta Tierra? ¿Se pasaba la vida así? Todas y cada una de sus palabras así lo indicaban, pero… ¿realmente era esto todo lo que se proponía la Chamseddin?

«—Tengo una mente perversa —pensó Brigitte—… Pero la culpa no es mía. ¡Me han mentido tantas veces…!».

La conversación durante el almuerzo había sido muy agradable. Por supuesto, Abul Hossn era un hombre culto, y lo mismo Manssur Al Basri. La compañía de las muchachas rubias había resultado

divertida. Todo les hacía gracia. Seguramente, en aquellos momentos Abul Hossn debía de estar retozando con ellas. El dios dólar. Si Abul Hossn hubiera sido pobre ni siquiera habría tenido oportunidad de ver de lejos muchachas como aquéllas. Pero era rico, y así, sólo tenía que tumbarse panza arriba y dejar que ellas hicieran la labor de proporcionarle gozo.

Muy bien, esto no tenía nada de malo. Gozar del sexo era una de las mayores inclinaciones del ser humano, posiblemente incluso la más natural. Perfecto.

Pero… ¿de qué más gozaba Abul Hossn? ¿De sus pensamientos para un planeta mejor? ¿De las flores, el sol y el silencio, de la belleza que le rodeaba? ¿Cuántos años debía de tener? Parecía más joven que Manssur, es decir, que debía de tener entre treinta y treinta y cinco. Treinta y cinco y cincuenta, ochenta y cinco. ¿Esperaba Abul Hossn alcanzar esta edad, ver realizado su sueño de un mundo funcionando exclusivamente gracias al sol?

Al parecer, sólo había una cosa que preocupaba seriamente a Abul Hossn: alguien llamado Jacob.

Por supuesto, un israelita. Había sido mencionado casualmente por Manssur, y Abul Hossn había pretendido desviar rápidamente la conversación, pero ella no lo había permitido.

—¿Quién es Jacob? —había preguntado.

—Nadie a quien tener en cuenta —había replicado Abul Hossn.

—Pues parece que Manssur sí lo tiene en cuenta —replicó Brigitte, con una enorme gamba entre sus finos dedos.

—El buen Manssur se preocupa demasiado por mí. Y quizá tenga una buena, parte de razón. Realmente, Jacob es un hombre inquietante. Amigos míos me han hablado de él, pero nadie le conoce. Claro está, se trata de un agente israelita, pero eso y que anda tras la Chamseddin es todo cuanto sabemos. No es demasiado, teniendo en cuenta que está recurriendo a diversos medios para perjudicarnos. Ya sabe usted que por culpa de Jacob hemos tenido dos bajas desde que llegó usted a España. Y no creo que desista.

—¿Quiere decir que antes habían tenido otros choques?

—Desde luego. Y el asunto continuará. Conozco bien a los israelitas, especialmente a los de su servicio secreto. Son personas… de una insistencia extraordinaria.

—Pero ¿qué es lo que quiere Jacob? ¿Sabe él algo de los planes

solares de la Chamseddin?

—Inevitablemente, puesto que ha contado incluso con gente que nos ha traicionado. Y, como nosotros, dispone de toda clase de material… Un simple paseo por encima de Nagma es suficiente para ver las placas solares en algunos de los chalés, y si a eso suma las informaciones de algunos traidores, no puede ignorar al menos parte de nuestros proyectos.

—Me pregunto si la consecución de los planes de la Chamseddin perjudicaría de algún modo a Israel.

—¿Perjudicar a los judíos? —Se pasmó Abul Hossn—. ¿Por qué habría de perjudicar a ellos y beneficiar al resto del mundo?

—Es una pregunta que se me ha ocurrido.

—La respuesta es clara y lógica: NO. Dígame usted una sola persona, entidad de cualquier clase, o país, que pudiera resultar perjudicado por la energía solar.

—Los esquimales —sonrió Brigitte—. Me parece que no disponen de mucho sol.

Abul Hossn se había echado a reír una vez más.

—¡Mi querida amiga, estoy seguro de que nuestros técnicos encontrarán el modo de que incluso los esquimales se beneficien de la energía solar! —exclamó—. Lo importante es que nosotros aprendamos a almacenar el sol allá donde más haya. Su distribución posterior sería exclusivamente una cuestión técnica.

—Entonces no entiendo que Jacob esté incordiando la buena marcha de la Chamseddin.

—¿No lo entiende usted? —saltó Manssur—. Pues es muy simple: él es israelita, y la Chamseddin es árabe. Eso es todo. Cualquier cosa que los árabes pretendamos se verá siempre dificultada por los israelitas.

—En definitiva, ustedes están seguros de que Israel sabe al menos muy buena parte de lo que están proyectando, y su reacción es dificultarlo.

—Evidentemente.

—Pues me parece una tontería.

—¿Sí? Bueno, sería interesante que alguien se lo hiciera ver así a Jacob. Y a Tel Aviv. A Israel, en suma.

—¿Dónde se podría encontrar a Jacob?

—No tenemos la menor… Un momento. ¿Qué está pensando?

—La señorita Montfort —dijo plácidamente Abul Hossn— está pensando que quizás ella posee admirables dotes de persuasión incluso para un israelita. No me sorprendería nada que hubiera considerado la conveniencia de enfrentarse amistosamente a Jacob para disuadirle de sus agresiones.

—¡Eso sería una locura! —Casi gritó Manssur.

—Una admirable locura. Al parecer —Abul Hossn sonreía mirando a Brigitte—, Jacob no está demasiado lejos de nosotros. Creemos que en Málaga, en la ciudad, posiblemente alojado en cualquier hotel con nombre falso, naturalmente. Por ahora no hemos conseguido localizarlo de un modo… adecuado. Pero sería interesante hacerlo.

—A mí me gustaría pasar unos días en Málaga antes de regresar a Nueva York —dijo Brigitte.

—Eso, mi querida amiga, sería tanto como ir a la selva en busca del tigre esperando convencerle de que no la devore. Deje usted de nuestra cuenta a Jacob, y piense solamente en su cometido en Estados Unidos…, y en su carrera hacia la Casa Blanca para dentro de cuatro años. La necesitamos allá. Y sobre todo, no quisiéramos que le ocurriera nada a nuestra amada Anis Al-Dialis.

—¿Quién es Anis Al-Dialis? —se interesó Brigitte.

—¡Usted! —rió ahora Manssur—. Está claro que no recuerda todos los nombres de *Las mil y una noches*. Anis Al-Dialis significa, justamente, Dulce Amiga. Por lo que entiendo, Abul Hossn ha decidido que ése sea su nombre para nosotros a partir de ahora. ¿No es así, Abul Hossn?

—En efecto. Creo que el nombre clave de Anis Al-Dialis encaja perfectamente con la señorita Montfort.

—Me gusta el nombre —asintió Brigitte, sonriendo—, pero, sinceramente, me siento un poco decepcionada. Teniendo en cuenta mi belleza, había esperado que me llamasen Schehrezade.

—¡Imposible! —exclamó Abul Hossn—. ¿Quién haría aquí el papel de Harun Al Raschid, el sultán esposo de Schehrezade? ¡Espero que no haya pensado en mí!

—¿No le gustaría? —Le miró maliciosamente Brigitte.

—Personalmente, para satisfacer mi capricho y lujuria, estaría encantado —asintió Abul Hossn—, pero usted merece un Harun Al Raschid mejor que yo. Sea, pues, nuestra Anis Al-Dialis, y, por

favor, cuídese mucho en todo momento. ¿Más champaña?

Brigitte había aceptado más champán. ¿Por qué no? Sabía que después tendría que dormir una buena siesta. Pero ahora, tendida en la amplia cama de la fresca habitación, pensaba, pensaba, pensaba. Y con los pensamientos, fue llegando por fin el sueño, dulcemente. Era como ir sumergiéndose en un blandísimo lecho de algodón que la acogía amorosamente, la mecía…

Estaba ya al borde del sueño cuando, lejano, oyó el rumor de un helicóptero. Lejano.

Durante algunos segundos estuvo en el vértice de la vigilia y la profunda modorra, aquel sueño invencible.

De pronto, abrió completamente los ojos.

Un helicóptero.

Aguzó el oído, pero ya no lo oyó.

¿Había sido un sueño fugacísimo?

No. Estaba segura de que no. ¿Se acercaba un helicóptero, o ella lo había oído cuando ya se alejaba, y por eso no lo oía ahora? Pero, para que un helicóptero se alejase, tenía que haberse acercado primero, y allí, que ella supiese, sólo estaba el helicóptero en el que ella había llegado. ¿Se había marchado el helicóptero con los cuatro árabes que los habían acompañado a ella y a Manssur? Parecía que no podía ser, ya que los cuatro árabes, tras almorzar en la cocina del chalé, también se habían quedado en la casa, dejando el helicóptero donde habían aterrizado…

Brigitte saltó de la cama, y se acercó a la ventana, cuyas entornadas persianas separó un poco más. El helicóptero continuaba en el mismo sitio, calentándose al sol. Miró la hora en su relojito de pulsera, puesto a la hora española, sin más complicaciones. Eran las tres y media de la tarde. En un silencio total caía un sol de fuego. Con seguridad, nadie en su sano juicio en toda la clínica Malasol estaba fuera de su alojamiento.

¿Qué cosa mejor que una siesta se puede hacer en una tarde semejante?

A menos, claro, que se sea empleado de la clínica, y que se tengan que cumplir determinadas obligaciones con los clientes… Sí, eso debía de ser. De otro modo, aquellos dos hombres con bata blanca que habían aparecido de pronto en el césped no estarían allí. ¿Médicos? ¿Masajistas, quizá? ¿Podía ser aquella la hora para

dedicar determinados cuidados a Abul Hossn?

Por entre los setos que bordeaban la parcela destinada al chalé privadísimo de Abul Hossn dentro de Malasol aparecieron dos hombres más, igualmente ataviados con blancas batas, y miraron a los dos que les habían precedido. Hubo un parpadeo en los ojos de la espía, ajenos ya al menor síntoma de sueño.

Dio la vuelta, y se dirigió rápidamente adonde había dejado su maletín, que abrió a toda prisa.

—Deben de estar locos —masculló.

Asió la pistolita de cachas de madreperla de funcionamiento convencional, con balas, y regresó a toda prisa a la ventana. Los cuatro hombres se habían reunido, y caminaban presurosamente hacia la casa. Brigitte introdujo el corto cañón de su silenciosa pistolita por entre los listones de la persiana, apuntó un instante, y disparó.

Plof, apenas se oyó el chasquido.

A unos treinta metros, uno de los hombres dio un fuerte respingo cuando la bala pasó, como había decidido Brigitte, apenas a un palmo de su cabeza, por supuesto produciendo un seco crujido al perforar la caliente capa de aire. El hombre estuvo a punto de caer sentado, y los otros tres le miraron vivamente, pero simultáneamente oían también el crujido de la bala, ya que no el disparo.

Uno de ellos sacó enseguida una pistola, y apuntó hacia la casa.

—Oh, no —jadeó Brigitte—… ¡Cretino, no…! ¡Marcharos!

El disparo brotó, también silenciosamente, de la pistola del hombre. En alguna parte de la casa se oyó el reventar de unos cristales. Los otros tres hombres habían sacado también sus armas, y a su vez disparaban hacia la casa, mientras corrían hacia ésta…, en la que se oían voces amortiguadas, y enseguida, cuando varias balas más rebotaron contra las paredes y reventaron más cristales, se oyeron los gritos, y pasos presurosos.

Los cuatro hombres estaban apenas a diez metros cuando uno de ellos saltó en el aire dando una vuelta completa, y cayendo finalmente de cabeza, mientras su pistola todavía ascendía, debido al fuerte impulso recibido.

Otro de los hombres se llevó las manos a una rodilla, cayó de bruces lanzando alaridos, y finalmente quedó tendido de lado, con

ambas manos crispadas en la rodilla herida, olvidada en el césped la pistola. Los otros dos parecieron dispuestos a ayudarle, pero el herido los rechazó furiosamente, y, tras brevísima vacilación, dieron media vuelta y echaron a correr hacia los setos. Uno de ellos vaciló, rodó hacia delante, se puso en pie como si acabase de dar una simple y juguetona voltereta, y continuó corriendo, con la mano izquierda apretándose el muslo de ese lado, dejando tras él salpicaduras de sangre.

Brigitte los vio encogerse a ambos varias veces, sin duda mientras las balas silbaban a sus lados y por encima de sus cabezas, y, justo en el momento en que llegaban a los espesos setos y se metían como enloquecidos entre ellos, aparecían dos de los árabes del helicóptero, desde el interior de la casa, quedando en el ángulo visual de la espía.

Enseguida, aparecieron los otros dos y uno de los criados de la casa, todos armados. Más allá, aparecieron dos criados más. Dentro de la casa resonaba la voz de Manssur Al Basri, desde luego en árabe.

Los dos intrusos pudieron penetrar en los densos setos, y desaparecieron. El que estaba herido en una rodilla gateaba frenéticamente hacia donde había caído su pistola, mirando con expresión desorbitada hacia los árabes, que le apuntaban con sus armas. Pero la voz de Al Basri se oyó ahora fuera de la casa, y los árabes no dispararon contra el intruso, sino que corrieron hacia él y se le echaron encima, golpeándolo con sus pistolas, machacándolo hasta dejarlo sin sentido.

Manssur Al Basri apareció en el radio visual de Brigitte, dando órdenes. Estaba lívido, y también empuñaba una pistola. Dio una orden, y los cuatro árabes del helicóptero corrieron hacia éste, mientras los criados se acercaban a los dos intrusos abatidos. Manssur volvió la cabeza hacia la ventana de Brigitte, pero ésta permaneció inmóvil. Si se hubiera movido, quizás Al Basri habría entrevisto algo, una sombra. Así que no se movió en absoluto. Manssur dejó de mirar hacia la ventana. Los cuatro árabes se estaban encaramando al helicóptero, cuyas palas comenzaron a girar enseguida. El aparato se elevó dando un fuerte bandazo, y pasó rugiendo por encima de los setos. Iba a ser como perseguir conejos en campo abierto…

Los criados estaban conversando excitadamente con Manssur Al Basri, que dio otra orden, y en el acto los cuerpos de los dos intrusos fueron llevados en volandas hacia la casa, donde se oía ahora el soliviantado rumor de voces femeninas.

Brigitte miró hacia el helicóptero…, y respingó, al ver el otro aparato, acudiendo al encuentro del de los árabes. ¡El helicóptero que había oído antes! Debía de haber aterrizado cerca de allí, de él habían saltado los cuatro intrusos ataviados con batas blancas, y ahora, vistas las dificultades de aquéllos, el piloto acudía en su ayuda. Con seguridad, el plan inicial había sido recogerlos después de que los cuatro falsos empleados de Malasol hubieran cumplido su objetivo, pero ahora no les iba a ser tan fácil, pues el helicóptero de la Chamseddin utilizaría su armamento oculto.

Ocurrió lo contrario. Desde el helicóptero intruso partió una roja línea humeante, y el rotor de cola del helicóptero de la Chamseddin saltó describiendo velocísimos giros resplandecientes, cegadores, como salpicando rayos de sol. Acto seguido, el helicóptero alcanzado comenzó a girar como una peonza, mientras perdía altura rápidamente… Se oyó el estallido a los pocos segundos, y, por detrás de los setos, Brigitte vio la súbita bola de negro humo que ascendió como disparada hacia el cielo nítidamente azul.

—Santo Dios…

El otro helicóptero desapareció tras los setos. Estaba tomando tierra, para recoger a los dos fugitivos. Una vez más, los árabes llevaban la peor parte en el encuentro. Manssur apareció de nuevo, corriendo hacia los setos. Brigitte comprendió que no podía mantener su postura de quien no se entera de nada, y tras guardar la pistolita en el maletín y ponerse rápidamente la ropa, salió del dormitorio.

En el amplio pasillo estaban varias de las muchachas rubias, desnudas, y uno de los criados, que parecía montar guardia ante la puerta del dormitorio de Abul Hossn.

—¿Qué ocurre? —exclamó Brigitte—. ¿Qué pasa?

El árabe la miró, y permaneció en silencio.

Brigitte pasó junto a él, y entró en el dormitorio de Abul Hossn, que, completamente desnudo, era puesto en pie por otras de las rubias, que tiraban de sus manos.

—¡¿Qué pasa?! —preguntó de nuevo Brigitte.

Abul Hossn esperó a estar en equilibrio para contestar, con una voz extraordinariamente serena, sosegada.

—Al parecer, Jacob se está impacientando, querida amiga. Mucho me temo que esté abandonando las sutilezas para pasar a una acción… definitiva.

—¿Qué quiere decir?

—Creo que mis amigos han conseguido capturar a un intruso con vida. Es de esperar que él podrá decirnos qué es lo que han venido a hacer aquí…, aunque a mí sólo se me ocurre una cosa.

—¿Qué cosa?

Abul Hossn sonrió suavemente.

—Perdone mi desnudez total, Anis Al-Dialis. Sería disculpable si fuese un hombre hermoso, pero…

—¡Oh, vamos, déjese de tonterías ahora! ¿Qué cosa han venido a hacer quienes sean?

—Le ruego que recoja sus cosas. Deberá alejarse de aquí cuanto antes.

—¡Pero yo quiero saber…!

—Nosotros arreglaremos la situación aquí, y oportunamente se le dará una explicación. Ni siquiera sé cómo disculparme por todo cuanto está sucediendo, y sólo acierto a dar gracias a Alá, que ha cuidado de usted. Por favor, recoja sus cosas, Anis Al-Dialis.

—Sólo tengo que recoger un maletín. El resto de mis cosas están en Nagma.

—Muy bien. El helicóptero la llevará a Nagma y…

—No tenemos helicóptero —sonó la voz de Manssur.

Estaba en la puerta del dormitorio, palidísimo. Abul Hossn le interrogó en su idioma, y entre ambos se cruzó una velocísima conversación. Acto seguido, Manssur miro a Brigitte.

—Uno de nuestros amigos la llevará lejos de aquí, señorita Montfort. Consideramos que no es prudente que permanezca más tiempo en contacto directo con nosotros, así que dentro de pocos días, será visitada en Nueva York con el resto de las instrucciones para que inicie sus gestiones sobre instalación de plantas de energía solar en Estados Unidos. ¿Le parece bien que la dejemos en Málaga, sana y salva, lejos de nosotros?

—Pero… ¿qué ha ocurrido?

—Han enviado cuatro hombres a matar a Abul Hossn. Ya no se

conforman con pequeñeces. Hemos perdido el helicóptero y cuatro hombres…, pero usted puede disponer de uno de los coches.

—Pero la Policía, todo esto…

—Lo haremos pasar por un accidente. No se preocupe por nada, podemos solucionar este asunto. Usted no será mencionada, y sus cosas le serán enviadas a Málaga desde Nagma. ¿Tiene idea del lugar donde se alojará hasta que tome el avión?

—No… No sé…

—Le sugiero el Hotel Gaviota. Está en Camino Nuevo, en el parque. Es un lugar muy agradable; aunque no sea un hotel como los que quizás usted está acostumbrada a frecuentar, estará muy bien, se lo aseguro. Le enviaremos sus cosas allí a la mayor brevedad. Bueno… Me pregunto si… Quiero decir que nosotros la trajimos aquí, pero dadas las circunstancias nos parece peligroso llevarla de regreso. Serían capaces incluso de sabotear el Agib. Lo que quiero decir es que quizás usted no ha traído dinero suficiente para regresar…

—No se preocupe por eso, Manssur —murmuró Brigitte—. Sólo quisiera… No sé… ¿Realmente es mejor que nos separemos?

—Por el momento, sí. Volveremos a invitarla cuando hayamos solucionado el asunto con Jacob. A menos que todo esto le haya asustado demasiado y haya decidido abandonar el asunto.

—No. Sigo adelante. No soy tan frágil como parezco.

Manssur Al Basri se quedó mirándola fijamente. Por fin, parpadeó, muy despacio.

—Me pregunto qué ocurrió realmente —murmuró—… Estábamos todos durmiendo, y de pronto… No comprendo qué ha pasado. Esos hombres quizás habrían podido sorprendernos, y sin embargo, comenzaron a gritar y a disparar. No comprendo cómo pudieron cometer semejante estupidez. ¿Usted vio u oyó algo?

—Bueno, claro, me despertaron unos gritos…

—No, no. Antes de eso. ¿No vio nada, no oyó nada?

—Estaba durmiendo, Manssur —sonrió Brigitte.

—Claro. Bien, voy a ordenar a uno de los nuestros que saque un coche para llevarla a Málaga. Estaremos listos en un par de minutos.

—De acuerdo.

—Siento mucho que tengamos que separarnos así —murmuró

Abul Hossn, cuando Manssur hubo salido—… Me había ilusionado la perspectiva de una hermosa noche en su compañía.

—¿Como Schehrezade o como Anis Al-Dialis? —sonrió Brigitte.

—Como Anis Al-Dialis, naturalmente. Señorita Montfort, encontrar mujeres para mis expansiones sexuales no me representa ninguna dificultad, a pesar de mi fealdad. Pero encontrar una persona encantadora, inteligente y valiente es mucho más difícil. Estaré recordándola a usted en todo momento hasta nuestro próximo encuentro.

Era algo grotesco. Pero Brigitte Baby Montfort se acercó al desnudo y horripilante Abul Hossn, y le tendió la mano.

—Espero que sea pronto, Padre de la Belleza —sonrió.

Capítulo IX

A las seis y media de la tarde estaba instalada en el Hotel Gaviota de Málaga, donde, un par de horas antes de llegar ella, se había solicitado telefónicamente una reserva a su nombre. Y no debía de hacer ni media hora que ella había ocupado una amplia y agradable habitación doble cuando llegó su equipaje, pero no en manos de un árabe, sino de un taxista malagueño que había aceptado el encargo de un hombre que tampoco era árabe. La Chamseddin se mostraba discreta con su aliada, y, evidentemente, disponía de medios para resolver esos pequeños problemas.

A las siete y media, a solas en su habitación, Brigitte Montfort pensaba en docenas de cosas diferentes, pero ninguna de ellas hacía referencia a su regreso a Estados Unidos. Ah, no, nada de eso, no sería Baby quien se retirase dejando tras de sí una situación que podía dar lugar a más muertes y no pocas complicaciones.

Frunció el ceño. A decir verdad, los hombres que estaban interviniendo en aquel asunto no le parecían demasiado inteligentes. Por ejemplo, Zayed, el árabe que había traicionado a la Chamseddin tomando fotografías de noche de las notas de aquella cosa llamada Noau, tenía que haber previsto que el fogonazo del *flash* pudiera ser visto desde el exterior. Eso, sin contar con que los israelitas podían haberlo pertrechado con un material infinitamente mejor que el que había utilizado; había cámaras capaces de hacer milagros poco menos que en la oscuridad total.

Luego, los cuatro hombres que aquella tarde habían asaltado el chalé donde se hallaba instalado Abul Hossn en la Malasol. El momento elegido era bueno, eso sí; seguramente, el mejor, ya que de noche debía de haber mucha vigilancia, y, en cambio, a aquella hora de la tarde nadie podía pensar que se pudiera producir un ataque, a pleno sol… Sí, el momento había sido bueno, pero los hombres, a los que cabía clasificar como agentes israelitas, no

habían estado a la altura de su prestigio y eficacia: debieron emprender la fuga inmediatamente que ella efectuó el primer disparo, lo que hizo precisamente no para herir a nadie, sino para hacerles comprender que habían sido vistos y que debían desistir. Mas… ¿qué habían hecho aquellos cuatro hombres? Pues, se habían revuelto estúpidamente, comenzando a disparar a ciegas contra la casa, insistiendo en acercarse a ella.

Era absurdo.

¿O simplemente se trataba de que el odio prevalecía por encima de las demás consideraciones en aquel enfrentamiento entre un grupo de árabes y un grupo de agentes israelitas?

También podía ser esto. El odio, como el amor, era fuente de innumerables equivocaciones.

Echando otro vistazo a su reloj, y pensando que era un poco pronto para cenar, sobre todo teniendo en cuenta los horarios españoles en este sentido, Brigitte decidió hacer una llamada por su radio de bolsillo, pese a que todavía no habían transcurrido las veinticuatro horas convenidas con el agente de la CIA que la noche anterior había contestado a su llamada.

La respuesta fue inmediata.

—¿Sí?

—Buenas tardes, Simón.

—Ah, es usted, señora, de nuevo… Buenas tardes.

Brigitte frunció el ceño.

—¿Por qué me llama «señora»? Sabe perfectamente quién soy.

—Tenemos nuestras dudas. Hemos efectuado una comunicación de urgencia con nuestro… centro social, y allá nos han informado que la persona que usted pretende ser no tiene ningún cometido asignado en España…, y que ignoran su paradero.

—Entiendo. Bueno, puede usted comunicar a la Central que Baby está en Málaga, inicialmente por asuntos personales, pero, como ha ocurrido muy a menudo, involucrada en acontecimientos digamos… inquietantes. Por ejemplo, ese enfrentamiento entre árabes e israelitas del que le hablé anoche. ¿Qué puede decirme sobre eso?

—Deberé consultar antes de responderle. Quizá mañana…

—Escuche bien, Simón —se irritó Brigitte—: ya le he dicho claramente que soy Baby, y no voy a insistir más en ese punto. Lo

que voy a hacer es lo siguiente: voy a llamar por teléfono a cierto lugar de Estados Unidos para que, desde allí, llamen a la Central, la cual enviará a Málaga una orden que desautorizará fulminantemente a usted y a todos los Simones de la zona al mismo tiempo que, desde otros puntos de España, me envían personal más adecuado a mi sistema de trabajo. ¿Me ha entendido?

—Caramba, ¡cualquiera diría que nada más llegar a Málaga ya se ha hecho cargo de la jefatura del grupo!

—Así ocurre siempre. ¿Lo ignora usted?

—No, yo no —rió el comunicante—, pero pensé que quizá la «señora» que había conseguido nuestra onda especial sí lo ignoraba. ¡Cáscaras! ¿De modo que es usted, que está en Málaga…? ¡No sabe cuánto me alegro!

—Eso ya es otra cosa —suspiró Brigitte, sonriendo—. Y me tranquiliza que haya sido tan cauto. Ahora, respecto a ese enfrentamiento entre israelitas y árabes en…

—No hay tal enfrentamiento, que nosotros sepamos.

—¿No?

—En absoluto.

—Pero… Bueno, un momento. ¿Qué saben de un agente israelita que está utilizando el nombre operativo de Jacob?

—¿Jacob? Ni idea.

—Escuche, Simón, yo utilizo el nombre de Baby, ¿no es así? Pues bien, me consta que en Málaga tiene que existir un agente del Mossad que opera con el nombre de Jacob.

—No digo que no. Pero nosotros no le conocemos. Conocemos a varios chicos del Mossad, pero el nombre de Jacob no está en circulación.

—Está bien. Le voy a dar unos cuantos nombres árabes…

—¡Ufff! ¡Hay muchos árabes en esta zona de España! Pero la escucho, de todos modos.

De nuevo frunció Brigitte el ceño, al recordar de pronto que los hombres de la Chamseddin estaban utilizando nombres del libro Las Mil y una noches.

No serviría de nada que ella facilitase nombres tales como Zayed, Manssur Al Basri, Saddam Ahmed…

—Déjelo —murmuró—. Pero dígame si le suena aunque sólo sea el nombre de Abul Hossn.

—No. Nadie que opere en nuestro círculo profesional se llama así.

—Abul Hossn significa Padre de la Belleza.

—¿De veras? Es interesante. Pero ni idea.

—¿Conocen una clínica de lujo llamada Malasol?

—¡Ya lo creo! Es muy famosa. Funciona soterradamente con capital árabe. ¿Qué quiere saber sobre esa clínica para ricachos?

Brigitte hizo un gesto de asentimiento. ¿De modo que sus Simones de la Zona Sur de España estaban bien informados de lo que valía la pena y podía saberse? Entonces ¿por qué no sabían nada de Abul Hossn ni de Jacob?

—Nada —murmuró—. Quizá más adelante. ¿Qué hay del coche cuya matrícula le facilité?

—Eso sí tiene sentido. No sabemos dónde está en estos momentos el coche, pero sabemos que el vehículo matrícula MA 3229 AB es un Renault 12 propiedad de un malagueño llamado Pedro Barea Soto, con domicilio en la Calle Campillo, número doce. Es relojero. Lo tenemos bajo vigilancia…, pero no vemos su coche, por el momento.

—Quizá se lo hayan robado…

—La denuncia no consta en la Jefatura de Tráfico, ni en la Policía.

—Ya. Están trabajando bien, según parece.

—Una simple precaución para el caso de que, en efecto, la «señora» que llamó anoche fuese nuestra amada Baby. Perdone si he sido tan desconfiado, pero…

—No diga tonterías. Lo han hecho bien. Sigan interesándose por las dos cosas: el coche y Jacob. Y esta vez, en cuanto sepan algo, llámenme, sea la hora que sea.

—*Okay*. Por favor, pídanos más cosas. ¡Lo que sea!

—Me conformo con que se cuiden mucho —rió Brigitte—. ¡Hasta la próxima, Simón!

—¡Que sea pronto!

La espía internacional cortó la comunicación, guardó la radio en su maletín, y quedó pensativa. ¿No existía Jacob? Esto tampoco tenía sentido. Nada tenía sentido. ¿Y si ella hiciera una visita de «cortesía» al tal Pedro Barea Soto, calle Campillo, 12, el relojero? ¡Un relojero! ¿Había tomado parte Pedro Barea en el ataque en el

que según parecía se pretendía secuestrar a Saddam Ahmed?

Manipulando idea tras idea, a Brigitte se le hicieron las ocho y veinte. Comenzaba a decaer el sol, pero todavía quedaba más de una hora de claridad diurna, y si quería visitar a Pedro Barea sería mejor esperar a la oscuridad. Muy bien, haría tiempo hasta entonces.

Maletín en mano, abandonó la habitación, y bajó al bar del hotel. Ocupó una mesita, y pidió un jerez. El camarero la miraba pasmado, como deslumbrado. Con motivos, desde luego. Brigitte encendió un cigarrillo, y su mirada se posó casualmente en uno de los hombres sentados a la barra. Alto, atlético, de cabellos rojos. También era extranjero, naturalmente. Cuando el hombre movió un poco la cabeza vio sus facciones enérgicas, angulosas, y su gran nariz arqueada.

El hombre terminó de volver la cabeza, y la miró a ella, directamente. Brigitte desvió la mirada hacia otros puntos del bar, como curioseando, pero se dio perfecta cuenta de que el hombre se acercaba a su mesa.

Lo miró de nuevo cuando él se detuvo ante ella, al otro lado de la mesita.

El hombre sonrió.

—¿Sería tan amable de concederme unos minutos, señorita Montfort? —preguntó en perfecto inglés.

La agente Baby miró al hombre a través del humo de su cigarrillo.

—Sí, cómo no —sonrió—… Siéntese usted, Jacob.

El hombre, que había comenzado a mover una silla, quedó patitieso, estupefacto. De ninguna manera pudo evitar el pasmo en su expresión.

—¿Me conoce usted? —exclamó.

—Ahora, sí —rió ella—. Vamos, siéntese.

El narigudo pelirrojo pudo reaccionar, por fin, y terminó de sentarse. El camarero trajo la copa de jerez para Brigitte, que la señaló, mirando a Jacob.

—¿Quiere una copa de jerez?

—Si no le importa, prefiero jugo de tomate.

—Jugo de tomate —pidió Brigitte al fascinado camarero, que asintió y se alejó.

—Francamente —murmuró Jacob—, me ha sorprendido usted.

—Yo no soy una espía, señor Jacob —sonrió la espía más peligrosa… e hipócrita del mundo—, pero eso no quiere decir que sea tonta.

—Claro. Bueno, ya sé que no es tonta, ni mucho menos. No se alcanza su nivel periodístico siendo tonta. Si se menciona su nombre como candidata a la presidencia de los Estados Unidos ya tenemos otro motivo para no considerarla tonta. ¡Me pregunto qué puede tener usted que ver con unos sujetos como esos! ¡No lo comprendo!

—¿A quiénes se refiere?

—A la Chamseddin.

—Ah.

—¿Podría explicármelo?

—Podría, pero no veo por qué tengo que hacerlo, francamente. Usted no es quién para pedirme explicaciones de mis actividades o amistades.

Jacob soltó un bufido.

—¡Amistades! ¡Usted no sabe con quién se está relacionando, se lo aseguro!

—Bueno, dígame quién o qué es usted exactamente, y al menos estaré enterada de esa parte.

—Estoy seguro de que Abul Hossn, o ese engreído llamado Manssur Al Basri, le han hablado de mí. De otro modo, usted no tenía por qué suponer que yo era Jacob. Es usted muy perspicaz, ¿sabe?

—Sí, lo sé —rió Brigitte—… Me parece que ahí viene su jugo de tomate, en manos del servicial y apasionado camarero. ¿Sabía usted que yo viajaba en el coche que sus hombres atacaron el otro día, y que podían haberme matado, Jacob?

El camarero depositó el jugo de tomate sobre la mesa, echó un nuevo vistazo a la bellísima norteamericana, y se alejó.

Jacob bebió un sorbo de jugo.

—Lo habríamos lamentado muchísimo —murmuró luego—. Todavía no sabíamos quién era. Sabíamos, eso sí, que Saddam Ahmed había ido a Estados Unidos a buscar a alguien, pero todavía no sabíamos que era usted.

—¿Cuándo y cómo lo supieron?

—Más tarde.

—¿Por medio de Zayed?

—¿Qué sabe usted de eso? —exclamó Jacob.

—Poca cosa. Al parecer, ese Zayed hizo algo en la urbanización que no fue del agrado de Manssur Al Basri. Hubo un poco de revuelo mientras yo presenciaba una pequeña fiesta. Capté que estaban buscando a alguien. Luego, cuando me retiré a mi dormitorio, encontré al árabe llamado Zayed muerto en mi cuarto de baño. Estaba armado. Como es natural, me asusté, y avisé enseguida a Al Basri. No me dieron muchas explicaciones, pero interpreté por algunos detalles que el llamado Zayed les había traicionado… Supongo que en beneficio de usted, ¿no?

—¿Estaba muerto en su cuarto da baño? ¿Quién lo mató?

—Murió de un colapso. Eso dijeron. Debió de sentirse acorralado, y el miedo lo mató. Seguramente, la perspectiva de que lo capturasen con vida sus compañeros a los que había traicionado no le pareció precisamente un viaje al paraíso de Alá.

—De un colapso —Jacob movió la cabeza—… ¿Sabe usted si encontraron lo que él había conseguido?

—¿A qué se refiere?

—Debía tener una cámara fotográfica.

—Ah… Pues no, no sé nada de eso. Y me pregunto para qué podía querer ese Zayed una cámara fotográfica. Era de noche. Oh, bueno, ya sé que hay cámaras especiales para la noche, claro… Pero ¿qué tenía que fotografiar Zayed?

—Mis últimas noticias son que no han encontrado la cámara fotográfica. Quizás usted esté más al corriente.

—¿Sus últimas noticias? ¿Quiere decir después de muerto Zayed, claro?

—Claro.

—Entonces… ¿tiene en El Generalife a alguien más, no era sólo Zayed quien estaba al servicio de usted?

—Obtiene usted conclusiones con una rapidez apabullante —sonrió Jacob.

—Pero ¿son ciertas?

—Sería absurdo negarlo. Al enemigo hay que tenerlo bien controlado, ¿no le parece?

—¿Quién más trabaja para usted dentro de la Chamseddin?

—Alguien que pudo, por fin, informarme sobre la persona a la que Saddam Ahmed había ido a buscar a Estados Unidos. Oh, y volviendo a eso… ¿Qué pasó en la carretera? Perdí un hombre, y los otros dos no supieron explicarme bien cómo ocurrió todo.

—Espero que al menos le dijeran que ellos mataron a un árabe, llamado Mulay, que conducía el coche.

—Lamentablemente, fue inevitable.

—No me diga.

—¿Qué pasó?

Brigitte explicó la misma falsa versión que había facilitado al propio Ahmed. Jacob la escuchaba atentamente, y cuando terminó de hablar parecía desconcertado.

—Según parece, ese Ahmed tiene la piel muy dura…, y es un tipo muy notable. Usted también es valiente —sonrió.

—Digamos que el miedo me mantuvo serena. ¿Por qué querían matar a Saddam Ahmed?

—No queríamos matarlo: sólo capturarlo.

—Pues no se puede decir que empleen métodos delicados… ¿Capturar a Saddam Ahmed? ¿Para qué?

—Queremos saber ya qué es el Noau… exactamente.

—¿El Noau? ¿Qué es eso?

—Algo que están preparando los de la Chamseddin en un laboratorio ubicado en la urbanización. Sabemos que es algo importantísimo, y hasta sabemos su nombre, pero no sabemos qué es exactamente.

—Lo que significa que su informador no tiene acceso a todos los estamentos de la Chamseddin —sonrió Brigitte—. ¿Ha dicho usted un laboratorio…? Supongo que se refiere a los chalés donde se está estudiando la energía solar para…

—Tonterías —gruñó Jacob—… ¡Lo de la energía solar es sólo una tapadera! Bien, no digo que no tengan personal que esté dedicado honestamente a eso, claro, pero sí le aseguro que además de ese trabajo están realizando otro, en un chalé convertido en laboratorio. Un trabajo o una fórmula a la que llaman Noau.

—¿No le parece muy fantástico eso, Jacob?

—No.

—Bueno, yo no sé qué decirle. Estaba convencida de que todo lo que hacían en la urbanización era estudios sobre el mejor

aprovechamiento de la energía solar, pero si usted dice otra cosa… ¿No se le ocurre lo que puede ser esa… cosa llamada Noau?

—No. Pero no puede ser nada bueno. Puede ser un arma, bacterias… ¡Algo así!

—Ya… ¿Para agredir a los judíos de un modo digamos… exterminador?

—¿Qué otra cosa?

—Pues no se me ocurre —movió la cabeza Brigitte, adelantando su mano hacia la copa de jerez—. De todos modos, sus sospechas… ¡Oh, vaya, qué torpeza…!

Sus dedos habían derribado la esbelta copa de vino, que salpicó en la mesa y en su mano. Se quedó con ésta en alto, como sin saber qué hacer. El camarero fascinado acudió presurosamente, dispuesto a limpiar la mesa, asegurando que la señorita no debía preocuparse.

—Es usted muy amable —le sonrió Brigitte—. Mmm… Bueno, creo que tendría que limpiarme un poco… ¿Me perdona un momento, Jacob?

—Naturalmente —gruñó éste.

Brigitte sonrió de nuevo, asió el maletín con la mano izquierda, y con la derecha en alto y apartada de sí, como temiendo manchar de vino su vestido, se dirigió a los lavabos. No había nadie allí, de momento, pero tras lavarse las manos entró de todos modos en una de las cabinas. Se sentó en la tapa del inodoro, abrió el maletín, y sacó la radio, cuyo botón apretó enseguida.

—¿Sí?

—Simón, ¿sabe dónde está el Hotel Gaviota?

—Emmm… ¡Ah, sí! ¡En el parque! ¿Es ése?

—Sí. Yo estoy alojada en él. Jacob está conmigo.

—¿Qué? ¿Qué dice?

—Voy a intentar retener lo máximo posible a ese hombre… Quiero que cuando salga de aquí lo sigan.

—Sí, comprendo… ¡Demonios! ¿Cómo ha podido encontrar a ese sujeto que nadie conoce?

—Él me ha encontrado a mí. Tiene alguien en Nagma que le informa de muchas cosas, pero además, debían de tener vigiladas las salidas de la urbanización, y quizá siguieron al hombre que me trajo el equipaje al hotel, y… ¡Oh, no importa, puede haberme encontrado de ese modo y de otros! Simón: quiero saber adónde va

Jacob, qué hace, con quién se relaciona…, pero sin que la CIA se comprometa en lo más mínimo…

—Y sin que nosotros corramos riesgos, ya sé. Por si tenía alguna duda de que usted es Baby, ya no habría lugar a ella. Hotel Gaviota. Estaremos ahí lo antes posible.

—Gracias.

Capítulo X

Jacob era muy cortés. Tal como había hecho cuando minutos antes Brigitte se alejó, se puso en pie cuando ella regresó, y permaneció así hasta que la espía se hubo sentado.

—No he tardado mucho, ¿verdad? —le sonrió Brigitte—. ¡Es tan desagradable oler a vino!

—Sí. Y es curioso, porque en ocasiones el vino huele muy bien.

—Oh, eso es lo que se llama aroma del vino, pero una cosa es que un vino tenga buen aroma y otra cosa es que le caiga a uno encima y vaya por ahí convertido en algo así como una botella destapada… ¿De qué estábamos hablando?

—Del exterminio masivo de judíos.

—Ah, sí… Sí, ahora recuerdo. Yo decía que sus sospechas en ese sentido me parecen excesivas. O al menos, eso iba a decir. ¿A usted no le parece demasiado fuerte eso, Jacob?

—Tratándose de los árabes, no.

—Espere un momento —lo miró vivamente Brigitte—: no se trata de los árabes, sino de unos árabes que han formado una organización llamada Chamseddin, según yo entiendo. Y usted sabe que es así y no de otra manera. Acusar en bloque a los árabes me parece excesivo. Es como si yo dijera que todos los judíos son ladrones sólo porque usted me robara mi bolso. Eso está claro, ¿verdad?

—¿Simpatiza usted con los árabes?

—Sea tan amable de decirme qué es lo que desea usted de mí, y, sobre todo, con qué derecho. Empiece por decirme con qué derecho me está sometiendo a una especie de interrogatorio disfrazado de amable conversación… Ah, muchas gracias.

—De nada, señorita —sonrió el camarero, que había depositado ante ella otra copa de jerez.

—Siento lo ocurrido. No suelo ser tan torpe.

—Le aseguro que no tiene ninguna importancia. Y además, a esta copa la invita el servicio del bar del hotel.

—¿De verdad? —Brigitte abrió mucho los ojos, y alzó la copa, mirando alrededor—. ¡Salud y gracias!

Se oyeron algunas risas. Los camareros sonreían. Jacob había fruncido el ceño, y parecía bastante molesto. Una cosa era segurísima: ninguna de las personas que estaban en aquel momento en el bar del Hotel Gaviota se olvidaría en mucho tiempo de la señorita Montfort y del caballero que conversaba con ella. Lo que, ciertamente, no había entrado en los planes de Jacob.

Pero había que resignarse: ser guapa, encantadora y simpática eran cualidades que debían de tener como mínimo el inconveniente de no pasar desapercibida, y eso le ocurría a Brigitte Montfort…

La cual, tras aquella especie de brindis y beber un trago de jerez, se quedó mirando todavía sonriente a Jacob, y dijo:

—Estoy esperando su respuesta.

—Es usted la clásica americana que va por ahí presumiendo de ello, ¿no es cierto? En cuanto les dicen algo que no les gusta demasiado, exhiben su pasaporte y dicen: oiga, soy ciudadana americana y exijo… ¿Verdad?

—Tengo la impresión de que el servicio de este bar no sabe que soy americana. A lo mejor es por eso que me han invitado a vino. Y digo invitado. Por mi parte, les he pedido disculpas por mi torpeza. ¿Qué habría pasado si la copa de vino la hubiera derribado usted, Jacob?

—¿Qué quiere decir? —masculló Jacob.

—Quiero decir que entre usted yo existen, evidentemente, diferencias fundamentales. Yo soy una persona inteligente y educada. Usted no me está pareciendo ni una cosa ni otra. Ahora bien, si lo que ocurre es que a usted le molesta que yo tenga algunos amigos árabes, le diré que también tengo amigos israelitas. Puntualizado esto, repetiré mi pregunta: ¿con qué derecho me está usted presionando?

Jacob sacó un pañuelo, y se lo pasó por la frente, en la que habían aparecido unas diminutas gotitas de sudor, pese a la buena refrigeración del bar del hotel. Sus ojos eran verdosos, fríos, y sabía que intimidaban siempre a sus interlocutores.

Pero en esta ocasión, un par de grandes ojos de color azul cielo

le contemplaban no ya con hostilidad, sino con una cierta curiosidad que le hacía sentirse más o menos como un bichito contemplado en un microscopio. No era una situación a la que estuviese acostumbrado.

—Estoy aquí para proponerle una cosa —masculló, por fin.

—¿Proponerme? ¿Qué cosa? ¿En calidad de qué?

—Mire, puede que usted no sea una espía, naturalmente, pero su labor de periodista política la debe de facultar para saber muy bien qué es el Mossad, ¿de acuerdo?

—Creo que es el núcleo central de los servicios de inteligencia israelitas… ¿Pertenece usted al Mossad?

—Sí.

—Eso es muy interesante —sonrió la señorita Montfort, recordando de nuevo que la CIA no tenía idea de la existencia de un espía israelita llamado Jacob—… En ese caso, se diría que yo puedo acusar al Mossad de haber estado a punto de causar mi muerte.

—¡Ya le he dicho que no sabíamos quién iba con Ahmed en el coche!

—No se ponga nervioso. Está bien, acepto sus disculpas. Y ahora que sabemos que es usted un agente del Mossad, veamos qué tiene que proponerme en calidad de tal. ¿Cuál es su oferta y a cambio de qué?

—¿A cambio de qué? —Se pasmó Jacob.

Por un instante, Brigitte pensó que estaba «estirando» demasiado la conversación, pero más valía que a Simón le sobrase un minuto en llegar al Hotel Gaviota que le faltase un solo segundo. Así que siguió con el juego.

—Como dicen los españoles: al que algo quiere, algo le cuesta. Si ustedes quieren algo de mí, algo tendrán que darme a cambio, ¿no le parece?

—Ah… Sí, entiendo.

—Lo celebro. ¿Qué esperan de mí?

—Bueno… En vista de que nuestros… colaboradores habituales dentro de la Chamseddin han fracasado en conseguir determinada información, hemos pensado que podría conseguirla usted.

Brigitte ladeó la cabeza y encendió otro cigarrillo.

—¿La información se refiere a esa… cosa llamada Noau?

—Desde luego. Tengo la impresión de que usted ha sido muy

amistosamente recibida por los principales personajes de la Chamseddin. ¿Es así?

—Yo diría que somos muy amigos. Especialmente, con Manssur Al Basri y con el propio Abul Hossn. Oh, y Saddam Ahmed es muy amable y simpático.

—Estupendo —sonrió por fin Jacob—. Usted va a regresar allá, y va a conseguir para nosotros lo que ni Zayed ni… el otro colaborador han podido conseguir. Esto es, saber qué es exactamente el Noau, y facilitarnos esa información.

—Santo cielo —se abrieron mucho los ojos de Brigitte—… ¡¿Me está usted diciendo que tengo que hacer de espía?!

—Bueno… Sí.

—¡Pero esto es… es espantoso! ¡No sabría hacerlo en la vida!

—No es tan difícil como parece —farfulló Jacob.

—¡Eso lo dice usted, que lo es!

—Una mujer como usted dispone de recursos… personales suficientes para conseguir lo que se proponga. Y no hace falta ningún talento especial.

—¡Los ángeles me valgan! ¿Me está diciendo que puedo conseguir un objetivo de espionaje precisamente por ser mujer? ¿Me está diciendo que puedo conseguir algo… acostándome con Al Basri, por ejemplo?

—Es uno de los procedimientos más seguros. Los hombres suelen confiar en las mujeres que les proporcionan placer.

—¿Incluso los árabes?

—¿Por qué no? A fin de cuentas usted no es una clásica muñeca de carne, sino una mujer de categoría.

—Lo cual no parece tener usted en cuenta. Mire, Jacob, me parece que está usted desorbitando el asunto. Desde luego, no tengo la menor intención de complacer sexualmente a nadie sólo porque usted me lo pida. ¡Vaya, no entiendo quién se ha creído que es usted, ni qué se ha creído que soy yo!

—Señorita Montfort —se endurecieron las facciones del israelita —: usted ha venido a España invitada por la Chamseddin. ¿Es o no es cierto esto?

—Es cierto.

—Ha permanecido con ellos un par de días, y ahora, según parece, se dispone a volver a Estados Unidos. Todo esto implica

claramente que se ha entendido bien con ellos. Está claro que le han pedido algo, y, dado lo rápido de su regreso a casa, podemos suponer que se han entendido enseguida. ¿Cierto?

—Quizá sea cierto. Quizás el asunto me haya desagradado tanto que lo haya rechazado en el acto…

—No. Si así fuese, creo que usted jamás habría regresado a Estados Unidos. Ellos han debido de pedirle algo que la ha convencido a usted, posiblemente porque es más ingenua de lo que usted misma cree. Ese asunto debe de estar relacionado con la energía solar, y debo decirle que no me importa demasiado, porque sé que es sólo una tapadera para el otro asunto, para el auténtico, el del Noau, que se está gestando en el laboratorio. Resumiendo todo el conjunto de la situación, insistiré en decirle que quiero saber qué es el Noau. ¡Y usted lo va a conseguir para mí! ¿Quiere saber a cambio de qué?

—¿De qué?

—De su vida.

—¿Mi vida? —susurró Brigitte—. ¿Me está usted amenazando de muerte? ¿Debo entender que si no le obedezco me va a matar?

—Yo no: sus amigos árabes.

—Tonterías. ¡Ellos jamás harían eso! ¡Me tienen en muy alta estima!

—Quizá la estimarían menos si supieran que usted los ha traicionado en favor mío.

—¡No he hecho semejante cosa!

—No, no lo ha hecho —sonrió Jacob—…, pero quizá yo podría arreglármelas para que ellos creyesen que sí lo había hecho. En tal caso, se enfadarían con usted. Y le aseguro que un árabe enfadado es digno de mucha atención. De manera que ahí tiene usted: o me ayuda a conseguir lo que quiero…, o yo haré llegar a la Chamseddin la información de que ya me ha estado ayudando. ¿Me he explicado?

—Sí. No hay trato.

—Piénselo bien.

Brigitte notó en su muslo derecho una suave vibración: la radio, adherida ahora con esparadrapo color carne a su muslo estaba emitiendo una señal sorda de llamada.

—Tengo… tengo necesidad de volver al lavabo —murmuró—.

No me encuentro muy bien.

—Lo comprendo —sonrió secamente Jacob—. Vaya allá, orine su miedo, y vuelva a darme una respuesta.

—Sí… Sí. Ya vuelvo.

Medio minuto más tarde, de nuevo en una de las cabinas de los lavabos, Brigitte desenganchaba de su muslo la radio.

—¿Sí? —murmuró.

—La he llamado porque así lo convinimos si era importante —se oyó la voz de Simón—. En primer lugar, ya estamos en el sitio convenido, así que cuando Jacob salga lo veremos y lo seguiremos. ¿Cómo es?

—Pelirrojo, alto y narizotas.

—Ah, ya. Bueno, hay otra cosa que nos ha… sorprendido en cierto modo: hemos encontrado el coche cuya matrícula es la que usted nos facilitó. Adivine dónde está.

—¿Frente al Hotel Gaviota? —susurró Brigitte.

—Exactamente. Hay dos hombres dentro de él, y están esperando a alguien.

—A Jacob… Está bien. Acaba de amenazarme de muerte.

Hubo tres o cuatro segundos de silencio antes de que se oyese la voz de Simón, fría como auténtico hielo.

—¿De veras? ¿Eso ha hecho? Bueno, déjelo que salga.

—No, no, Simón, nada de atacarlo. Quiero saber adónde va, con quién se relaciona…

—Podemos cortarle el cuello ahora mismo.

—No. Él insiste en que es agente del Mossad, así que nada de complicaciones. Simplemente, síganlo. Y vuelvan a llamarme cuando sepan algo concreto. Había pensado visitar al relojero, pero lo que haré ahora será esperar su llamada. ¿De acuerdo?

—Está bien. Pero cortar un cuello es muy fácil, aunque sea un cuello del Mossad…

—No.

Cortó la comunicación, y regresó de nuevo al bar. Jacob se quedó mirándola con cierta perversidad regocijada en sus verdosos ojos.

—¿Ha reflexionado? —preguntó.

—Sí. He llegado a la conclusión de que usted es un criminal. ¿Sabe lo que voy a hacer mañana a primera hora de la mañana?

—¿Qué va a hacer?

—Llamaré a la embajada norteamericana en Madrid, y les diré que me encuentro en dificultades. ¿Cree que ellos podrán ayudarme?

Jacob había palidecido.

—En resumen —jadeó—: no acepta colaborar conmigo.

—No, no lo haré. Me ha quitado usted el apetito y las ganas de salir a divertirme un poco por la ciudad, Jacob, pero no pienso someterme a usted. Llámelo cabezonería, si quiere. O quizá sea eso que usted dijo antes: soy ciudadana americana, y nadie puede tratarme como usted lo está haciendo. Así que mañana llamaré a mi embajada en Madrid.

Jacob se puso en pie.

—Adiós, señorita Montfort —dijo secamente.

—Adiós, Recuerdos a sus hijos.

—¿Mis hijos? —Se pasmó el israelita—. ¿Qué hijos?

—Si usted se llama Jacob, debe de tener doce hijos, a saber: Rubén, Simeón, Levi, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Asser, Izacar, Zabulón, José… y Benjamín. Salúdelos en mi nombre.

—Es usted muy graciosa.

—Solamente simpática. Lo que no se puede decir de usted.

Jacob dio media vuelta, y se dirigió hacia la puerta del bar. Segundos después salía del hotel, recorría el corto trecho hasta la avenida, y recorría luego ésta hasta el lugar donde estaba esperando el coche cuya matrícula era MA 32 29 AB.

Abrió la portezuela izquierda de atrás, y se sentó en este asiento.

Los dos hombres que ocupaban el asiento delantero de volvieron enseguida hacia él.

—¿Qué? —preguntó uno de ellos.

—Es una estúpida engreída. Pero desde luego, no una cobarde.

—Entonces… ¿no ha sido tan fácil como creíamos?

—Ni muchísimo menos. En realidad, no me ha dicho nada de nada, y se ha negado a todo, aunque en el fondo está bastante asustada. Tanto que se le ha quitado el apetito y las ganas de divertirse. No creo que esta noche se atreva a salir del hotel…, pero mañana temprano piensa llamar a la embajada americana en Madrid.

—Vaya…

—Ahora está en el bar. Es posible que cene algo, pero se retirará pronto. No podemos darle tiempo a reflexionar sobre todo lo que ha ocurrido, pues podría decidirse por llamar a los de la Chamseddin, y eso no nos interesa. De modo que tendréis que hacerle una visita. Su habitación es la 305. Lo más práctico es que vayáis allá ahora mismo, y la esperéis. Metedle una bala en la boca…, a ver si deja de mover esa lengua tan afilada que tiene.

—Ya está muerta —sonrió el tipo sentado ante el volante.

—Muy bien. Ah —sonrió Jacob—, ella es muy ingeniosa… ¿Sabéis cuántos hijos tuvo Jacob?

—¿Eh?

—¿Qué?

—Ella lo sabe. Antes de meterle la bala en la boca, decidle que sois Rubén y Simeón, por ejemplo… Estoy seguro de que la señorita Montfort entenderá. Luego nos veremos.

Salió del coche, y se alejó.

Rubén y Simeón le miraron alejarse hacia donde Jacob había dejado su propio coche. Luego, cambiaron una mirada, y se encogieron de hombros.

—¿Tú has entendido algo? —Gruñó Simeón.

—Desde luego —sonrió Rubén—: tenemos que cargarnos a una fulana que al parecer habla demasiado.

Capítulo XI

La señorita Montfort entró en su habitación, se fue directa hacia la cama, y depositó encima el maletín rojo con florecillas azules. Acto seguido se desvistió, quedando completamente desnuda. Se volvió entonces hacia el armario, y sacó una de sus maletas, que colocó también sobre la cama.

Sus movimientos eran rápidos, pero no precipitados. Ni una sola vez miró hacia la puerta del cuarto de baño, que estaba ligeramente entreabierta.

De la maleta sacó un vestido negro, y, de su estuche, un par de zapatos también negros, cerrados, de medio tacón, sólidos. No eran los zapatos que se podía esperar llevase una chica como ella. Ni la sólida faja que también sacó de la maleta encajaba en absoluto con su figura, su personalidad, ni con el resto de su equipaje. Pero, allá estaba todo aquello, que fue depositando sobre la cama.

Guardó de nuevo la maleta, abrió el maletín, y sacó un cepillo para el cabello, con el cual en la mano derecha fue sentarse frente al espejo del tocador…, para regresar enseguida hacia al maletín y sacar de él una pequeña prenda de nylon negro, que dejó en el tocador.

Comenzó a cepillarse el cabello, estirándolo, como queriendo eliminar la suave ondulación.

Y en esto estaba cuando oyó el ruidito tras ella. Su mirada, por medio del espejo, buscó detrás de ella lo que pudiera haber producido aquel ruidito.

Entonces, saliendo del cuarto de baño, vio a los dos hombres. Se quedó inmóvil, mirándolos. Los hombres la veían de espaldas en directo, y de frente por medio del espejo. Una espalda recta, lisa, mórbida, de piel tersa, dorada por el sol, tan hermosa que podía competir incluso con los tensos pechos que, debido al movimiento de los brazos hacia arriba, se veían más altos, magníficos, preciosos.

Lentamente, Brigitte bajó los brazos, y se volvió en la banqueta.

—¿Qué significa esto? —jadeó—. ¡Cómo se atreven…!

—Es verdad —dijo uno de ellos—: habla mucho.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

Rubén se acercó a la periodista-espía, y se quedó mirando los sonrosados pezones que remataban los pechos que parecían de seda y sol.

—¿Sabe una cosa? —murmuró—: si usted no se hubiera desnudado apenas entrar, ya estaría muerta.

—¿Qué… qué…? —tartamudeó Brigitte Baby Montfort.

—Tranquilícese. Estamos dispuestos a hacer un trato con usted, señorita Montfort.

—¿Me conocen? ¿Quiénes son ustedes, qué quieren?

—Somos Rubén y Simeón —dijo éste, acercándose también—… ¿Usted entiende lo que significan nuestros nombres?

La azul mirada de Brigitte iba vivamente de uno a otro; parecía terriblemente asustada… lo cual era una de las más grandiosas mentiras que pudieran buscarse en el planeta Tierra.

—Rubén y Simeón… ¡Oh, Dios mío! ¿Les… les ha enviado Jacob?

—En efecto. No sabemos qué se traen ustedes con esos nombres, pero él nos ha enviado. La habríamos matado si no la hubiésemos visto desnuda enseguida… lo que nos ha dado una nueva idea mucho más conveniente para usted.

Parecía que los ojos de Brigitte fuesen a saltar de las órbitas.

—¿Qué… qué idea? —gimió.

—Podemos decir que cuando llegamos aquí usted ya se había marchado del hotel. Eso nos justificaría cuando Jacob se enterase de que había salido con vida de Málaga. ¿Lo entiende?

—No… No muy bien…

—Lo que mi compañero está diciendo es que si usted se muestra complaciente con nosotros, luego la dejaremos marchar, iremos a reunimos con Jacob, y le diremos que usted ya se había marchado cuando nosotros entramos en su habitación, y que no hemos podido localizarla. Usted salva la vida y nosotros pasamos un buen rato… Ahora sí lo entiende, ¿verdad?

—¿Ustedes quieren… quieren…?

—Gozar de su belleza —sonrió Rubén—… A cambio de su vida.

—No es un precio muy caro —sonrió también Simeón.

Brigitte tragó saliva. Parecía no saber qué decir ni qué hacer. Rubén le puso las manos sobre los pechos, y apretó codiciosamente. La mirada de Brigitte expresó el sobresalto y la repulsa.

—No sea tonta —susurró Rubén—… Le estamos haciendo una oferta inmejorable. Todo lo que queremos es tirárnosla los dos, eso no es nada tan terrible, me parece a mí.

—Escuchen, les… les daré dinero… ¡Tengo mucho dinero, puedo conseguir en poco tiempo más de cincuenta mil dólares…!

—¿Qué pasa? —Alzó las cejas Simeón—. ¿Le damos asco?

—Bu-bueno, no, pe-pero es que… No sé, así, de pronto, tener que… que hacer eso…

—¿No le gusta hacer el amor?

—Oh, sí, pero… Bueno, en estas circunstancias… Yo… yo podría darles mucho dinero…

—¿Lo tiene aquí?

—No… Aquí, no. Tendría que pedirlo.

—Entonces, nada de dinero. Ni hablar. No queremos que usted hable con nadie —Rubén bajó la cremallera de su pantalón, y sus relucientes ojos se clavaron en los de Brigitte—… Usted verá si empieza a complacernos o prefiere que la matemos.

Brigitte no se movió. Sólo sus ojos fueron de los de Rubén a la bragueta de éste, y viceversa. Rubén masculló algo, y él mismo extrajo su miembro viril.

—Te daré una sorpresa, linda americana —susurró—. Una sorpresa que te va a gustar, ya verás: abre la boca y cierra los ojos.

La mirada de Brigitte fue de nuevo hacia la bragueta de Rubén, y quedó fija en el ya erecto miembro de éste, que de nuevo colocaba sus manos sobre sus senos.

Ninguna esperanza de arreglo, comprendió Brigitte. Estaban allí para matarla, ocurriera lo que ocurriera, y debían creerla tan tonta que podían engañarla haciéndole creer que si los complacía sexualmente la dejarían marchar, engañando a Jacob. La estaban insultando atrozmente, estaban insultando su persona física y su inteligencia. Eran, simplemente, dos asesinos muy «listos» que antes de matarla querían divertirse con ella.

Es decir, que no le dejaban más que una alternativa. Había intentado que las cosas se solucionasen de modo incruento, pero…

—Vamos —gruñó Rubén—... ¡Abre la boca y haz lo que tienes que hacer para empezar!

De nuevo alzó Brigitte la mirada hacia los ojos de Rubén.

Una mirada gélida, que desconcertó al hombre.

Y así estaba, desconcertado, cuando el puño derecho de la espía internacional se hundió en escalofriante *ura tsuki* de karate en la base de su pene, acertando de lleno los testículos. Fue un golpe tan brutal, tan espantoso, que Rubén ni siquiera pudo emitir el más leve soplo de aire; simplemente, quedó lívido como un muerto, pareció que sus ojos fuesen a saltar de las órbitas, y cayó hacia atrás, doblándose mientras tanto sobre sí mismo, como una navaja.

Dos pasos más atrás, Simeón lanzó una ahogada exclamación, al tiempo que palidecía; pero sólo una fracción de segundo más tarde su mano izquierda se hundía bajo la axila derecha, en busca de la pistola allí enfundada.

Baby Montfort fue infinitamente más rápida que él. Se puso en pie, adelantó un largo paso, y, al mismo tiempo, el cepillo para el cabello que empuñaba con la mano derecha era impulsado fuertemente hacia delante. Por el extremo del cepillo apareció el delgado y afiladísimo estilete de acero, que relució una milésima de segundo en el corto trayecto hasta la garganta de Simeón. El acero se hundió allí con blando choque, con estremecedor impacto penetrante. Simeón retrocedió debido al golpe, dejando atrás el estilete, de modo que el agujero quedó libre.

Nada, apenas un diminuto ojal sonrosado.

Pero de pronto, por aquel diminuto ojal brotó un chorro de sangre a presión, y Simeón cayó de rodillas, parando el golpe con las manos, olvidado completamente de su pistola. Alzó la cabeza hacia Brigitte, desorbitados sus ojos. Tosió, una bocanada de sangre brotó con ímpetu, y enseguida cayó de bruces. Sus piernas parecieron querer estirarse, crecer, dando un par de saltos grotescos.

Luego, la inmovilidad absoluta.

Caído de cara al tocador, demudado el rostro, todavía sin respiración, Rubén giró hacia la sangrienta escena, y su turbia mirada localizó a Brigitte vuelta de nuevo hacia él, mirándole atentamente, con una frialdad terrible, como la pantera que observa a su presa.

Una oleada de odio nubló las posibilidades de raciocinio de Rubén, que emitió por fin un gruñido entrecortado, se colocó de rodillas, y hundió la mano derecha bajo la chaqueta, en busca de la pistola. Ante él, Brigitte Montfort giró, como en un paso de danza, y su pierna derecha se flexionó y se distendió rápida y poderosamente. El talón impactó con seco crujido en la frente de Rubén, sacudiendo increíblemente su cabeza, como si la parte posterior fuese a tocar la espalda. Al rebote hacia delante, el propio peso de la cabeza arrastró a Rubén de bruces hacia el suelo, hendida la frente, muerto.

Brigitte estuvo unos segundos mirándolo.

Luego suspiró, se acercó a la cama, y se sentó en el borde. Abrió el maletín, y sacó la radio, que accionó.

—¿Sí? —Casi gritó Simón.

—No ha habido trato.

—¡¿Está usted bien?!

—Desde luego.

—¡Desde luego! —aulló el hombre de la CIA—. ¡Maldita sea mi estampa, debió dejar que nosotros interviniéramos sin correr usted el riesgo de…!

—Tranquilícese, Simón. No podía dejar que ustedes intervinieran, pues en cuanto los hubieran visto se habría esfumado toda posibilidad de trato. Que por otra parte, no existía: querían matarme, y nada les hubiera detenido.

—¿De verdad está usted bien?

—Estoy perfectamente…, pero tengo dos cadáveres en mi habitación.

—Nosotros nos ocuparemos de eso, pierda cuidado.

—De acuerdo. ¿Qué sabemos de Jacob?

—La última noticia es que entró a cenar a base de pinchitos y cosas así en un bar de la calle Trinidad. Bueno, es una taberna que tiene el nombre de «La bruja y el duende»… A ver, espere un momento. Un momento, por favor.

—Sí, sí, espero.

Pasaron unos segundos. De nuevo la voz de Simón:

—¿Puedo llamarla yo dentro de un par de minutos?

—Sí.

—Pues hasta dentro de un par de minutos.

Brigitte cerró la radio, que dejó sobre la cama. Volvió ante el tocador, tras limpiar del estilete la sangre y esconderlo de nuevo en el cepillo, y procedió a continuar su cepillado de cabello. No estuvo ni medio minuto hasta que, finalmente, lo recogió bajo el negro casquete de nylon, dejándolo muy apretado sobre su cabeza. Del maletín sacó la peluca de blancos cabellos, y se la puso. Luego, ante sus ojos azules colocó unas lentillas de color oscuro, y acto seguido comenzó a extender una densa capa de maquillaje claro sobre sus facciones…

La radio sonó cuando el hermoso y juvenil rostro de la espía comenzaba a adquirir aspecto de más edad.

—¿Sí? —Atendió la llamada en el acto.

—Ultimas noticias; por eso la he hecho esperar un poco, pues quería asegurarme… Adivine quién se ha reunido con Jacob en «La bruja y el duende».

—Mmm… ¿El relojero?

Se oyó el bufido de Simón.

—¿Cómo demonios ha podido saberlo? —masculló.

—No lo he sabido —sonrió secamente Baby—: ha sido una de mis intuiciones. Simón: pase lo que pase no quiero que pierdan de vista ni a Jacob ni a Pedro Barea Soto.

* * *

—Entonces —murmuró Pedro Barea Soto—… ¿qué podemos hacer ahora?

Sentado frente a él en una mesa próxima al rincón de la taberna «La bruja y el duende», Jacob bebió otro trago de vino tinto, y movió la cabeza.

—La cosa está bastante difícil, después de todo lo sucedido. Contamos todavía con mi enlace dentro de la Chamseddin, pero ya están en plena alerta, y a partir de ahora va a ser muy difícil sorprenderlos en cualquier sentido. Cazaron al torpe de Zayed, parecía como si estuviesen esperando a los hombres que envié a Malasol para eliminar a Abul Hossn…

—¿Qué habríamos ganado eliminando a ese monstruo? —Gruñó Barea, cortando un trozo de calamar a la plancha.

Jacob frunció el ceño. Tras él se oía el intenso rumor de los

demás clientes de la taberna, que estaba prácticamente atestada. De pie ante el mostrador se pedía vino, sardinas, calamares, pinchitos morunos, cerveza, *whisky*… De todo. Un grupo de extranjeros, al parecer alemanes, lo estaban pasando divinamente en aquel lugar tan típicamente español, tan *typical spanish*, en el que muy pronto, en el tablao del fondo comenzarían las atracciones folklóricas. Uno de los alemanes ya estaba gritando, lleno de vino: ¡olé, olé, olé!, y los malagueños que tomaban su copita en el mostrador lo miraban con no poca guasa. Había humo para llenar un portaaviones, y se olía a sudor y a pescado frito. Increíble.

—¿Qué habríamos ganado? —murmuró—. Dejarlos sin su dirección. No nos engañemos, Abul Hossn es un cerebro privilegiado, Barea. Es el alma de la Chamseddin. Sin él, cundiría el desconcierto, y eso podría ser muy bien aprovechado por nosotros. Pero, ¡maldita sea!, desde que Saddam Ahmed regresó de Estados Unidos sólo hemos hecho tonterías, nada nos ha salido bien, hemos fracasado desde las cosas más sencillas hasta el atentado contra Abul Hossn. ¡Y para mayor complicación, esa americana, Brigitte Montfort!

—Es una mujer conocida en todo el mundo, muy importante —deslizó Barea, masticando calamar con ajo y perejil.

—Era.

La mirada de Barea, hasta entonces apacible, serena, saltó hacia el rostro de Jacob.

—¿Qué dice? —exclamó.

—Ya está muerta.

—¿Está loco? —Palideció Pedro Barea—. ¿La ha matado? ¿Ha matado a Brigitte Montfort?

—En estos momentos ya debe de ser cadáver.

—Malditos sean sus muertos —jadeó Barea, atragantado; el riquísimo calamar a la plancha le sabía ahora a ceniza—… ¿Cómo se le ha ocurrido semejante disparate?

—Bueno… Estuve haciéndole proposiciones, y ella las rechazó. Luego, pensé que sabía demasiadas cosas, y además dijo que iba a recurrir a la embajada americana en Madrid…, y hasta temí que avisase a la Chamseddin…

—¿Y qué mil demonios habría importado una cosa u otra?

—En la Chamseddin todavía tengo un enlace, y si ella lo hubiera

dicho, habría perdido toda fuente de información. En cuanto a la embajada americana, si Brigitte Montfort los ponía en antecedentes de mi entrevista con ella, ¿qué cree que habrían hecho? ¡Habrían movilizado a toda la maldita CIA para buscarme en Málaga!

Pedro Barea tragó por fin, dejó el tenedor y el cuchillo, y permaneció mirando fijamente a Jacob, que parecía inquieto por la actitud del relojero.

—Jacob —susurró éste de pronto—: hace más de tres años que yo estoy instalado en Málaga, a la espera de algo concreto sobre este asunto. Los de la Chamseddin han ido muy lentamente adelantando en sus proyectos, y nosotros nos hemos ido enterando de casi todo. Finalmente, hemos sabido la verdad: que están tramando algo aparte de toda esa tontería de la energía solar. Ese algo se está… cociendo en un laboratorio secreto instalado en la Nagma, y se llama, según los informes que le han estado facilitando a usted, Noau. Así que estamos llegando a la cúspide del trabajo, es decir, al objetivo. El objetivo se llama Noau, pero sólo sabemos su nombre, no tenemos ni la más remota idea de qué puede ser…, salvo que, lógicamente, debe de ser algo que no favorecerá en absoluto a los judíos. Previendo siempre esta clase de actividades por parte de los árabes, yo fui designado por el grupo que usted sabe para atender la trayectoria de la Chamseddin. Y eso he estado haciendo durante tres largos y aburridos años. Ahora, cuando todo parece que se va concretando, usted mete la pata hasta el pescuezo.

—He estado tratando de hacerlo del mejor modo posible —replicó Jacob, lívido.

—Bueno, no voy a dudar eso. Pero sus últimas decisiones han sido desastrosas. ¡Matar a esa chica americana! ¡En menudo lío se ha metido usted! ¿Acaso cree que ahora no va a intervenir la CIA?

—Sí, pero irán a ciegas, porque ella no habrá podido decir nada a su embajada en Madrid.

—Ya. ¡Es usted un idiota! ¿Cree que la Chamseddin no se las arreglará para informar a la CIA respecto a quién ha sido el instigador del asesinato de Brigitte Montfort?

Jacob quedó más lívido, si era posible.

—No había… pensado en eso…

—¿De veras? —masculló Barea, sarcástico, y regresando su atención a los calamares—. Mire, ha complicado usted tanto las

cosas que ya sólo podemos hacer una… ¿Puede decirme cuál?

—Pues… Bueno, supongo que… pasar directamente al ataque, ir a por nuestro objetivo con todos los efectivos.

—Exactamente. Un ataque directo y total. De modo que lo primero que va a hacer usted es ver si todavía puede evitar la muerte de esa chica americana, cosa que no parece posible, ¿verdad?

—Temo que no.

—Entonces, vea si puede hacerse con el cadáver, para que desaparezca. Eso nos dará tiempo para que prepare a todos nuestros hombres y proceda a ese asalto definitivo en busca del Noau y la eliminación de una vez por todas de Abul Hossn y la Chamseddin. ¿Está todo lo bastante claro para usted?

—Sí… Sí. Bien, puedo… ocuparme de eso ahora mismo… Al menos, de lo del cadáver de Brigitte Montfort.

—Hágalo. Luego, prepare su plan de acción para ese asalto. Y antes de llevarlo a cabo quiero que me lo consulte. Y ahora, vaya a ver si puede detener a sus matarifes.

—Sí, voy a…

—¿Puedo sentarme con ustedes? —Oyeron la voz cascada, en nítido español.

Capítulo XII

Los dos hombres miraron vivamente hacia la persona que había interrumpido su conversación. Era una anciana de blancos cabellos y negro vestido. Llevaba lentes de cristales redondos, y lucía una sonrisa de lo más simpática y trasnochada. Encajaba allí lo mismo que una flor en un mazo de cigarros, es decir, nada. Y no por ser de avanzada edad, sino por su conservadora indumentaria, más que pasada de moda. ¿Consecuencia de esto? Lógica: todos los clientes de «La bruja y el duende» habían reparado en su presencia, y la contemplaban socarronamente.

Lo que era tanto como fijarse también en los dos hombres.

—La mesa está ocupada, señora —dijo Jacob, casi de mal talante.

La anciana dama sonrió amistosamente.

—Es que tengo estropeado mi reloj, y pensé que don Pedro podría arreglármelo.

Jacob se quedó mirándola estupefacto. Pedro Barea Soto entornó los párpados…, mientras sentía como si un dedo frío estuviese deslizándose por su espalda.

—¿Me conoce usted, señora? —musitó.

—¿Qué dice? —Se inclinó ella—. ¡Con este ruido no se oye nada!

Barea se pasó la lengua por los labios.

—¿Me conoce usted? —repitió—. ¿Nos conocemos?

—Oh, bueno —dijo la anciana—, físicamente, no, hasta ahora. Pero entre las personas como nosotros siempre existe algo así como una… telepatía existencial. Quiero decir que sin conocerle a usted personalmente sé que existen personas como usted. El hecho de que tenga cincuenta años, que sea alto, gordo… y un poco narigudo, como si por ejemplo fuese usted judío, bien poco importa. ¿Es usted de ascendencia judía, señor Barea?

Los dos hombres estaban pálidos, ahora.

—¿Quién es usted? —preguntó Barea.

—¿Qué? —Se llevó una mano a una oreja la anciana.

—¡Que quién es usted!

—Ah… Soy Carolina Vargas, y aunque ustedes me vean ahora vieja y caduca, en mis tiempos juveniles fui tan hermosa que hasta llegue a ser la amante de un marqués andaluz. Era un hombre muy cortés, amable y educado: siempre me pedía que me sentara.

—Por favor, siéntese —pidió Barea.

Carolina Vargas se sentó. Jacob la estaba mirando como si tuviera la pretensión de leer sus pensamientos.

—Gracias —dijo Carolina—… Espero no haber interrumpido su cena. ¡Cuánta gente hay aquí! ¡Y cuánto humo! No se puede decir que sea un ambiente muy sano para dedicarse a comer. ¿Qué está comiendo usted, don Pedro?

—Calamares a la plancha. Me gustaría invitarla.

—¡Oh, sí! Se lo agradecería mucho. No es que tenga mucho apetito, pero me gusta su aspecto. Y también me comería un par de sardinas. No crean ustedes que soy una gorrona. Es sólo que no he tenido tiempo de cenar, porque estuve ocupada impidiendo un asesinato.

Jacob estaba demudado.

Barea volvió a pasarse la lengua por los labios.

—Eso es muy interesante —comentó—. ¿Qué asesinato?

—El de una chica americana llamada Brigitte Montfort. Por fortuna, llegué a tiempo.

—Nos alegramos mucho de ello.

—¿De veras? Bueno, más me alegro yo. La señorita Montfort ha gozado siempre de mis mayores simpatías y afecto. Habría sido un terrible disgusto para mí que Rubén y Simeón la hubieran matado. ¡Me habría enfadado muchísimo!

Los oscuros ojos de la anciana y charlatana Carolina Vargas iban de uno a otro hombre, aparentemente con expresión humorística. Pero allá, en el fondo de las pupilas, Pedro Barea Soto supo ver la verdad.

—Le aseguro que todo fue debido a un lamentable error… de estrategia —murmuró—, y que nos alegramos de que la señorita Montfort esté viva.

—Yo también me alegro mucho. ¿Lo celebramos? También me gustaría beber un poco de vino. ¿Cuál me aconsejan, con los calamares?

—Si me perdona un momento —dijo Barea— iré al mostrador a encargar su cena. Estoy seguro de que mi elección la satisfará.

—¡Estupendo! Ah, señor Barea, antes de que se aleje usted de la mesa quiero decirle algo: si intenta marcharse de este local, mis Simones lo matarán. Hay varios por aquí.

Pedro Barea sintió como un mareo, casi náuseas de pánico.

—¿Es usted la agente Baby? —jadeó.

—Sí. ¿Le interesa una conversación conmigo?

—Más bien creo que… me conviene, ¿verdad?

—Para su posible supervivencia, sí. Estoy esperando esos calamares, don Pedro.

Barea se alejó hacia el mostrador, buscando con la mirada a los agentes de la CIA. No conocía a ninguno personalmente, pero su mirada se cruzó con las de dos hombres que, de pie ante el mostrador, le miraban fríamente. En la puerta vio a otro, alto y rubio, que le contemplaba a través del humo del cigarrillo que colgaba de sus labios. Podía parecer uno de los alemanes del grupo, pero él sabía que no lo era. ¡Maldito Jacob!

En la mesa, Jacob estaba mirando las manos de la anciana Carolina Vargas, ocupadas en encender un cigarrillo. Carolina miró con escalofriante amabilidad a Jacob.

—Aparte de ser usted un criminal —dijo de pronto, suavemente —, es usted de la clase de aventurero que siempre resulta un advenedizo entre gentes de categoría. Por suerte, parece que don Pedro es más consecuente. Y está muy bien informado de la existencia de auténticas personalidades en el mundo del espionaje. En estos momentos está pensando en las pocas probabilidades de supervivencia que tiene, habida cuenta de la intervención de Baby en el asunto. ¿Sabe, Jacob?: no me ha gustado nada su decisión de matar a Brigitte. Es más que posible que eso le traiga sinsabores a usted.

—Habla usted mucho —susurró Jacob—… Como ella.

—A las mujeres nos gusta hablar, según dicen. Lo que no es tan extraordinario, después de todo. Una conversación amena e interesante siempre pone de relieve el gran nivel mental de los

interlocutores. ¿No está de acuerdo?

Jacob no contestó.

Barea regresó a la mesa.

—Enseguida le traerán su cena —dijo—. Escuche, Baby…

—No. Ustedes van a escucharme a mí. Y van a contestar a mis preguntas. Formularé la primera: ¿por qué el Mossad tiene tanto empeño en destruir la Chamseddin?

—Sabemos que están tramando algo fuerte contra los judíos.

—¿El Noau?

—Sí.

Carolina Vargas asintió con un gesto.

—Podría ser. En definitiva, usted admite ser un agente… digamos de destacada importancia dentro del Mossad. ¿Es así?

—Sí, es así.

—Muy bien. ¿Le parece que hay alguna probabilidad de que Abul Hossn sea a su vez un agente de destacada importancia dentro de cualquier servicio secreto árabe?

—Podría ser, pero no estoy seguro de eso. Aunque yo no diría que pertenece a un servicio secreto árabe, sino posiblemente a una agrupación de varias facciones de diversos servicios, que ha tomado el nombre de Chamseddin.

—Muy probable. ¿Cuánto hace que está en funcionamiento la Chamseddin?

—Tres años y medio, aproximadamente.

—¿Y desde el primer momento se dedicaron a lo de la energía solar?

—Sí. Pero yo sé que hay en la Nagma un chalé destinado a laboratorio para la consecución del Noau.

—¡Dichoso Noau…! La verdad es que si realmente se trata de algo… nocivo en general para seres humanos, sean cuales sean éstos, el Noau no merece en absoluto mi aprobación. Usted tiene mucho empeño en conseguirlo, de todos modos, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Con qué fin?

—¡Destruirlo, naturalmente!

Carolina Vargas se quedó mirando fijamente a los ojos a Pedro Barea Soto. De nuevo asintió con un gesto.

—Según parece —murmuró— eso podría convertirnos en

aliados.

—Me gustaría —se animó Barea.

—Lo comprendo. ¿Suele usted permanecer digamos habitualmente en la relojería de la calle Campillo?

Jacob respingó, pero Barea ya no se sorprendía por nada, tratándose de Baby.

—Sí.

—¿Dispone usted allí de radio, quizás, o de cualquier sistema de comunicación con otros grupos del Mossad?

—Claro que no. Mi grupo está desvinculado de las actividades corrientes del Mossad.

—Entiendo. Una misión especial para un agente especial.

—En efecto.

—Sin embargo, en Tel Aviv sí deben de tener noticia de su labor aquí.

—Naturalmente.

—Naturalmente. ¿De cuántos hombres podría usted disponer digamos para un momento de apuro?

—¿Qué le parece a usted los restantes hijos de Jacob? —preguntó éste abruptamente.

—¿Diez hombres nada más? —Le miró con fría sonrisa la anciana—. Pocos, para tomar por asalto la urbanización de Abul Hossn. ¿No era eso lo que estaban tramando?

—¡No tenemos por qué darle a usted…! —empezó Jacob.

—Cállese —gruñó Barea; y miró de nuevo a Brigitte—. Sí, de eso estábamos hablando.

—Olvídenlo. Yo les voy a hacer a ustedes un trato mucho mejor. Pero las cosas se harán a mi manera, y sólo en caso de dificultades uniremos nuestras fuerzas.

—¿Qué propone exactamente?

—Se lo diré. Quiero que reúnan ustedes a todos sus hombres y que los concentren en la relojería. Ustedes dos también estarán allí, esperando mis instrucciones si llego a necesitarlos. El contacto se realizará por medio de esta radio —Carolina Vargas empujó un pequeño paquete hacia Pedro Barea— que le mantendrá en comunicación constante conmigo. Ahora bien, si no les llamo en ningún momento, si no llego a necesitarlos, ustedes permanecerán en la relojería, sin salir de ella para nada. ¿Me he explicado?

—Desde luego. Pero no sé si me gusta, la verdad.

—Si no le gusta, podemos empezar las hostilidades ahora mismo —dijo secamente Carolina Vargas—. Pero antes de que tome una decisión al respecto, le diré por qué quiero tener reunidos y a buen recaudo a sus hombres: no me fío de Jacob, es demasiado estúpido y expeditivo, y podría organizar un enfrentamiento que ocasionaría muchas bajas. Quiero que olviden eso. Yo iré a por el Noau.

—¿Usted? —Respingó Barea.

—Yo. Una vez esté el Noau o sus fórmulas en mi poder, lo haré analizar, y si es algo peligroso para cualquiera, será destruido en presencia de usted.

—¿Yo tendré en mis manos el Noau, sea lo que sea, y usted me dirá lo que es exactamente?

—Sí.

—Acepto.

—En ese caso, no hay nada más que hablar.

Pedro Barea y Jacob cambiaron una mirada, y luego miraron a la anciana, que, de pronto, parecía haberlos olvidado. Titubeante, Barea se puso en pie, y murmuro:

—Bien… Buenas noches…

—Buenas noches. No se olvide de pagar mi cena.

—No… No.

—Muchas gracias.

Jacob también se puso en pie, y se alejó sin pronunciar una sola palabra. En el mostrador, Pedro Barea pagó la cena de Carolina Vargas, que precisamente iban a llevar en aquel momento a la mesa.

Y apenas había empezado Carolina Vargas a cortar un trozo de calamar cuando el sujeto rubio que había estado en la puerta del local fue a sentarse ante ella.

—Parece que han aceptado.

—Así es. Simón: quiero que todos los hombres que se reúnan en la relojería se queden allí como… como sardinas en lata, sin que puedan salir en ningún momento. ¿Tenemos suficiente personal para ejercer esa vigilancia de presión?

—No se preocupe por eso. Pero me preocupa que el Mossad se dé cuenta. Aunque nuestras relaciones no son malas…

—El Mossad no sabe nada de todo esto. Quiero decir, los agentes

que el Mossad pueda tener por aquí. Pedro Barea está dirigiendo una célula independiente con una misión específica, dependiente única y directamente de Tel Aviv.

—Ah, ¿de veras?

—¿Por qué no? —Lo miró sonriente la anciana—. Yo también suelo trabajar así. ¡Caramba, están riquísimos estos calamares!

—Ya lo sé —gruñó el agente de la CIA—, pero me revienta que la hayan invitado ellos.

La anciana se echó a reír, mostrando unos dientes blancos y perfectos.

—No es mucho, para pagar los servicios extraordinarios de Baby, ¿verdad? —exclamó.

—¡La van a oír! —se alarmó el agente americano.

—¿Quiénes?

—¡Toda esta gente!

—Bueno, ¿qué más da? Todo lo que pensarían, probablemente, es que una vieja rica intentaba conquistar a un jovencito guapo y que le llamaba con el cariñoso apelativo de Baby. ¿Qué tendría eso de malo?

—¿Sabe una cosa? —sonrió Simón—. ¡Lo estoy pasando estupendamente desde que usted nos ha movilizado!

—Sí, tengo esa cualidad: soy simpática.

—¡Puede jurarlo! —rió Simón.

—Aunque no siempre. O mejor dicho, no con todo el mundo. No sé por qué, me temo que cuando esto termine no le seré muy simpática a Abul Hossn, o a Pedro Barea… O a los dos.

—¿Qué quiere decir? La verdad y la razón sólo pueden estar de una parte.

—O de las dos. O de ninguna.

—Bueno, ¿qué más da? Lo segurísimo es que siempre estará de parte de usted.

—Eso intento. ¿Cree que habrán revelado ya la película?

—Bueno, démosles un poco más de tiempo. Termine de cenar y luego saldremos hacia el chalé de Benalmádena donde está el laboratorio. Todavía no me ha dicho cómo consiguió sacar usted el estuche con las fotografías de El Generalife. Me dijo que la cámara la había dejado escondida en el depósito del inodoro, pero no cómo sacó de allí las fotografías que había tomado Zayed. ¿Cómo lo hizo?

—Esas cosas no se le preguntan a una dama, Simón.

—Bueno, es curiosidad profesional, compréndalo. Por si algún día tengo que recurrir al mismo truco para pasar alguna cosa de un sitio a otro sin temor a que me la encuentren por mucho que me registren.

—Me parece que tendría usted dificultades: nuestras anatomías son diferentes. Quiero decir que juzgo completamente imposible que tenga usted en su cuerpo el mismo escondite que yo.

—Oh, quizá podría… ¡Ah! ¡Oh, demonios! —El agente norteamericano se sonrojó de pronto—. ¡No irá a decirme que tuvo escondido el estuche con las fotos en… dentro de… o sea…!

—Justamente ahí —rió Carolina Vargas—. Cabía esperar que los de la Chamseddin, puestos a desconfiar de mí, no llevasen su descortesía hasta el extremo de registrarme ese lugar.

—Caray… ¡Caray!

—Ser mujer también tiene sus ventajas. Mire, Simón, si me ayuda usted a terminar con este plato de pescado y esta botella de vino, antes estaremos listos para ir a ese chalé de Benalmádena…

* * *

El chalé que ocasionalmente utilizaba la CIA para trabajos fotográficos estaba tierra adentro, interponiendo el núcleo urbano entre aquél y el mar. Era un sitio poco frecuentado incluso de noche, pues la mayoría de turistas preferían los lugares de diversión próximos al mar.

Cuando Carolina Vargas y Simón llegaron, la película tomada por Zayed en el laboratorio instalado por la Chamseddin en la urbanización Nagma ya había sido revelado, y un juego de copias terminaban de secarse. Los dos hombres que se habían encargado de este trabajo condujeron a Simón y Baby al cuarto donde las copias colgadas podían verse ya perfectamente.

—Son fórmulas químicas —dijo uno de ellos.

—¿De qué?

—No tenemos ni idea. La verdad es que en cuanto hemos visto que se trataba de esa clase de cosas no nos hemos interesado por ello, pues no estamos preparados para esta clase de trabajos.

La anciana se dedicó a mirar las fotos, en silencio. En efecto,

todo lo que Zayed había fotografiado eran fórmulas químicas, con lo que la espía internacional se encontró más o menos en las mismas condiciones que los dos especialistas fotógrafos.

—¿Tenemos a alguien que pueda ayudarnos en esto, Simón?

—En Málaga, no. Pero sí en Madrid.

—Que venga. En helicóptero. Enseguida.

—Podemos enviar un helicóptero desde la base de Rota… No, mejor desde Torrejón. Puedo llamar a nuestro hombre a Madrid, decirle que se presente en Torrejón inmediatamente, donde le estarán esperando con un helicóptero preparado. En total, la operación durará unas cuatro horas.

—Póngala en marcha.

—*Okay*. ¡Esperemos que haya suerte, y que encontremos a nuestro hombre en Madrid!

* * *

Hubo suerte.

Suerte auténtica, porque si bien el químico en cuestión se hallaba en Madrid, había salido a cenar fuera de casa. Un rastreo relámpago lo localizó cenando con unos amigos españoles en Casa Paco. Para entonces, eran las once de la noche. Casi a las doce, el químico despegaba de la base de Torrejón, en un veloz helicóptero que recorrió los cuatrocientos teóricos kilómetros en línea recta en poco más de dos horas.

A las dos y media, el hombre que había estado cenando apaciblemente en Madrid se encontraba frente a Carolina Vargas, mirándola con gran curiosidad. Todavía resonaba en sus oídos el rugir del helicóptero, que esperaba cerca del chale.

—Siento haberle estropeado la cena —sonrió Carolina.

—¿De veras es usted Baby? ¡La creía más joven! Y muy bonita. Bueno, siempre que he oído hablar de usted…

Se interrumpió.

Los agentes de la CIA reían contenidamente. La anciana se limitaba a sonreír. Tomó de un brazo al químico, y lo llevó a la mesita donde las fotografías, ya completamente secas, estaban expuestas por el orden en que aparecían en la película tomada por Zayed.

—¿He dicho algo gracioso? —Se mosqueó el hombre.

—Relativamente. Voy disfrazada, querido amigo. Pero tiene usted razón: en realidad soy muy joven y muy bonita. ¿No es cierto, muchachos?

Hubo más risas. El químico, a una seña de Carolina, se sentó ante las fotografías. La anciana quedó en pie junto a él, observándole con la misma expectación que los demás agentes de la CIA Durante cinco minutos, reinó el silencio. Por fin, el químico alzó la cabeza.

—Tengo la impresión —murmuró— de que la serie no está completa.

—No, no lo está —admitió Baby—, pero pensamos que con esto tendría usted suficiente para decirnos de qué se trata. Sea lo que sea, recibe el nombre de Noau.

—Noau… ¡Ah, Noau!

—¿Sabe algo de eso? —se animó Brigitte.

—No, no… Pero hay un detalle curioso, no sé si lo habrán observado: el símbolo químico del oro se repite constantemente en todas las fórmulas.

Varían muchas fórmulas, pero hay una constante: la del oro. Supongo que sí saben todos ustedes que el símbolo del oro es AU, de aurum.

—¿Quiere decir que el nombre podría ser también Noaurum?

—Bueno… En realidad, es lo mismo decir Noau que Noaurum.

—¿Qué le sugieren a usted los demás símbolos químicos? ¿De qué son?

—Son compuestos que desconozco. Tendría que estudiarlos más a fondo. Parece como si hubiera… mezclas de gases y ácidos.

—¿Gases y ácidos? ¿Mortales?

—¿Mortales?

—Para el ser humano.

—¡Ah! No, no… ¡Desde luego que no! Bueno, no en el sentido que usted parece darle. Es claro que estos gases y ácidos son perjudiciales en diferentes aspectos, ya que pueden producir varias clases de trastornos, quemaduras…, pero mortales, no. No. Seguro.

—Entonces, veamos… Lo que estamos llamando Noau, y que daría lo mismo que llamásemos Noaurum… ¿está relacionado con el oro?

—Eso casi lo juraría, ya que la fórmula del oro es una constante en todas las combinaciones.

—Así pues, el Noau también podría ser llamado… «No Oro». ¿Está de acuerdo?

—Sí, completamente. «No oro». Es lo mismo que decir Noau y Noaurum…, a menos, claro está, que la partícula «No» esté referida a algo diferente a la negación vulgar no.

—¿O sea, que «No» podría ser un símbolo químico?

—Yo no lo conozco. Para mí, «No» es simplemente no, una negativa; en términos químicos no le encuentro significado alguno…, de momento.

—¿Cuánto tiempo necesitaría usted para obtener alguna conclusión sobre estas fórmulas?

—Imposible saberlo. Quizá me bastaría una hora, quizá necesitaría un mes. No lo sé, francamente. Son unas combinaciones que jamás he manejado. Diría que no tienen sentido.

La anciana aseguró:

—Han de tenerlo.

—Supongo que sí, pero insisto en que no puedo darle más detalles, de momento. ¿Quieren que me dedique a ello en serio? Puedo volver a Madrid con estas fotografías, y en el laboratorio…

—No. ¿Está seguro de que estas fórmulas no tienen nada que ver con… cualquier clase de preparado químico nocivo para… masas humanas?

—Ya he contestado antes a eso —farfulló el químico.

—Bien… De acuerdo. Le agradecería mucho que continuara usted estudiando todo eso, pero sin salir de aquí. Haga lo que pueda, simplemente.

—No será mucho.

—Lo que pueda. Pero quizá tenga que esperar un poco. —La anciana se volvió hacia los dos expertos en fotografía—… ¿Podríamos fotografiar estas fotografías, utilizando la misma clase de película y una cámara como la que se ha utilizado originariamente?

—Lo que usted quiere —sonrió uno de los fotógrafos— es obtener una película que parezca la original, ¿no es eso?

—Sí.

—Puede hacerse. Claro, tendremos que buscar la cámara que…

—Háganlo. ¿Pueden tenerlo para las ocho de la mañana?

—Desde luego, si identificamos la cámara, cosa que no va a ser difícil, en mi opinión.

—Espléndido. Voy a descansar unas horas. Llámenme si ocurre cualquier novedad. De no ser así, me despertaré a las siete de la mañana…

Capítulo XIII

Los vigilantes de Nagma no permitieron que el taxi en el que había llegado la señorita Montfort entrase en la urbanización, de modo que ésta tuvo que despedirlo en la entrada. Pero, tan sólo cinco minutos más tarde, un automóvil llegaba procedente del centro de Nagma, y la señorita Montfort fue cómodamente trasladada hacia su objetivo final: El Generalife.

El primero en acudir a su encuentro fue Saddam Ahmed, que parecía más satisfecho que sorprendido.

—¡Ah, señorita Montfort…! ¡La hacíamos ya camino de Estados Unidos!

—Sigo aquí, ya ve —sonrió la divina espía—… Quisiera que dispusiera usted lo necesario para que me llevasen a Malasol, Saddam. ¿Puede hacerlo?

—Sin duda, pero… ¿qué ocurre? ¿Por qué quiere usted ir allá?

—Tengo que hablar con Abul Hossn.

—En ese caso, no debe molestarse: Abul Hossn regresó anoche a El Generalife. Dadas las circunstancias, todos estuvimos de acuerdo en que aquí estaría más protegido de posibles nuevos atentados. El hombre herido nos dijo que habían llegado para matarlo. Y dijo también algo verdaderamente curioso: que dispararon contra ellos mientras se acercaban a la casa. Quiero decir que, según ese hombre, fuimos nosotros quienes iniciamos el fuego…, cuando nos consta que no fue así.

—No entiendo nada de todo eso…, pero tampoco importa. He venido porque tengo algo que quiero entregar a Abul Hossn. ¡Y no me diga que todavía está durmiendo a las diez de la mañana!

—Para usted todos estamos dispuestos en cualquier momento. —Ahmed señaló hacia el palacete, y echaron a andar, por un lado de la acequia florida—… ¿Qué trae usted para el Padre de la Belleza?

—Me parece que es una película, o al menos un rollo de

fotografías.

Saddam Ahmed se detuvo, y se quedo mirando atónito a Brigitte Montfort. Todavía no había reaccionado cuando apareció Manssur Al Basri acercándose presurosamente, y espantando algunos pajarillos. La indumentaria de Al Basri, con todo y ser normalísima, sorprendió a Brigitte: se trataba de un chándal de color crema.

—Señorita Montfort —saludó efusivamente—, espero que no haya tenido usted ningún percance que…

—Ha venido para entregar un rollo de fotografías a Abul Hossn —dijo rápidamente Ahmed.

Al Basri también quedó evidentemente sorprendido.

—¿Un rollo de fotografías? —Alzó las cejas, tras el instante de sorpresa—. ¿Qué clase de fotografías?

—No tengo ni la menor idea —explicó Brigitte—. Lo encontré esta mañana en una de mis maletas. Desde luego, no es mío, así que pensé… Bueno, quizá me haya pasado de lista, pero pensé que alguien lo había puesto allí.

—Es verdaderamente interesante. ¿Quién pudo ponerlo?

—He pensado que pudo ser aquel hombre que encontré muerto en mi cuarto de baño. Está usted un poco acalorado, Manssur.

Éste sonrió.

—Estaba haciendo un poco de *footing* por las avenidas cuando me han avisado de su llegada. Y aunque sabía que Saddam la atendería como yo mismo, he querido venir a verla antes de ducharme. Respecto a ese rollo de fotografías…, ¿sabe que no ha dicho usted ninguna tontería?

—No suelo decir tonterías —sonrió Brigitte—. Todo lo más, podría haber obtenido conclusiones equivocadas.

—Sí, sí, sí. En realidad, sabíamos que Zayed, el hombre que encontramos muerto en su cuarto de baño, había tomado unas fotografías en uno de los chalés. Precisamente, mientras nosotros estábamos en Malasol mis hombres encontraron la cámara fotográfica… ¿Dónde diría usted que estaba?

—¿Quiere decir que estaba escondida?

—Ah, sí, se entiende, claro. ¿Dónde diría usted?

—No se me ocurre.

—Pues estaba dentro del depósito del inodoro del cuarto de baño. Nos estábamos preguntando dónde estaría el rollo de

película… ¡Y usted lo ha encontrado!

—Ha sido por casualidad. Estaba arreglando el contenido de mis maletas, pensando que podría regresar pronto a Nueva York, y de repente vi el estuche, entre unas cuantas prendas de ropa. Al poco, caí en la cuenta de que quien lo había puesto allí no podía ser otro que Zayed, pues si ustedes hubieran colocado eso en mi equipaje me lo habrían advertido, ¿no es así?

—Sin la menor duda. Venga, por favor. Abul Hossn hace ya mucho rato que está despierto, y naturalmente la recibirá en el acto. ¿Trae usted el rollo en su maletín?

—En efecto —alzó un poco Brigitte su maletín rojo con florecillas azules—. He dejado el resto de mis cosas en el hotel, pues supongo que esto no va a retrasar mi regreso a casa.

—Claro que no.

Subieron por una escalera situada bajo la galería, y adornada con azulejos. Aparecieron en la galería, y desde allí, Manssur Al Basri y Saddam Ahmed acompañaron a Brigitte por un amplio pasillo hasta un enorme aposento. Desde la entrada, Brigitte vio la enorme mole de Abul Hossn, que se hallaba solo en la estancia, de pie ante uno de los arcos que daban al interior de la urbanización, mirando en esa dirección. Como la vez anterior, llevaba solamente unos bombachos. Se volvió al oír su llegada, y en la penumbra destacó la blancura insólita de su ojo ciego.

—¿Está usted bien, Anis Al-Dialis? —se interesó inmediatamente.

—Sí, muy bien, gracias. Y me alegra comprobar que también lo está usted, Abul Hossn.

—Mis queridos amigos saben cuidarme perfectamente. De todos modos, por motivos de máxima seguridad decidí abandonar momentáneamente la clínica. ¿Recuerda usted a mis bellas, jóvenes y rubias acompañantes?

—Sí. ¿Dónde están?

Abul Hossn iba a contestar, pero Manssur Al Basri se le adelantó, hablando a toda prisa en árabe. El Padre de la Belleza escuchó a Manssur con gesto inescrutable, sin alterarse en absoluto. Por fin, asintió con un gesto, y su ojo exóticamente azul, se desvió de nuevo hacia Brigitte.

—Me dice Manssur que trae usted unas fotografías para

nosotros, Anis Al-Dialis.

—Sólo un rollo de película. Lo encontré en…

—Manssur me lo ha explicado. Y todo parece tener sentido por fin. Estábamos muy preocupados precisamente por culpa de esas fotografías. ¿Puede entregarme la película?

—A eso he venido.

Brigitte sacó del maletín el estuche con el negativo, y lo tendió a Abul Hossn, que lo tomó con dos enormes dedos y se quedó mirándolo.

—¿No se le ha ocurrido a usted revelar esta película? —preguntó.

—Llegué a pensarlo, pero preferí que se encargaran ustedes de ello. ¿Qué creen que fotografió Zayed? Porque a mí no se me ocurre que haya por aquí nada especial que fotografiar. Bueno, a no ser los paneles para la obtención de energía solar, y eso me parecería una tontería.

—En según qué ocasiones puede ser muy interesante —dijo Abul Hossn—. Venga, acérquese, Anis Al-Dialis. Y aunque creo que su vista es excelente le irá mejor utilizando estos prismáticos.

Del alféizar de piedra Abul Hossn tomó unos prismáticos, que entregó a Brigitte, la cual los tomó, desconcertada.

—¿Debo mirar algo determinado? —preguntó.

—Sí. Por favor, eche una mirada hacia el chalé en el que no pudo entrar usted. ¿Lo recuerda?

—Claro que sí.

Abul Hossn hizo un amplio ademán hacia el exterior. Brigitte se acercó más a la arcada, y enfocó los prismáticos hacia el chalé en cuestión.

En el acto, su atención se centró en el tejado, donde estaban las placas solares.

Ahora había algo más.

Algo insólito.

Encima de las placas solares, completamente desnudas, había una gran cantidad de mujeres que parecían mariposas puestas a secar al sol. Todas ellas estaban atadas de pies y manos, formando sus cuerpos una X. Las cuerdas que las sujetaban a pernos y montantes estaban tensas. Brigitte contó rápidamente a las doce jovencitas rubias de la clínica Malasol, pero, además, había otras

mujeres, variadas… Entre ellas distinguió muy pronto a las que habían estado a su servicio, Zaida y Fidda. Todas desnudas, todas expuestas al sol que, de momento, era soportable. Pero en cuanto llegase el mediodía, y desde entonces hasta el anochecer, sus rayos no serían precisamente acariciadores.

Brigitte bajó los prismáticos, y se volvió a mirar a su gordísimo anfitrión.

—¿Qué… significa eso? —murmuró.

—Pensando por nuestra cuenta hemos llegado a la conclusión de que, en efecto, Zayed tuvo que entregar la película a alguien, ya que no aparecía en parte alguna, y en cambio sí había aparecido la cámara. Luego, también nos dio que pensar el extraño comportamiento de los agresores de la clínica, poniéndose a disparar estúpidamente mientras todos dormíamos, o, al menos, todavía nadie se había percatado de la… visita. En otras palabras: estábamos desconcertados. Pero finalmente, tuvimos que pensar que, de un modo u otro, alguien estaba de parte de Zayed aquí, en El Generalife; alguien que se bahía hecho cargo de la película. Considerando que las mujeres que tenemos por aquí son en su mayoría mercenarias del sexo, desconfiamos de ellas. Y puestos a desconfiar de las mujeres, desconfiamos también de nuestras propias servidoras. Y puestos a desconfiar, decidimos desconfiar de todas, incluso de las de la clínica, habida cuenta de la extraña cosa que sucedió allí. De modo que las hemos puesto a todas en una situación… de privilegio.

—¿De privilegio? ¡Van a morir abrasadas si no las retiran de ahí!

—Es posible. O cuando menos, de una insolación. Pero nosotros queríamos saber cuál de ellas estuvo ayudando a Zayed, y cuál de ellas pudo hacer… un disparo en la clínica. Hasta el momento ninguna ha admitido haber hecho nada, ni haber colaborado con Zayed. Y eso es natural, tienen que resistir al máximo, ya que saben que en cuanto confiesen su traición serán… repudiadas. Sin embargo, he aquí que cuando estamos esperando que alguna de ellas confiese su participación en todo esto en favor de Zayed y por tanto de Jacob, aparece usted con la película, y todo queda aclarado. O casi todo.

—¡Claro que está aclarado! Y ahora, ordene que suelten en el acto a esas pobres muchachas… Además, aunque una de ellas fuese

culpable de algo, ¿qué culpa tendrían las demás?

—Bueno, todo son sistemas de… persuasión. La culpable habría terminado por confesar, claro está, antes de asarse en vida bajo el magnífico sol de Alá. Sólo que, ahora lo sabemos, no existe tal culpable, tal traidora entre nuestro personal de diversión. Digamos que la traición ha llegado del exterior.

—¿Qué quiere decir?

—Estoy seguro de que lo entenderá usted enseguida: antes de enviarle su equipaje al Hotel Gaviota, fue registrado concienzudamente por mis hombres dirigidos aquí por Manssur. No se hizo porque Manssur desconfiara de usted, ¡ni por asomo, créanos!, sino precisamente pensando que Zayed podía haber escondido la película en su equipaje, entre muchos otros sitios. De modo que su equipaje fue registrado meticulosamente.

—Y no había en él ningún estuche conteniendo una película —murmuró Manssur Al Basri.

—Lo que significa —deslizó suavemente el Padre de la Belleza— que usted nos está mintiendo, querida Anis Al-Dialis: no pudo encontrar el estuche con la película en su equipaje. Entonces, nos preguntamos todos: ¿dónde lo encontró? ¿Qué es lo que está usted haciendo que nosotros no conseguimos comprender?

Los tres la miraban fijamente. Brigitte buscaba desesperadamente algo que responder, pero no lo encontraba, no hallaba ninguna respuesta que pudiera contener el menor vestigio de lógica. Abul Hossn terminó por ladear la cabeza. Su ojo azul parecía ahora de cristal.

—¿Sabe, Anis Al-Dialis, que su silencio no me gusta nada? —susurró.

—Alá nos proteja —casi gimió Manssur Al Basri—… ¿Nos ha traicionado usted, señorita Montfort? ¿A favor de quién, por qué? ¿Acaso no le hemos demostrado cumplidamente nuestra amistad, nuestro afecto…? ¿Acaso no estábamos dispuestos a convertirla en la mujer más poderosa de la Tierra? Incluso, Abul Hossn le otorgó el título de Dulce Amiga…

—La íbamos a convertir en la Dulce Amiga Poderosa de los dueños del sol —susurró Abul Hossn—…, y usted nos ha traicionado. ¿Por qué? ¿Por qué, señorita Montfort? ¿Qué ha hecho contra nosotros? ¿Qué ha estado haciendo en Málaga con esta

película?

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

—En realidad —murmuró—, Zayed pudo decirme algunas palabras antes de morir, y me habló de algo llamado Noau, y me dijo que era algo peligroso que ustedes estaban fabricando en un chalé que no está destinado propiamente a los estudios sobre la energía solar, sino que es un laboratorio dedicado a otra clase de investigaciones. Yo quise saber qué estaban ustedes fabricando, qué es el Noau.

—¿Y lo ha conseguido usted? —saltó Ahmed—. ¿Sabe ahora lo que es el Noau?

—No… Sólo sé que interviene el oro. El Aurum, o Au, en símbolo químico.

—Lo que significa que ha revelado usted la película, ¿no es así? —dijo Manssur—, Y si ha hecho tal cosa, ¿cómo puede traerla ahora convertida en negativo?

—Fotografié las copias. Escuchen, no tengo nada contra ustedes, y menos todavía contra los árabes en general… Ustedes han leído artículos míos, saben que no soy racista en modo alguno; ni tan siquiera soy partidaria de ningún sistema político o social establecido. No tengo nada contra ustedes…, pero quería saber en qué me estaban involucrando.

—Se lo habríamos dicho más adelante —dijo Abul Hossn—. Si no lo hicimos antes fue por no aturdirla ni distraerla de su cometido en Estados Unidos durante unos cuantos años que habría dedicado a instalar allí plantas de energía solar… Se lo habríamos dicho, señorita Montfort.

—¿Ya no soy Anis Al-Dialis? —sonrió levemente Brigitte.

—No… Ya no puede serlo. Me siento triste, porque estoy comprendiendo que usted sola no ha podido hacer todo eso. De modo que alguien la ha estado ayudando. La Bella ha traicionado a la Bestia… Es deprimente comprobar que una persona de su calidad también puede ser traidora. —Abul Hossn señaló hacia las mujeres expuestas al sol—. Podíamos admitirlo de cualquiera de esas mujeres, pero no de usted. ¡La teníamos en tan alto concepto, en tan gran estima! Habría sido usted, como nosotros, dueña del sol, dueña de la vida…

—Nadie puede ser dueño del sol —cortó secamente Brigitte.

—¿Eso cree usted? Bien, yo voy a demostrarle lo contrario. Pasearemos un poco… Pero antes, por favor, entregue su maletín a Saddam. Tengo la sospecha de que contiene cosas que pueden perjudicarnos. Incluyendo, por ejemplo, una pistola…, con la que usted disparó contra los israelitas que atacaron en Malasol. ¿Por qué hizo eso?

Brigitte estaba titubeando. ¿Entregar su maletín? Si hacía tal cosa estaba definitivamente perdida, jamás podría salir con vida de Nagma. Pero, cuando estaba dispuesta a jugárselo todo en aquel mismo momento abriendo su maletín para utilizar la pistola, Abul Hossn batió palmas desganadamente, y, en el acto, Brigitte notó movimiento en la puerta de la estancia. Cuando miró hacia allí, vio a cuatro vigilantes de blanca indumentaria empuñando sendas metralletas. Dos de ellos las montaron. El acero sonó con seco clac-clac.

—¿Por qué lo hizo? —insistió Abul Hossn.

—No quería que le mataran a usted. Ni a nadie. No quería que muriese nadie de ningún bando. Quise hacerles ver que habían sido vistos, para que desistieran de su ataque y se marcharan en el acto. Pero no fueron inteligentes.

—No, no lo fueron. Tenían órdenes severísimas de Jacob: debían matarme a toda costa.

—Entonces, yo le salvé a usted la vida, ¿no? —Intentó sonreír Brigitte.

—Es posible. Y eso merece una consideración por mi parte. ¿Va a entregar usted el maletín a Saddam, por favor? —Brigitte no tuvo más remedio que hacerlo, y Abul Hossn aprobó con un gesto—. Gracias… Saddam irá ahora a liberar a esas pobres mujeres del suplicio que ni siquiera había comenzado realmente. Mientras tanto, nosotros iremos al laboratorio. ¿Le interesa?

—Sí.

—Muy bien.

Poco después, Brigitte, Abul Hossn, Manssur Al Basri y los cuatro vigilantes armados de metralletas, caminaban por una avenida. El sol comenzaba a hacerse sentir. En el tejado del chalé, las pieles de las muchachas relucían con la transpiración que se extendía por todo el cuerpo.

—El Noau —comenzó a explicar Abul Hossn, caminando con el

bamboleo de un hipopótamo— puede definirse como la negación del oro. Noau significa Noaurum, es decir, No Oro. Y en definitiva, para no extendernos en prolijas explicaciones de índole técnica, digamos que la Chamseddin se ha propuesto destruir todo el oro del mundo…

—¿Destruir el oro? —exclamó Brigitte—. ¡Qué tontería!

El ojo azul de Abul Hossn la miró especulativamente.

—¿Usted cree que es una tontería? Sí, en principio puede parecerlo, pero no lo es. Nosotros, la Chamseddin, tenemos tiempo y dinero para trabajar durante años en este asunto. Así que contratamos a los mejores químicos en determinadas materias, y los trajimos aquí, con unos sueldos fabulosos. Nos hemos asegurado de su lealtad, y les facilitamos todo cuanto necesitan para que su trabajo vaya progresando. Incluso oro. Van necesitando mucho oro para los experimentos con el Noau.

—¿Experimentos que consisten en destruir el oro?

—Sí, sí, ya se lo he dicho. Hemos puesto el nombre de Noau al producto que tarde o temprano conseguiremos y que será capaz de eso. La idea es que sea un gas volátil y corrosivo, que reduzca el oro a algo así como… excrementos. Un gas de fácil dispersión, que pueda introducirse en todos los rincones de cualquier cámara de reservas de oro, y disolverlo por el simple contacto, convertirlo en excrementos. ¿Me comprende?

—Desde luego. Pero eso es irrealizable.

—Actualmente tenemos personal que está adquiriendo información sobre los principales depósitos de oro en el mundo, como puede ser, por ejemplo, el Fuerte Knox americano, el Banco de Inglaterra, los bancos suizos y libaneses… Incluso estamos trabajando en ese sentido en Rusia. De momento, en los lugares más importantes. Una vez tengamos esa información, quizá dentro de un par de años, comenzaremos a preparar los equipos de comandos, que se entrenarán durante otros dos o tres años con… maquetas de esos lugares, para asegurarse de que cumplirán su objetivo sin el menor fallo, esto es: llegar hasta un sitio desde el cual puedan lanzar las descargas del Noau con todas las garantías de que éste alcanzará el oro y lo convertirá en mierda… Puede que todo esto nos lleve diez años.

—Ya. Pero el tiempo no cuenta, ¿verdad? Ya me demostraron

que piensan así cuando me llevó Ahmed el reloj de arenas de oro a Nueva York.

—Eso fue una fineza por mi parte. Tenga en cuenta que dentro de diez años, quizá quince, quedará muy poco oro en el mundo. Nosotros, como una muestra de nuestro afecto, queríamos que usted fuese una de las pocas personas que tuviese algo de oro.

—Muy amables. Y las demás pocas personas, ¿quiénes serían? ¿La Chamseddin?

—Como es natural, nosotros conservaremos nuestro oro, pero casi se diría que por simple… curiosidad, ya que la idea central sobre la que gira todo el proyecto es desplazar definitivamente el oro como patrón-moneda en el mundo, como reserva de divisas, como índice de poder económico. Queremos que el patrón-moneda sea otro.

—¿El petróleo?

—En principio, sí. Una vez hubiéramos destruido el oro en los lugares más convenientes, el mundo se vería forzado a buscar otro representante del poder económico, y… ¿qué cosa mejor que el petróleo? El mundo no puede hoy funcionar sin energía, así que, ¿no le parece razonable que sea el petróleo el máximo representante del poder económico mundial?

—Y quienes más petróleo tienen son los árabes.

—Bueno… No lo diría de modo tan tajante. En estos momentos, sí, somos de los más fuertes en esa clase de divisa, pero como ya sabe usted, se especula con la teoría de que dentro de cincuenta años el petróleo se habrá agotado en el planeta Tierra. Durante esos cincuenta años, y ya desaparecido el oro dentro de diez o quince, la pugna por la posesión del petróleo será terrible. Incluso sabemos que los Estados Unidos, Rusia, Inglaterra, Japón y posiblemente Canadá y Australia están proyectando la puesta en marcha de prospecciones intensivas en sus suelos y en los de muchos otros países que en la actualidad no producen petróleo, o lo producen en cantidades insignificantes, como, por ejemplo, la propia España. Seguramente, encontrarán petróleo en muchos sitios, pero, de un modo u otro, dentro de cincuenta años, quizá setenta y cinco, eso habrá terminado. En cuanto a la energía nuclear, una bien estudiada serie de sabotajes de alto nivel harán tan definitivamente impopulares y peligrosas las plantas de energía atómica que se

tendrá que desistir de su instalación. Así pues… ¿qué nos quedará como fuente interminable y fabulosa de energía?

—El sol —murmuró Brigitte.

—En efecto —asintió plácidamente Abul Hossn.

—Pero el sol es de todos.

—Sólo de momento —sonrió el árabe—… Hemos llegado. Por favor, pase.

Se habían detenido ante un chalé en cuyo tejado no había nada especial. A una seña de Abul Hossn, Manssur empujó la puerta, y Brigitte entró en aquel chalé que parecía uno de los muchos corrientes que había en la urbanización.

También estaba construido para formar una sola pieza, en la que se había instalado el laboratorio. Una docena de hombres, sólo dos de ellos árabes, trabajaban en silencio. Había aparatos de toda clase, instrumentos de altísima precisión, una computadora, montones de lingotes de oro por todas partes… Uno de los árabes se acercó a Abul Hossn, cambiaron unas palabras, y el otro volvió a su trabajo.

Por lo demás, nadie les hizo el menor caso.

—Tenemos mucha paciencia —dijo Abul Hossn—, y como usted ve, aquí se trabaja en paz y con todos los medios deseables. Basta que uno de mis técnicos tenga una idea para que se le proporcionen en el acto los medios para estudiarla a fondo. Tarde o temprano, conseguiremos el Noau. ¿Quiere usted examinar algo de modo especial, tiene alguna pregunta que hacer?

—En realidad, después de todo lo que usted me ha explicado, ni siquiera era necesario venir aquí. Y mis conocimientos no alcanzan para hacer preguntas a estos hombres. Les parecería una estúpida.

—Seguramente —sonrió Abul Hossn—. De todos modos, ya que estamos aquí…

Brigitte negó con la cabeza.

—Ya he visto el oro, sé lo que están preparando, de modo que todo lo demás sobra.

—En ese caso, salgamos. Tenemos por norma no entretener a los técnicos si no es absolutamente necesario. Como le decía —Abul Hossn se encaminó hacia la puerta—, tarde o temprano conseguiremos el Noau. Y entonces, pondremos en práctica el resto del plan. Llegará un momento en que se estará utilizando el

petróleo como divisa mundial, y entonces, la Chamseddin se irá haciendo más y más fuerte. Y mientras los demás se vuelven locos buscando más petróleo, ¿qué hará la Chamseddin?

—Instalar plantas de energía solar en todo el mundo.

—Exacto. Y, poco a poco, con su divisa-petróleo irá comprando las que instalen los competidores, como sería en el caso de la carrera industrial en Estados Unidos, por ejemplo. Cuando el mundo viniera a darse cuenta, dentro de cincuenta o sesenta años, prácticamente la totalidad de las instalaciones de aprovechamiento de energía solar estaría en manos de la Chamseddin. ¿Consecuencia?

—Al parecer, pretenden ustedes dominar el mundo por medio del sol, es decir, de la energía que obtendrían de él.

Ya en el exterior de nuevo, Abul Hossn se detuvo, y giró para dar frente completo a Brigitte.

—Exactamente ése es nuestro objetivo: convertirnos en los dueños del sol, lo que nos convertiría en dueños del mundo. A partir de ese momento, una nueva Era comenzaría para la raza árabe. Una Era de esplendor como jamás se habría conocido ninguna otra…, una Era que comenzaría con el exterminio total de todos los judíos del mundo. Y llegaría el Gran Día: no quedaría en la faz del planeta un solo judío, y la Chamseddin, regidora del mundo árabe como su Gobierno Central, diseñaría un nuevo estado de vida para todos los habitantes del planeta, que estarían a disposición de la Chamseddin, dueños de vidas, pensamientos y riquezas, porque seríamos ya los dueños del sol. ¿Se le ocurre alguna pregunta ahora, señorita Montfort?

—Sí.

—La escuchamos con suma atención.

—¿Qué ganará usted con todo esto? Porque dentro de cincuenta o sesenta años, es más que posible que todos los que estamos aquí ahora hayamos muerto. Así pues, ¿qué espera usted conseguir… personalmente?

—La satisfacción de haber sido el Padre de la Belleza, generador de la nueva Era Árabe tras el Gran Día.

—¿Y el segundo profeta de Alá? —Disparó a ciegas Brigitte.

El horrendo rostro granulado de Abul Hossn perdió todo vestigio de color. Los granos parecieron más rojos, su ojo azul destelló como

una gema. Su boca se movió, pero de ella no brotó sonido alguno.

—¿Qué dice usted? —jadeó Manssur Al Basri.

—Alá es Dios, y Mahoma es su profeta, dicen ustedes. Para los católicos, Dios es Dios y envió a Jesucristo a la Tierra. Ahora se habla del regreso de Jesucristo, o del envío de un nuevo Mesías… Del mismo modo, se podría infiltrar en la mente del mundo árabe la idea de que Alá había enviado un nuevo profeta: Abul Hossn.

—Usted está loca —casi gritó Manssur.

—¿Yo? —Brigitte señaló a Abul Hossn—. ¿O él? Vea su reacción. Está como si mis palabras hubiesen paralizado su mente… Está aterrorizado porque yo he penetrado en los más profundos pensamientos de su mente. Ahí lo tiene: Abul Hossn, el segundo profeta de Alá, con pretensiones de alcanzar más gloria que el mismísimo Mahoma… ¿No es eso lo que usted pretende, Abul Hossn? Yo creo que sí. ¿Qué puede esperar de esta vida? Poca cosa que ya no tenga. En realidad, nada. Ya no le interesa el dinero, sabe que su salud no es buena debido al envenenamiento, ha desistido de encontrar el amor en cualquiera de sus facetas… ¿Qué puede ofrecerle la Tierra en vida? Nada absolutamente. Nada, salvo la posibilidad de convertirse en el segundo profeta de Alá, el gran salvador del mundo árabe, el redentor, el exterminador de los judíos, el generador de una Nueva Era de esplendor total para los fieles de Alá. Y así, pensando sólo en esto, ha creado la Chamseddin, espera convertir a los árabes en los dueños del sol…, y pasar a ser el Segundo y Bienamado Profeta de Alá, Dios de los creyentes. Dígame si me equivoco, Abul Hossn.

La propia Brigitte estaba sorprendida por el éxito de su ciego y desesperado ataque contra Abul Hossn en busca de algo que pudiera favorecerla rompiendo la buena unión entre el árabe y sus seguidores. Sorprendida y fascinada por la perspectiva de haber acertado en los proyectos personales de Abul Hossn.

Por fin, éste habló, en árabe.

Habló sin mirar a nadie.

Pero uno de los guardianes se acercó por detrás a Brigitte, y le golpeó fuertemente con su metralleta en la parte posterior de la cabeza.

Capítulo XIV

Le dolía la cabeza.

Ésa fue su primera sensación tras el dolor en los ojos cuando intentó abrirlos; tuvo que cerrarlos rápidamente, pues la luz del sol dio de lleno en ellos. Ahora, también le dolían los ojos. Y le ardía el cuerpo. Le ardía de verdad.

Intentó abrir de nuevo los ojos, pero no lo consiguió. Tendría que ir consiguiéndolo lentamente, graduando la abertura de los párpados. Debía de ser horrible ser ciego… Oh, bien, ella había sido muy afortunada en la vida, pero todo podía llegar a ocurrir. Unos versos vinieron sorpresivamente a su memoria, unos versos que había leído muchos años atrás en Granada, en la auténtica Alhambra, y que habían quedado como sepultados en su memoria. Pero allá estaban:

Dale limosna, mujer, que no hay en la vida nada como la pena de ser ciego en Granada.

¡Qué tontería! Ella no estaba en Granada, sino en Málaga. Eran unos versos preciosos, de gran contenido. Sugerían con toda nitidez la presencia de un mendigo ciego pidiendo limosna en Granada, cuya hermosura era tanta que, en efecto, nada podía causar más pena que ser ciego en Granada…

Y en cualquier parte del mundo, por supuesto.

Pero ella no estaba ciega. Poco a poco fue abriendo los ojos, captando todo el resplandor del sol, cada vez más alto, deslumbrante, abrasador.

Tardó ya muy pocos segundos en darse cuenta de su exacta situación: estaba sobre una placa solar, atada como antes lo habían estado aquellas muchachas rubias, y Fidda y Zaida, y las otras Miró a derecha e izquierda, pero no había nadie más allí. Estaba sola y desnuda expuesta al sol, como una frágil mariposa clavada en un tablero. Intentó mover las piernas y los brazos, pero todo lo que

consiguió fue sentir dolor en los tobillos y las muñecas cuando las cuerdas se hundieron en la carne.

El silencio era increíble.

Y el calor era espantoso.

Pero no era que tuviese calor. Estaba ardiendo. ARDIENDO.

Se miró de pronto el pecho, y lo vio reluciente de un modo extraño. No era sudor, no, aquello que relucía. Estaba empapada, pero no de sudor. Parecía como… agua caliente.

No.

No.

No era agua caliente. Era aceite.

—¡Dios mío! —exclamó Brigitte, comprendiendo al fin.

Iba a ser frita en aceite, bajo el calor del sol. Habían impregnado todo su cuerpo con aceite, que cada vez se calentaba más bajo los rayos solares. ¿Qué hora debía de ser? ¿Las once de la mañana? Y el sol ya estaba calentando el aceite. ¿A qué temperatura lo pondría a las doce, a la una…, a las cuatro de la tarde?

La aterrada imaginación de la espía americana se disparó. Se vio a sí misma friéndose lentamente. El aceite iría quemando su carne muy despacio, la haría crujir, chisporrotear, crepitar bajo el ardiente sol. Iba a morir frita como una sardina… Sólo que las sardinas están muertas cuando las ponen en el aceite hirviendo, y ella estaba viva, y se iría friendo despacio, despacio, despacio…

—Lo siento —casi sollozó—… ¡Lo siento, amor!

No pensaba en ella al sentirlo, en aquel momento. Pensaba en Número Uno, en el hombre que amaba, y con el que había proyectado reunirse precisamente en aquellos días. Si Saddam Ahmed no hubiera ido a buscarla a Nueva York, ella estaría ya con Número Uno, en Villa Tartaruga, en Malta. Estaría en sus brazos, o cuidando a sus palomas mensajeras, o ayudándole con sus rosales, o quizá nadando en la piscina para luego, desnudos bajo el sol, hacer el amor de aquel modo tan intenso siempre, con aquella entrega auténtica de cuerpo y mente…

De todo esto, sólo le quedaba el sol.

El sol, allá arriba, cada vez más alto. Iba a morir frita, y él, Número Uno, la perdería para siempre, lo que sería lo mismo que perder todo interés por la vida. Ella había pospuesto su visita para conseguir un planeta mejor dentro de cincuenta años, y ahora…

Ahora, todo se reducía a esperar una muerte espantosa.

¡Oh, cómo le ardía el cuerpo! Todavía no se producían quemaduras, era sólo el principio, era sólo el calor precursor. Su carne comenzaba a calentarse. Dentro de poco, antes de las doce, comenzaría a freírse. A pocos kilómetros de allí, hacia el sur, estaba el mar. ¡El mar! Azul, fresco, rezumante, maravilloso… Miles, millones de personas estaban muy cerca de allí disfrutando de él mientras pudieran, mientras todavía el mar estuviese vivo y fuese azul, fresco, rezumante y maravilloso. Ella iba a morir por haber querido colaborar en que siempre fuese así. Iba a morir porque se había cruzado en el camino de un hombre horrendo, loco de ambición, que pretendía regir el mundo, exterminar a los judíos, convertirse en un profeta de Alá…

Y todo esto no era un sueño, una pesadilla.

Con velocidad vertiginosa, pasaron por la mente de Brigitte muchísimas imágenes, escenas, voces, rostros… El de Número Uno, el de Frank Minello, el de Peggy, el de tío Charlie, Mc Gee… ¡Cuánto dolor iba a dejar tras ella, cuántas personas la iban a llorar amargamente!

La desesperación hizo presa en Brigitte. Miró hacia sus muñecas, y probó de nuevo. Era inútil. Sintió deseos de llorar, pero con ello no iba a conseguir nada, salvo añadir un nuevo elemento de cocción sobre la piel de su rostro bajo el sol. Su mente parecía funcionar a intervalos lúcidos y fríos, como correspondía a la agente Baby, y a intervalos de desesperación que parecían más propios de la dulce señorita Montfort…

Oyó algo en el silencio inaudito de la Nagma. Un sonido familiar. Sí, estaba segura de que había sonado un disparo efectuado con silenciador. Y varios más… Numerosos disparos. Enseguida, oyó el tableteo de una metralleta, en dirección al Generalife. Luego, voces en árabe, más disparos de metralleta, más voces, gritos… Y todo ello, cada vez más próximo. Oyó el reventar de varios cristales debajo de ella.

Segundos más tarde, a su derecha, se alzó bruscamente una de las placas solares, y apareció el rostro descompuesto, lívido, de Saddam Ahmed, que rápidamente subió al tejado y colocó la placa solar en su sitio. El sudor chorreaba por su rostro, y sus ojos aparecían desorbitados. En una mano llevaba el maletín de Brigitte,

que ésta miró desconcertada, mientras sentía una chispa de esperanza. Abajo sonaron disparos, algunas balas pasaron estúpidamente silbando por los bordes del tejado…

—¡Ha matado a Manssur! —jadeó Ahmed, arrodillándose junto a Brigitte—. ¡Y ha ordenado que me maten a mí!

Brigitte no preguntó a quién se refería. Miraba con los ojos muy abiertos el cuchillo que había aparecido en una mano de Saddam Ahmed, pero éste lo utilizó para cortar rápidamente las cuerdas que sujetaban las muñecas de Brigitte, que se incorporó rápidamente y agarró su maletín.

—¡Se lo he traído por si es verdad que con él puede usted hacer algo! —aulló Ahmed—. ¡No quiero morir, ayúdeme si puede, salvémonos juntos…!

—Suelte mis pies —dijo serenamente Brigitte.

Seguían silbando las balas alrededor del borde del tejado. Ahmed se tendió de bruces sobre la placa solar, y cortó las cuerdas de los tobillos de la espía, que maniobraba frenéticamente en la pequeña radio.

—Simón —gritó—. ¡SIMÓN!

—¡Dígame! —Sonó la sobresaltada voz del hombre de la CIA.

—¡Ataquen! ¡Ataquen ya, ahora mismo, no esperen ni un segundo!

—¿Está usted bien? ¿Qué le…?

—¡Por el amor de Dios…! ¡VENGAN AHORA!

—¡Allá vamos!

Brigitte se desentendió de la radio. Haber podido disponer de ella era todo un auténtico milagro. Como siempre, había querido hacer las cosas a su modo, trabajando sola, de modo que la misión de Simón y otros compañeros consistía en esperar sus instrucciones. Así, de no haber llamado en ese momento, ellos habrían estado esperando esas instrucciones… mientras ella se freía al sol…

La cabeza de un árabe apareció por el mismo lugar por donde había aparecido Ahmed. Brigitte, que ya tenía también las piernas libres, giró hacia la derecha, y su pie izquierdo golpeó en pleno rostro al árabe en el momento en que éste sacaba la pistola por el hueco… El hombre lanzó un grito, y desapareció. La placa solar ocupó de nuevo su sitio, con estrépito. Ahmed, empuñando ahora una pistola, disparaba a lo lejos, hacia hombres que se acercaban…

—¡No! —le gritó Brigitte—. ¡No desperdicie balas así, vigile la salida al tejado! ¡Deje a los demás!

Saddam Ahmed se volvió, vio que la placa solar comenzaba a alzarse de nuevo, y disparó. Se oyó un alarido, y la placa ocupó de nuevo su sitio… Mientras tanto, Brigitte había sacado del maletín el pequeño trípode de patas de aluminio que siempre llevaba para colocar su pequeña cámara fotográfica. Desunió las tres patas, las ensambló roscándolas de modo que formaron ahora un tubo de algo menos de un metro, y lo dejó a un lado… Ahmed volvió a disparar. Brigitte recurrió al secador de cabello, que unió al tubo de aluminio, componiendo el fusil. Acto seguido asió un tarro de crema facial, metió los dedos dentro, y sacó unas pequeñas ampollas de material especial, una aleación de aluminio y algo más que Mc Gee le había explicado alguna vez, pero que no recordaba.

Colocó una ampolla en la boca del tubo de aluminio, y alzó éste verticalmente. La ampolla se deslizó en dirección al secador de cabello, y quedó allí, instalada en el mecanismo de disparo.

—Ahora vais a ver —jadeó la espía.

Apuntó con el extraño fusil a ras del borde del tejado, y apretó el disparador.

Se oyó un suavísimo zumbido, la cápsula pasó rozando el tejado, y llegó al suelo, a unos treinta metros del chalé.

La llamarada fue súbita y enorme, de un color azulado, y la explosión apenas audible, pero fortísima. La onda expansiva llegó al tejado, hizo vibrar las placas solares, y Ahmed chilló… Abajo se oyeron gritos de dolor. Brigitte se recuperó rápidamente del aturdimiento, y colocó otra cápsula, encaramándose acto seguido por la placa solar hacia el vértice del tejado. Desde allí, disparó otra ampolla, apresurándose esta vez a regresar a su posición anterior, protegiéndose de la onda expansiva.

—Y eso no es nada —jadeó, sacando otro tarro de crema—… ¡Eso no es nada! ¡Esperad a ver esto!

Las siguientes cápsulas eran de color rojo. Colocó una en el tubo, alzó éste, y luego apuntó hacia El Generalife. Sabía que el fusil no tenía tanto alcance, pero al menos les iba a dar a todos el gran susto de su vida.

¡Zuuummmm…!, zumbó el disparo.

Tres segundos más tarde, la cápsula roja explotaba en el suelo, a

unos doscientos metros de El Generalife, blanco al sol, precioso… Esta vez, la llamarada fue enorme, la detonación poderosa, saltaron piedras y flores… Brigitte ya estaba cargando de nuevo su tubo-fusil. Apuntó hacia el chalé más cercano de los que no tenían placas solares, y de nuevo disparó… El chalé saltó en pedazos, envuelto en una bola de fuego… Junto a Brigitte, Saddam Ahmed contemplaba estupefacto los efectos de las acciones de la espía americana, que de nuevo cargaba su extraordinario fusil. Pero de pronto lo dejó a un lado, sacó otro tarro de crema, y de éste más ampollas, ahora como de cristal.

—¿Puede estar sin respirar durante quince segundos? —preguntó a Ahmed.

—¿Eh…? ¿Qué?

—¡Que no respire durante quince segundos!

Comenzó a lanzar ampollas de cristal alrededor del chalé, conteniendo la respiración…

Y desde lejos, los hombres que corrían hacia el chalé vieron cómo sus compañeros que lo rodeaban caían al suelo como fulminados, en cuestión de segundos. La reacción de los que pretendían unirse a los atacantes fue dar media vuelta y alejarse corriendo… Transcurridos los quince segundos, Brigitte tuvo la seguridad de que el gas narcótico de efectos fulminantes se había ya dispersado, y aspiró ávidamente. Ahmed la imitó. Brigitte tomó el tubo-fusil, apuntó de nuevo hacia El Generalife, ahora un poco más alto, y efectuó otro disparo. La explosión, roja, fortísima, se produjo ahora a sólo cien metros del palacete. Pero la espía sabía que ya no podía alargar más el disparo.

Colocó otra cápsula, y miró a Ahmed, que estaba aturdido.

—¿Por qué mató a Manssur?

—No sé… ¡No lo sé!

—¿No lo sabe? ¿Y a usted? ¿Por qué ha querido matarlo?

—¡Le digo que no lo sé!

—¿Habló usted con Manssur cuando ellos dos regresaron al palacete?

—Sí… Sí.

—¿Y no le dijo Manssur que Abul Hossn pretende ser el Segundo Profeta de Alá?

—¿Qué…? ¡Claro que no!

—Pues Abul Hossn debió de creer que sí, y como no quiere que nadie conozca por ahora este proyecto suyo, decidió eliminarlos a los dos. ¿De modo que ninguno sabía nada de eso?

Saddam Ahmed estaba como atontado. La idea todavía pugnaba por acomodarse en su mente. ¿Abul Hossn… el Segundo Profeta? ¿Otro Mahoma?

—¿Está usted loca? —aulló de pronto.

—¿Yo? —Le miró Brigitte irritada—. ¡No sea estúpido! Pero tampoco crea que está loco Abul Hossn, no se llame a engaño. Es sólo un criminal inteligentísimo que ha meditado mucho sobre su futuro en la vida, y, sobre todo, sobre su futuro en la muerte. ¿Quién mejor que el Segundo Profeta para ser el dueño del sol? O dicho de otro modo: ¿quién mejor que el dueño del sol para ser nominado Segundo Profeta de Alá? Dígame una cosa —cambió de pronto el tema, señalando a lo lejos—: ¿por qué no atacan? ¿Qué están tramando?

Saddam Ahmed palideció.

—Tenemos morteros —susurró—… Seguramente los utilizarán contra nosotros. Convertirán en polvo el chalé… y a nosotros.

—No creo que sea peor que freímos al sol. ¿La Chamseddin esta respaldada por algún servicio secreto árabe?

—No, no. Es sólo el… órgano ejecutivo de un grupo de personas con muchísimo dinero.

—Entiendo. Lo de siempre: unos cuantos lobos quieren quedarse con todo el rebaño de ovejas. ¿Sabe usted quiénes son esos… personajes con muchísimo dinero?

—Conozco a algunos…

—Espléndido. Cuando salgamos de aquí unos compañeros míos lo pondrán en contacto con alguien importante dentro de los servicios secretos árabes. Le advierto que la Chamseddin va a ser destruida, de modo que será mejor para usted que colabore con los servicios secretos árabes informándoles sobre esas personas que han pretendido nada menos que convertirse en los dueños del sol, y por tanto, en los amos del mundo utilizando la presión de la energía. ¡Cielos!, jamás en mi vida escuché planes semejantes, tan complejos… y completos. ¡Lo tenía pensado todo! Pero Abul Hossn no saldrá de aquí con vida.

—¿Quién es usted? —murmuró Ahmed.

—¡Cómo! ¿No me conoce? —Baby sonrió secamente—. ¿No fue usted quien me trajo en un lujoso *jet* desde Nueva York?

—Pero usted… Esas armas extrañas, la radio, su modo de controlar la situación en pocos segundos… ¿Quién es usted… además de Brigitte Montfort?

—Digamos que soy el ángel que lo va a sacar a usted de este infierno. Me deberá usted la vida, Ahmed. Espero que no sea una persona desagradecida.

—No lo soy. Pero dígame quién es además de…

Brigitte le hizo un gesto pidiendo silencio. A los pocos segundos, Ahmed oyó el rumor en el cielo. Brigitte señaló hacia el sur.

—Soy —dijo— la niña mimada de unos muchachos que estarán aquí antes de diez segundos.

El rumor en el cielo fue adquiriendo más y más volumen. Tres helicópteros aparecieron, a toda velocidad. Brigitte recogió la radio.

—¿Simón?

—¡¿Qué demonios hace usted en un tejado… y desnuda?!

—Estoy tomando el sol. ¿Cuántos son ustedes?

—Doce en los helicópteros. Por el norte llegan diez hombres más, en dos automóviles. Y creo que por el este habrán llegado o llegarán pronto ocho o diez hombres más.

—Muy bien. Empiecen a disparar los gases. Sólo gases, ¿de acuerdo? Pero esperen diez segundos.

—Muy bien.

Brigitte cerró la radio, y del maletín sacó lo que parecían simples compresas de gasa. Entregó dos o tres a Ahmed, y éste la imitó enseguida, colocándoselas ante la boca y la nariz…

A los pocos segundos, desde los helicópteros comenzaron a disparar las granadas de gases.

Cuando, minutos más tarde, procedentes de la entrada norte de la urbanización, aparecieron los dos automóviles en el centro de la Nagma, donde se habían concentrado todos los empleados de ésta, la situación estaba prácticamente controlada. No sólo en el exterior, sino en el interior de los chalés, todo el mundo había perdido el conocimiento bajo los efectos de los gases.

Brigitte y Ahmed entraron en El Generalife como dueños absolutos. También allí, algunos hombres yacían aquí y allá. Encontraron mujeres sin sentido por todas partes.

Y llegaron ante el cadáver de Manssur Al Basri, cuyos ojos, desorbitados, reflejaban como cristales la luz del sol. Brigitte le cerró los párpados, se irguió, y cambió una mirada con Ahmed, que encogió los hombros ante la muda pregunta.

—¿No hay ningún escondrijo secreto? —murmuró Brigitte.

—Que yo sepa, no. Nada especial.

—Pues tiene que estar en alguna parte.

Se dirigió hacia los arcos, y contempló la hermosa acequia con sus chorros de agua cantarina, que parecía teñirse del color de las flores. Un día magnífico de sol. Y ante ella, toda la belleza de la vida… Simón-Málaga apareció, vio a Brigitte ante los arcos, y se acercó a ella.

—Lo tenemos todo controlado absolutamente, pero la policía española habrá sido informada de las explosiones. Desde luego, intervendrán. No creo que tarden mucho en venir.

—¿Podrá entenderse con ellos?

—Espero que sí.

—No quiero ser mencionada, Simón.

—Lo arreglaré, se lo garantizo.

—Bien. Ahmed y yo nos iremos en uno de los helicópteros, y él los esperará en el chalé de Benalmádena. Yo regresaré a casa…, o quizá vaya a otro lugar. En cuanto a Pedro Barea Soto y Jacob…, ¿se puso en contacto con los israelitas?

—Sí. Han negado que Pedro Barea tenga nada que ver con el Mossad. Absolutamente, categóricamente. No sé si creerles.

—Seguramente, es verdad. Al igual que la Chamseddin, Pedro Barea y el grupo del que disponía al mando de Jacob sólo querían aprovecharse de los planes de la Chamseddin… en beneficio de otros lobos, éstos posiblemente judíos. ¿Se da cuenta? Dos facciones privadas en busca de logros privados que han estado comprometiendo a los árabes y a los israelitas en general. Nada les importa, salvo sus objetivos. Por eso, quiero que cuando Saddam Ahmed les haya dado los nombres de los árabes que conoce de ese grupo, se encarguen ustedes de ellos. En cuanto a Barea y Jacob, entréguelos a los israelitas, y que ellos solucionen esa parte del asunto. Ya no habrá dueños del sol… en exclusiva, ni en un bando ni en otro. ¿Tiene alguna duda?

—No. Es decir, sí: ¿dónde está Abul Hossn? Por la descripción

que usted nos hizo de él, no es ninguno de los hombres que hemos encontrado en toda la urbanización… ¿Dónde está?

—Me parece que fue sorprendido por los gases de ustedes en un momento muy inoportuno: cuando corría junto a la alberca, posiblemente, en busca de algún medio para huir.

Brigitte señaló hacia la piscina, y el desconcertado Simón miró hacia allá. Ahmed, que se había acercado, hizo lo mismo, y lanzó una exclamación. Dio la vuelta, y se alejó corriendo, para aparecer a los pocos segundos abajo, junto a la alberca. Provisto de una de las largas palas para limpiar la alberca, se acercó a ésta, introdujo la pala hacia el fondo, y removió…

El cadáver de Abul Hossn, todavía más voluminoso por la hinchazón del agua ingerida al caer dormido a la alberca, apareció de pronto, impetuosamente, como una enorme boya que hasta entonces hubiera estado retenida en el fondo.

—Chocante —dijo fríamente Baby Montfort—… ¡Con lo bien que sabía nadar y se ha ahogado! Chocante, de veras.

Este es el final

El avión procedente de Roma aterrizó en el aeropuerto de Luqa, en Malta, con arreglo al horario previsto, tal como había sido anunciado por los altavoces. Desde la terraza, el señor Angelo Tomasini, importantísimo personaje en la isla, lo estuvo observando hasta que se detuvo. Ya no había peligro de accidente.

Luego, el señor Tomasini estuvo observando a los pasajeros. Es decir, a una de las pasajeras. Sus largos cabellos negros, suavemente ondulados, resplandecían al sol de la tarde. Ella alzó la mirada, y sus azules ojos lo localizaron enseguida. El señor Tomasini se limitó a parpadear. La señorita Montfort se limitó a sonreír suavemente.

Minutos más tarde, ella aparecía en la sala de espera, y él tomaba su rostro entre sus manos, acercaba el suyo, y la besaba brevemente en la boca. El empleado del aeropuerto sonrió. Luego, los siguió, con las maletas de Brigitte Montfort, hasta el Alfa Romeo del señor Tomasini, donde el equipaje fue cargado. Angelo Tomasini, es decir, Número Uno en el mundo del espionaje, se sentó ante el volante, tras pagar los servicios del hombre, y miró a Brigitte, que esperaba en el asiento contiguo.

—¿Has tenido buen viaje?

—Sí, muy bueno. ¿Estás bien?

—Ahora, sí.

Se quedaron mirándose durante varios segundos, hasta que Brigitte se abrazó a su cuello con gesto súbito, impulsivo. Esta vez, el beso fue mucho más largo…

—Oh, Dios mío —susurró luego Brigitte—… ¡cuánto te amo, Uno!

—Menos que yo a ti.

—No —rió Brigitte, resplandeciente—… ¡Yo te amo más a ti que tú a mí!

—De acuerdo. En ese caso, me complacerás quedándote en Villa

Tartaruga hasta que yo quiera.

—Aceptado —murmuró dulcemente Brigitte—… Y nadie podrá impedir que, entre abrazo y abrazo de amor, disfrutemos de todo el sol que queramos. A fin de cuentas, el sol es de todos, todos somos dueños del sol… ¿No estás de acuerdo?

—Yo —dijo Número Uno, disponiéndose a besarla de nuevo— siempre estaré de acuerdo contigo. Si tú dices que somos dueños del sol, pues… es que somos dueños del sol…

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Brigitte* for President!!! <<

[2] Véase la aventura titulada *Su Majestad Baby*. < <

[3] Véase la aventura titulada *Alarma en el Polo Sur*. < <